
PERVERSA EN MI CAMA
TAMARA
Gill
LAS INCONTROLABLES WOODVILLES

PERVERSA EN MI CAMA

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo

Otras Obras de Tamara Gill
Acerca de la autora

CRÉDITOS

Perversa en mi cama
Las Incontrolables Woodvilles, Libro 10
Copyright 2024 por Tamara Gill
Portada Wicked Smart Designs
Todos los derechos reservados

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del escritor o se han utilizado de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos reales, lugares u organizaciones es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en una base de datos y sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo) sin el previo permiso por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como de los editores anteriores.

SINOPSIS

Si tiene suerte, quizás pueda convencerla de ser perversa con él aunque sea una vez. O tal vez incluso para siempre...

Daphne Raven está contenta con su futuro prometido. Será el esposo perfecto: manso, apacible y poco probable de provocar algún caos emocional en ella. Pero cuando viaja a Londres para su ajuar de boda, basta una noche en un baile (y un apasionado caso de identidad equivocada) para hacer añicos sus planes impecables y hacerla cuestionarlo todo...

Lo último que desea Corey Jefferson, duque de Renford, es una esposa. Una amante le vendrá bien, a él y a las cicatrices de su pasado. Pensó que la impresionante mujer misteriosa a quien besó en el baile sería su amante ideal. Hasta que descubrió quién era ella realmente... y se dio cuenta de que nunca podría ser suya. Por mucho que deseara que las cosas fueran diferentes para ellos...

Al final, ¿están el libertino perverso y la inocente joven tímida destinados a un felices para siempre, o a una vida de angustia?

CAPÍTULO
UNO

Londres 1816

DAPHNE SE ENCONTRABA FRENTE al espejo en la modista de Madame Laurent, ajustando el corpiño de su vestido de novia. Echó un vistazo a su pecho, que no era precisamente el más voluminoso. De hecho, probablemente apenas llenaba una mano, pero al menos tenía algo para lucir los elaborados bordados que Madame Laurent había cosido para ella.

—Te ves absolutamente encantadora, Daph —dijo su amiga más cercana, Ashley Woodville, ahora duquesa de Blackhaven, desde un diván cercano.

Daphne encontró la mirada de su amiga en el espejo y sonrió. —Estoy tan feliz de estar aquí contigo, al menos por unas semanas.

—Y tu prometido, ¿cómo es? Tengo entendido que es el vicario de Grafton. Mamá me escribió diciéndome que el señor Bagshaw había dejado su puesto, lo cual debo decir que me sorprendió bastante.

—Oh sí, bueno, su esposa se fugó con el hijo del panadero, y él no pudo soportar quedarse en el pueblo donde todos sabían lo que había sucedido. Todo un escándalo, pero el señor Bagshaw no merecía tal trato, aunque fuera terriblemente aburrido.

Ashley soltó una risita, frotándose el vientre, que ya mostraba los primeros signos de un embarazo.

Daphne tomó una profunda bocanada de aire, sabiendo que tenía que decirle la verdad a su amiga antes de que pasara otro día. Se apartó del espejo y se unió a ella en el diván. —Hay algo que debo confesarte, pero por favor, no me juzgues.

Ashley le tomó las manos y se las apretó. —Nunca te juzgaría. Debes saberlo.

Daphne esperaba que así fuera, pero aun así, los nervios revoloteaban en su vientre al admitir la verdad. —En cuanto a mi prometido, bueno, técnicamente aún no estamos comprometidos. Deseo que me proponga matrimonio. Sin duda sería el marido más perfecto. Es apuesto y tiene una buena posición, y reside en Grafton. Perfecto para mi felicidad, y no es dominante ni exigente, lo cual no quiero en un marido.

Ashley la miró fijamente durante varios momentos antes de fruncir el ceño. —Entonces...

¿no estás comprometida? ¿Por qué estás en Londres comprando un vestido de novia, ropa interior nueva y prendas íntimas si no estás comprometida, Daph?

Daphne se encogió de hombros, hundiéndose en los cojines del diván de la manera más poco femenina. Miró a varias otras jóvenes que examinaban telas al otro lado de la tienda e intentó no estremecerse ante sus chillidos agudos cuando encontraban algo de su agrado.

—He estado esperando que me lo pidiera, y creo que está a punto de hacerlo. Solo necesita un pequeño empujón.

—¿Un empujón? —repitió Ashley—. ¿Cómo puedes empujarlo si estás en Londres y él en Grafton, dime?

—Bueno, mi idea es que me echará de menos mientras esté fuera, y como tengo amigas aquí en la ciudad y mi mejor amiga es una duquesa, pues, eso lo hará aún más decidido a casarse conmigo cuando se le informe de todo esto en el servicio dominical. La señora Bennet se lo dirá. Ya sabes cuánto le gustan los chismes, y me aseguré de murmurarle al oído a dónde iba. Creo que me echará de menos mientras esté fuera. Normalmente ayudo con los niños los domingos, enseñándoles letras y números, ¿sabes?, y no estaré allí. Mi plan es infalible. Incluso podría viajar a Londres para buscarme.

Ashley se quedó boquiabierta, con los ojos muy abiertos, y ante su continuo silencio, Daphne luchó por no encogerse. ¿No era bueno su plan? ¿Su amiga pensaba que estaba loca? Posiblemente lo estaba, pero a los veintinueve años, ya era hora de pensar en lo que podía hacer para encontrar marido y actuar en consecuencia. Si no se casaba pronto, sería una solterona aún mayor y nunca tendría un hijo, y ella deseaba desesperadamente tener una hija o un hijo propio.

—¿Así que no estás comprometida? —afirmó Ashley de nuevo.

—No, no lo estoy. Pero eso no significa que no pueda estar organizada y preparada y encargar mi vestido de novia mientras estoy en Londres. Significará que puedo volver a Grafton lista para casarme en el plazo de un mes desde que el vicario me lo pida, y podremos empezar nuestra familia de inmediato. Sabes cuánto deseo ser mamá. Veo lo feliz que eres con Blackhaven, y a veces me invade el anhelo de lo mismo. Por favor, no me juzgues, Ash. No podría soportarlo viniendo de ti.

—Oh, Daph —dijo, atrayéndola en un fuerte abrazo—. Nunca te juzgaré. Te quiero como a una hermana, y me parece maravilloso que estés tan preparada. Lo tendrás todo listo tan pronto como el vicario corrija sus prioridades y pida tu mano en matrimonio. Creo que es muy previsor por tu parte.

Daphne asintió. —No podría estar más de acuerdo —dijo—. Ahora, terminemos de arreglar el dobladillo de este vestido, y luego iremos a Gunter's a tomar el té. Creo que nos lo hemos ganado después de nuestra incursión de compras.

—Suena perfecto, sin duda —respondió Ashley.



COREY, el duque de Renford, estaba sentado en un rincón apartado de White's. Después de una noche de juerga por Londres, bebía a sorbos su whisky, el líquido ambarino calmando sus músculos y su mente.

La ciudad era un agradable respiro después de Europa, donde había pasado la mayor parte de los últimos cinco años. Aunque nadie sabía de su espionaje para el ejército británico, ni lo sabrían jamás, ahora la guerra había terminado. Inglaterra había ganado y Napoleón había perdido. Era momento de celebrar, de disfrutar lo que Londres tenía para ofrecer, y él iba a satisfacer sus muchos apetitos sin sentir la más mínima culpa por ello.

Una risa femenina llamó su atención desde la ventana arqueada, y miró hacia fuera, donde vio a la duquesa de Blackhaven en profunda conversación con otra dama a quien nunca había visto antes. La dama se cubría la boca al reír, como si se avergonzara de hacerlo.

Era una belleza, alta y delgada, aunque lamentablemente con poco pecho. Suspiró, aclarándose la garganta mientras las observaba. El carruaje del Duque de Blackhaven se detuvo, y Blackhaven les abrió la puerta, evidentemente en esta parte de la ciudad para recogerlas. El duque saltó al suelo y besó a su esposa, sin importarle quién los viera, antes de besar las mejillas de la otra dama.

Supuso que, al estar de vuelta en Londres, y con la Temporada cobrando impulso, habría muchas damas, como la que acababa de ver en la ciudad, buscando marido, un matrimonio por amor que tantas mujeres anhelaban. No es que él estuviera interesado en tales uniones.

Necesitaba una amante por encima de todo y tendría una asegurada antes del final de la Temporada. Su vida ya era bastante complicada y no necesitaba una esposa que la complicara aún más.

—¡Renford! —El bramido de su nombre le sobresaltó.

Se volvió para encontrar al vizconde Billington caminando hacia él con los brazos extendidos. —¡Maldición, mi buen amigo, qué placer verte! No estaba seguro de que volverías esta Temporada, pero me alegro de que lo hayas hecho.

Renford se puso de pie y permitió que Billington —su amigo más cercano y al que no había visto en mucho tiempo— lo abrazara. Trabajar para el ejército británico significaba que a veces había viajado con un día de aviso. Un momento estaba en Londres, al siguiente, en España o Francia, donde fuera que el Duque de York lo necesitara.

Pero ya no habría más misivas en medio de la noche enviándolo a más misiones. Ahora estaba en casa. Capaz de someterse a lo que quisiera. Y quería complacerse mucho.

—Billington —dijo, sonriendo—. Me alegro de verte. Ven, toma una copa conmigo.

Billington hizo una seña a un lacayo y pidió dos nuevos whiskies. —Me alegro de que Grand Oaks no te haya mantenido alejado este año. ¿Cuáles son tus planes para la Temporada? Organizaremos un baile el próximo jueves. Enviaré una invitación esta tarde, y debes asistir.

Corey se rio, habiendo echado de menos a su amigo durante los muchos años que había trabajado para el ejército. De hecho, echaba de menos muchas cosas de su esporádico y

misterioso estilo de vida. La tranquilidad del campo, la honestidad de sus compatriotas, vivir sin el peligro o la intriga que querían sorprenderle en cualquier momento. Como Duque de Renford, tampoco era lo suficientemente humilde como para no admitir que disfrutaba de los lujos de la vida que le otorgaba su posición. Y las mujeres. Echaba de menos al bello sexo por encima de todo, y se aseguraría de saciarse de ellas antes de abandonar la ciudad.

—No, todo está como debe estar en la finca, y estoy aquí para la Temporada. Por supuesto, asistiré a tu baile. —Agradeció al lacayo y terminó su whisky—. Aunque esta noche voy al baile de máscaras de Dame Plaisir. ¿Recuerdas la diversión que hemos tenido en esos? —le preguntó a Billington. Sabiendo que pasarían años antes de que olvidara las muchas noches pecaminosas.

Billington gimió y se desplomó en su silla. —Por supuesto que recuerdo esos bailes, pero ya no son para mí. Pero te deseo lo mejor si vas a asistir. Estoy seguro de que tendrás una noche placentera —se burló.

Corey asintió, sabiendo que así sería. —Me alegro de ver que te has establecido y casado. Debes presentarme a tu esposa. Aún no he conocido a la mujer que llevó a mi amigo libertino al altar.

Una expresión de pura felicidad cruzó el rostro de Billington, y Corey se alegró por él. Durante un tiempo, no pensó que Billington se casaría alguna vez, y estaba feliz de que su amigo hubiera encontrado a una mujer a quien amar.

—Adorarás a Lila. Ella es mi vida ahora —admitió.

Corey podía creerlo perfectamente. —Como estoy seguro de que tú eres la suya —respondió —. Pero no puedo decir que no te echaré de menos esta noche en lo de Dame Plaisir, aunque estoy seguro de que me divertiré, incluso si tú no estás allí.

Billington sacudió la cabeza, con los ojos brillantes de picardía. —Sigues siendo un sinvergüenza, por lo que veo. —Hizo una pausa, estudiándolo por un momento—. Supongo entonces que no estás buscando esposa.

—En absoluto —admitió Corey, sabiendo que su amigo no llevaría esta conversación más lejos—. Una amante, sí, pero una esposa, no, gracias.

—Una amante, hmm. —Billington entrecerró los ojos—. Tendré que dejarte esa búsqueda a ti también, amigo mío. Hace tiempo que dejé esos gastos.

—Me alegro de que así sea. —Se aclaró la garganta, doblando el periódico que tenía en el regazo, y lo arrojó sobre la mesa frente a ellos—. Pero te daré un informe completo de mi éxito. No hay daño en eso.

Billington se rio. —Ningún daño en absoluto.

CAPÍTULO
DOS

DAPHNE ENTREGÓ la invitación con relieve plateado al cochero y esperó mientras este estudiaba la dirección.

—¿Está segura, señorita Raven, de que es aquí donde debe asistir esta noche? —le preguntó, con una profunda arruga de preocupación entre sus ojos.

Daphne miró la invitación y asintió.

—Estoy segura. Es la invitación que la doncella de la Duquesa de Blackhaven me entregó esta tarde. La vizcondesa Leigh me encontrará allí como mi acompañante. Estoy segura de que la duquesa no se equivoca —dijo, esperando que el viejo sirviente no siguiera discutiendo el asunto y ciertamente no en la calle frente a todos los que vivían en la plaza.

—Tal vez deberíamos consultarlo con Su Gracia —sugirió.

Daphne negó con la cabeza, sin querer hacer tal cosa.

—La Duquesa está indispuesta esta noche y no debe ser molestada. Estoy segura de que este es el baile correcto —Daphne se dirigió hacia el carruaje y subió sin esperar a que un lacayo la ayudara.

Acomodó su vestido de seda color miel alrededor de sus piernas y comprobó que su máscara negra con adornos dorados de plumas y pequeñas joyas falsas estuviera bien sujeta.

El baile de esta noche seguramente sería un festín para los ojos. Una mascarada, y una que Ashley había dicho que se celebraba anualmente en la casa de Lady Owen en Londres.

No podía entender por qué su cochero actuaba con tanta incertidumbre. Todo estaría bien. Ashley no la guiaría hacia nada indebido.

La puerta del carruaje se cerró y pronto se encontró rodando hacia el baile. Las calles de Mayfair estaban llenas de juergas nocturnas, gente yendo por toda la ciudad para sus respectivas salidas.

Las mariposas revolotearon en su estómago al pensar en ver a la vizcondesa Leigh una vez más. Habían pasado años desde que había visto a la hermana mayor de Ashley, y esperaba que pudieran volver a la fácil camaradería que siempre habían tenido.

El carruaje se detuvo en pocos minutos frente a una gran casa de la ciudad que no reconocía. Daphne miró por la ventanilla del carruaje, estudiando la casa. Donde pensaba ver numerosas

ventanas iluminadas por el entretenimiento en el interior, nada más que cortinas corridas y cristales negros brillaban de vuelta. Los faroles de la ciudad eran todo lo que la saludaba.

Y sin embargo, numerosas personas subían por las escaleras de la entrada de la casa, sus vestidos tan grandiosos como el que le había prestado Ashley, sus rostros cubiertos con máscaras.

La puerta del carruaje se abrió y el cochero le tendió la mano. Daphne colocó su mano en la de él, sonriendo ante la inquietud del sirviente.

—No se vea tan preocupado. Esta es la dirección correcta. Todo estará bien. Estoy segura de ello —Daphne se dirigió hacia las escaleras de la entrada antes de detenerse y volverse—. Oh, y Lady Leigh me llevará de vuelta a casa. No es necesario que espere —dijo, dando un último saludo al cochero antes de dejarlo de pie, mirándola como un padre preocupado.

Daphne entró en la casa, entregando su capa a un lacayo que esperaba antes de seguir a la multitud hacia un salón de baile. La sala era diferente a todo lo que había visto antes. Aunque nueva en la ciudad, había leído muchos relatos de Ashley sobre sus salidas y había podido imaginar muchos de los eventos simplemente a partir de las palabras de su amiga. Pero este salón de baile no era lo que esperaba.

Había muy pocas velas, y la habitación estaba envuelta en sombras y misterio. Y aunque la música era animada y se tocaba desde un piso superior, no se podía ver en absoluto. Hileras e hileras de seda negra colgaban a través del espacio del techo, justo encima de las velas, lo que no parecía nada seguro. Una buena corriente de aire y la casa ardería en llamas con toda seguridad.

Miró alrededor de la sala, buscando a Lady Leigh. Se suponía que llevaría un vestido de seda azul y una máscara de pavo real plateada, y sin embargo, todos parecían estar vestidos de manera similar a ella. Todo oro y negro, ningún vestido azul en absoluto.

—¿Y quién podría ser usted, hermosa? —susurró un profundo barítono en su oído, haciéndola sobresaltar.

Se volvió para enfrentar al caballero que llevaba una máscara sobre un ojo.

—¿Es esa su máscara, mi señor, o ha perdido la visión en su ojo? —preguntó, sin querer asumir una cosa u otra, ni deseando causar ofensa.

Él sonrió, levantando la pieza singular de cuero, revelando un ojo marrón oscuro que coincidía con el otro.

Brillaban con travesura, y algo en la forma en que miraba a Daphne hizo que su corazón saltara un latido.

—Es solo para mostrar —Su mirada bajó a sus labios y luego más allá por su cuerpo, dejando que su piel se erizara con conciencia. Ella abrió su abanico y lo agitó frente a su rostro.

¿Quién era este caballero tan atrevido?

—¿Siempre mira a las mujeres que acaba de conocer como si quisiera comérselas, mi señor? —preguntó, esperando no insultarlo con su uso de honoríficos o falta de ellos. Por lo que sabía, podría ser un hombre común o un príncipe. No es que debiera haberse acercado a ella en

absoluto y empezado a hablarle. Esa no era la forma en que funcionaban las presentaciones en los escalones superiores de la sociedad.

—Solo a las mujeres en las que estoy interesado en comer —respondió con picardía, sus labios torciéndose en una sonrisa maliciosa.

Daphne no sabía cómo responder. Nunca en su vida le habían hablado de esa manera. No es que supiera lo que quería decir, pero por la forma en que la miraba, con hambre ardiendo en sus ojos, solo podía imaginarlo.

Miró alrededor de la sala mientras una sensación de temor se apoderaba de ella. Había algo mal en este baile, y sin embargo no podía precisar qué era.

—¿Entonces puedo suponer por su conversación conmigo que soy una dama a la que desea comer? —preguntó ella, completamente perdida en cuanto a lo que estaban hablando y por qué. Nunca en su vida había tenido una interacción tan absurda con otra persona, y mucho menos con un hombre.

Él se rio entre dientes, bebiendo una cerveza que ella no había visto que tenía.

—¿Bailaría conmigo? —le preguntó, extendiendo su mano y terminando su cerveza al mismo tiempo antes de entregar su vaso a un lacayo que pasaba.

Su pregunta le dio un poco de alivio. Un baile era común en los bailes, y ella podía hacer eso con facilidad, aunque él aún no le hubiera dicho quién era.

Él tomó su mano, escoltándola hacia donde otras parejas se preparaban para bailar antes de que las primeras notas de un vals flotaran por la habitación.

Sin previo aviso, él se acercó, y el aroma a sándalo y pecado tentó sus sentidos. Ella luchó por no respirar profundamente su embriagadora fragancia y se concentró en cambio en el baile. No había bailado un vals durante muchos años, y solo entonces en un baile campestre en Grafton Hall.

Su gran mano se posó en la parte baja de su espalda, la otra envolviendo la suya a un lado. Daphne miró al hombre y lo encontró observándola.

—Eres tan hermosa —susurró—. No creo que nos hayamos conocido antes, y sin embargo siento como si lo hubiéramos hecho —dijo como si estuviera tratando de aclarar sus pensamientos.

Daphne estaba segura de que nunca lo había conocido antes en su vida. Lo habría recordado si lo hubiera hecho. Nadie olvidaba a un Adonis, y uno que parecía decidido a coquetear con ella, incluso cuando no sabía quién era ella o de dónde venía. Era tan musculoso, tan alto, y hacía que su estatura de larguirucha se sintiera menuda por primera vez en su vida.

El vals comenzó a sonar, y él la llevó al baile. Daphne suspiró internamente al ser sostenida por el hombre asertivo que sabía bailar.

El pobre vicario de Grafton no bailaba en absoluto. De hecho, no podía recordar la última vez que había bailado con ella. Ciertamente, no lo hizo en el último baile de Grafton.

Daphne se encontró con los ojos del desconocido y lo encontró observándola.

—Yo soy...

—Sin nombres, no necesitamos tales presentaciones triviales esta noche, pero antes de que termine la noche, y si te parece bien, podemos quitarnos las máscaras y declararnos.

—¿Lo haremos? —preguntó ella, curiosa—. ¿Está ocultando quién es usted de mí? ¿Hay algo sobre usted que no le gusta que otros sepan? —Lo observó.

Sus ojos se estrecharon antes de que negara con la cabeza, descartando sus palabras.

—Nada de eso, pero cuando tenemos misterio entre nosotros, la vida puede ser mucho más liberadora.

Daphne alzó las cejas, sin estar segura de lo que eso significaba tampoco, pero dispuesta a jugar su juego. Podía permanecer anónima al menos durante unas horas antes de regresar a casa.

—Entonces, ¿cómo nos llamaremos? —preguntó ella—. Ya que no podemos usar nuestros nombres reales.

Él se acercó, el aliento de sus palabras acariciando su oído.

—Puedes llamarme Perverso, y yo te llamaré Virtuosa. Pareces tan angelical, aunque sé que eso no puede ser cierto. No estarías aquí de otro modo.

Sus palabras tenían poco sentido, y cuando estaba a punto de cuestionarlo sobre ellas, vio por encima de su hombro a una pareja en un rincón oscuro de la habitación. Estaban sentados en un diván, pero fue lo que estaban haciendo en el diván lo que hizo que su boca se abriera.

—Oh, Dios mío —dijo, haciendo que varias parejas se volvieran en su dirección.

Su amigo caballero, Perverso o quienquiera que fuese, sonrió a las personas que ella había espiado.

—Parecen estar divirtiéndose mucho. ¿Te gustaría escabullirte y divertirnos un poco nosotros también?

Daphne lo miró boquiabierta antes de cerrar la boca de golpe. ¿Divertirse ellos también? ¿A qué tipo de fiesta le había permitido Ashley asistir?

Mirando alrededor de la habitación, estudió más a los invitados y se dio cuenta de por qué el cochero había cuestionado su destino. Ella también cuestionaba ahora dónde estaba.

Esto no era un baile. Era un burdel.

CAPÍTULO
TRES

NUNCA EN SU vida Corey había estado tan cautivado por una mujer que no conocía. Y no solo eso, sino por una mujer que no había visto en su totalidad. Su bonita nariz reposaba bajo una máscara de seda, sus ojos grandes y brillantes observaban la sala con interés y, si no se equivocaba, con un poco de inquietud.

Una ramera modesta. Quién había oído hablar de tal cosa. Desde luego, él no.

¿Sería este el primer baile de máscaras de este tipo al que asistía? La idea de que fuera virgen en tal entretenimiento lo intrigaba aún más.

—Por tu expresión de sorpresa, deduzco que nunca has estado en uno de estos bailes —le tomó la mano, colocándola en su brazo, y la guió por el borde de la pista de baile. Bailaría con ella más tarde. Primero, necesitaba que se relajara y disfrutara de su entorno.

Ella negó con la cabeza, y él le dio unas palmaditas en la mano, esperando calmar sus nervios. —Bueno, no corres ningún peligro. Nadie te forzará aquí. Este baile es para la alegría y para olvidar los problemas del mundo al menos por una noche.

Ella lo miró, y él tuvo la clara impresión de que había notado algo en su voz que normalmente era muy cuidadoso en disimular. El mundo, por lo que él sabía, era un lugar peligroso y cruel. Ciertamente no era para los débiles de corazón, no es que quisiera que la bonita muchachita en su brazo llegara a darse cuenta de eso.

—¿Es por eso que estás aquí esta noche, mi lord? ¿Para escapar de tu vida? —le preguntó.

Él refunfuñó, suponiendo que así era. Ya que ya no trabajaba para el ejército británico y podía vivir el resto de sus días como un caballero rico y titulado, un baile como al que asistían era justo el remedio que necesitaba para olvidar.

Y tal vez tener una buena noche de sueño si se ahogaba en suficiente vino.

—De alguna manera, supongo que sí —le respondió—. Para ser completamente honesto contigo, mi virtuosa belleza, estoy buscando una amante.

Sintió su sobresaltada inhalación y se deleitó con lo inocente que era. Pero nadie que asistiera a tal baile lo era en realidad. ¿Sería esta parte de su atractivo? ¿Cómo atraía a hombres como él a su lado? La idea de acostarse con una mujer que no tuviera una lista de amantes tan larga como su brazo tenía su atractivo. Nadie quería acabar con la sífilis.

—¿Una amante? —casi chilló—. Bueno, lamento decepcionarte, mi lord, pero no soy la mujer con la que deberías estar malgastando tu tiempo. No estoy buscando un amante —dijo, sus mejillas tornándose de un delicioso tono rosado.

Él sonrió, esperando poder hacerla cambiar de opinión sobre ese hecho. —Dime quién te rompió el corazón, y acabaré con él. Y luego, si estás dispuesta, haré que el tuyo vuelva a estar entero, pero solo si eliges ser mía.

Y quería que fuera suya. Su cuerpo se movía en su vestido de seda como una diosa. Una mujer que sabía cómo usar sus curvas femeninas y su forma delectable para seducir a un hombre sin pronunciar palabra. Y alta. Deliciosamente alta, de modo que se sentía perfectamente proporcionada a él.

Su estómago se contrajo de necesidad, y tomó un respiro para calmarse. Necesitaba pisar con cuidado. Lo último que deseaba era asustar a la mujer, y no podía dejarla ir sin saber su nombre. Después de esta noche, podría no volver a verla, y eso en sí mismo sería una tragedia.

—Nunca me han roto el corazón, mi lord. ¿Qué te hace pensar que lo han hecho? —preguntó ella.

Pasaron junto a cuatro parejas copulando, su única privacidad en una parte oscura del salón de baile eran cortinas de seda transparente, que no ofrecían resguardo alguno.

—Oh, cielos —dijo ella a su lado.

Él se detuvo para observar a los cuatro invitados y no pudo evitar contener una sonrisa ante sus travesuras.

—¿Es esto lo que tenías en mente para ti cuando viniste a este baile? —le preguntó ella, encontrando su mirada.

Él la miró fijamente, inseguro de cómo responder. Aunque nunca había sido aficionado al voyeurismo, no podía negar que ver a otros haciendo la bestia de dos espaldas no era divertido y le provocaba una erección. ¿Cómo no iba a hacerlo? ¿Había algo más sensual y excitante que una mujer disfrutando del placer?

—Prefiero una habitación privada, y aunque vine aquí buscando una amante, tú has captado mi atención ahora. No —continuó cuando ella palideció ante sus palabras— que espere nada de ti. Simplemente deseo conocerte mejor y saber tu nombre.

—Bueno —resopló, moviéndolos por el costado de la sala y alejándolos del cuarteto fornicante—. No te diré mi nombre, ni me conocerás en absoluto. Creo que debo ser honesta contigo, mi lord, para que entiendas el razonamiento detrás de mi declaración.

—Continúa —dijo él, curioso, mientras disfrutaba de cómo se movía su boca al hablar. Sus labios eran carnosos y parecían suaves. Perfectos para besar en rincones oscuros y terrazas abandonadas.

—Bueno, creo que he venido a este baile por error. Se suponía que debía estar en el baile de máscaras de Lady Owen, pero no creo que esto sea lo que mi amiga tenía en mente cuando su doncella entregó su invitación.

El temor se acumuló en el estómago de Corey, y frunció el ceño. ¿La muchacha tenía una doncella? ¿Una amiga que había sido invitada a uno de los bailes de máscaras más codiciados de Londres? Esa lista de invitados era exclusiva, si es que alguna vez hubo una. No es que él no hubiera sido invitado también, pero este baile tenía más atractivo que un grupo de debutantes solteras en busca de marido.

—Debes tener amigos con medios entonces, mi virtuosa belleza. ¿Te importaría decirme quiénes son? —preguntó, tratando de evitar que el pánico entrara en su voz.

—No, nunca podría hacer eso. No te conozco ni sé si puedo confiar en ti, mi lord. De hecho, ni siquiera sé si eres realmente un lord o un hombre de negocios o un deshollinador.

Corey se echó a reír, pues nunca nadie le había dicho algo tan absurdo. —Te aseguro que no soy ningún deshollinador.

—Aun así —continuó ella—. Decirte la verdad me pone a mí y a mis amigas en tus manos, y no pienso hacerlo. Ni siquiera por un rostro tan apuesto como el tuyo.

—Mmm, ¿así que crees que soy apuesto? —la provocó—. Creo que eres una de las mujeres más hermosas que he visto en mi vida.

Ella titubeó y él la sujetó para evitar que tropezara. —Ningún caballero me ha dicho algo así jamás. Eres muy atrevido con tus palabras, pero no puedo evitar preguntarme si me estás diciendo todo lo que quiero oír simplemente para salirte con la tuya.

Él se dio un golpecito en la nariz, sonriendo. —Ah, bueno, nunca lo sabrás, ¿verdad?, ya que estás decidida a no decirme quién eres. Después de esta noche, estamos condenados a no volver a encontrarnos. —Ciertamente no si ella era una mujer noble que había llegado aquí por error.

—Sí —suspiró ella, y él se preguntó si su encanto estaba surtiendo algún efecto. Era muy difícil de leer, esta mujer poco convencional e inocente a su lado.

—Eso no significa que no podamos disfrutar un poco. Crear un pequeño recuerdo para recordar esta noche —sugirió, esperando que ella cayera en sus palabras.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó mientras se detenían frente a la chimenea apagada.

—Bueno, podríamos compartir un beso. No hay nada escandaloso en un beso, y ambos llevamos máscaras. Nadie sabrá jamás quién eres, ciertamente. Y tal vez, si nuestros caminos se cruzan de nuevo en un entorno más formal, quizás te sientas tentada a decirme quién eres para que podamos conocernos mejor —mintió.

—Pero tú no quieres una esposa, mi señor. Dijiste que solo quieres una amante, y yo jamás encajaré en ese puesto.

Él arqueó las cejas, y de alguna manera logró arrancarle una pequeña sonrisa. —Nunca digas nunca, mi virtuosa belleza.

—¿Un beso, dices? —dijo ella después de una larga pausa—. Supongo que no hay mucho daño en algo tan pequeño. Pero debo advertirte que, aunque beses muy bien, no ocurrirá nada más entre nosotros, y nunca seré tu amante. Tengo planes, ¿sabes? Muchos que pienso cumplir cuando regrese a casa, y ser tu amante no es uno de ellos.

Él se llevó la mano al pecho. —Me hieres. ¿Cómo podré dejarte ir después de que nos besemos? Estaré condenado a buscarte para siempre.

Ella hizo un gesto hacia los numerosos invitados, la mayoría mujeres, y algunos que los observaban atentamente con ojos celosos. —Estoy segura de que pronto encontrarás lo que buscas, y no necesitarás volver a pensar en mí.

Corey lo dudaba mucho. Algo en la mujer lo atraía, como una polilla que deseaba volar demasiado cerca de la llama. Le gustaba su manera honesta y directa mezclada con inocencia.

Que tuviera una amiga lo suficientemente acomodada como para emplear a una doncella le indicaba que quizás era una de las tantas debutantes en la ciudad. No es que eso importara demasiado, al menos no en este baile. Pero sí le hacía sentir curiosidad por saber quién era.

—No quiero a ninguna de las otras damas presentes. Solo te quiero a ti —dijo—. Mi virtuosa belleza.

CAPÍTULO
CUATRO

DAPHNE NO ESTABA segura de qué se había apoderado de ella. Para empezar, nunca debería haber estado en este baile. Un error que tendría que explicarle a Ashley cuando regresara a casa. Solo podía esperar que su amiga no fuera consciente del error que había cometido.

Pero el hombre frente a ella, tentándola y provocándola para que fuera traviesa, era una tentación que nunca pensó enfrentar. Ser la única receptora de la atención de este hombre apuesto era un elixir para su alma casi pasada de moda.

Era guapo, sus labios cada vez más atractivos con cada minuto que pasaba. ¿Qué iba a hacer? ¿Le dejaría besarla como él sugería? ¿Y si intentaba quitarle la máscara de la cara y ver quién era? Quedaría arruinada y entonces nunca podría volver a Grafton y persuadir al vicario para que se casara con ella.

—¿Desea besarme, mi lord? —preguntó de nuevo, tratando de acostumbrarse a la palabra besar. Nunca había besado a un hombre en su vida. No es que no hubiera querido. Algo le decía por las sonrisas secretas y nostálgicas de su amiga cuando estaba cerca de su marido que besar podía ser bastante agradable, sin duda.

—Sí, pero solo si usted desea besarme también. Podemos mantener nuestras máscaras aseguradas y nuestras identidades en secreto si lo desea —Tomó su mano y la condujo a una parte de la sala con un diván libre. Las cortinas transparentes estaban corridas como una invitación al pecado.

—Si está de acuerdo en besarme, entre. Prometo no obligarla ni pedir más —dijo.

Este era el momento. Ahora mismo, tenía que decidir si haría lo que él le pedía. ¿Entraría en el mundo del vicio por una noche solamente antes de volver a su tranquila aldea rural para vivir el resto de su vida como la esposa de un vicario?

Daphne se mordió el labio, miró alrededor del salón de baile y notó que nadie les prestaba atención. Todos y cada uno de los invitados estaban ocupados con su pareja para la noche.

Respirando profundamente, Daphne entró en el espacio recluido y se dirigió al diván. Se sentó, los numerosos cojines suaves y opulentos. El pequeño espacio se oscureció aún más cuando el caballero descolgó la cortina, encerrándoles dentro.

Se acercó a ella, recordándole a un león acechando a su presa. Daphne tragó saliva, los

nervios recorriendo su piel y haciendo temblar sus rodillas. Puso las manos sobre sus piernas, aquietándolas mientras él se sentaba a su lado, sus ojos recorriéndola como una caricia física.

Se estremeció. —Nunca he besado a un hombre antes —soltó antes de alcanzarlo y besarlo. Excepto que el beso no salió como ella había planeado. Ni por asomo. Golpeó su nariz contra la de él y sus dientes chocaron.

—Oh, lo siento mucho —Se echó hacia atrás y se tocó el labio, que ya se sentía grande e hinchado—. No sé por qué hice eso —admitió, el calor quemando sus mejillas. Cerró los ojos, agradeciendo a Dios que al menos estaba oscuro y con suerte él no vería su mortificación.

Su mano le acunó la barbilla, y ella levantó el rostro. Con cautela, Daphne abrió los ojos y lo encontró observándola, sin burla ni molestia en su mirada.

—¿Nunca has besado a un hombre? —preguntó, su pulgar deslizándose por su barbilla, haciendo que su respiración se entrecortara. Algo en este hombre la impulsaba a hacer cosas traviesas y tontas que no debería querer hacer con nadie que no fuera su marido.

Pero nunca había visto a un hombre tan apuesto como este, y tenía tantas ganas de ir en contra de todas las reglas que cuidadosamente había planeado para sí misma durante los muchos años viviendo sola y sin esperanza de tener un marido.

Una noche de pecado. Una noche de ser perversa. ¿Qué había de malo en eso? Nada, en su estimación. Y realmente, ¿era un beso pecaminoso? No es como si fuera a ir más allá de eso.

Por la mañana, volvería a ser la perfecta futura esposa de un vicario, tal como era antes.

Negó con la cabeza, esperando que su torpeza no hubiera cambiado su deseo por ella. —¿Eso cambia sus pensamientos sobre besarme, mi lord? —le preguntó, esperando que no fuera así, pero sabiendo que podía hacer poco si lo hacía.

Su atención se desvió hacia sus labios, y ella pudo ver que estaba pensando en su pregunta. —No se supone que esté en este baile. Tal vez debería llevarla a casa y evitarle la vergüenza —dijo.

Daphne se mordió el labio, luchando contra la decepción que la apuñalaba. Supuso que su beso torpe no ayudaba al asunto. Todos en este salón de baile sabían cómo besar. Entre otras cosas que no podía ni imaginar expresar en voz alta. Por supuesto, él ya no la quería.

—No lo creo, mi lord. Creo que vine aquí por error —dijo, queriendo decir la verdad, incluso si esa verdad resultaba en que la escoltaran fuera del baile y no experimentara su primer beso—. Creo que una doncella me entregó una invitación incorrecta. Lamento haber desperdiciado su tiempo —Daphne se puso de pie, pero él le agarró la mano, deteniéndola.

—Antes de que se vaya, todavía podemos tener ese primer beso —ofreció, la tentación en sus ojos haciendo difícil rechazarlo. ¿Qué tenía este hombre que le resultaba difícil negarle?

Él se puso de pie, alzándose sobre ella, y le sujetó la barbilla. —Todavía deseo besarla, aunque no debería —admitió.

Su pulso se aceleró, y poco podía hacer más que mirar y deleitarse con su atractivo que dejaba en las sombras a todos los demás que había conocido. Su voz, suave y profunda, la

guardaría en su memoria, en su mente, y la conservaría para siempre cuando necesitara revivir esta noche.

—¿De verdad? —dijo, su voz sin aliento incluso para sus propios oídos.

—Dios, sí —Cubrió su boca con la suya.

Desde el momento en que sus labios tocaron los de ella, todo cambió. Su cuerpo vibró con vida y su piel se erizó de conciencia. Se alzó sobre las puntas de sus zapatillas, rodeando con sus brazos el cuello de él, y le devolvió el beso con todo lo que tenía.

Su lengua jugueteó con la de ella. Con su jadeo, él aprovechó su sorpresa y enredó su lengua con la suya. Lo que sucedió después nunca lo olvidaría. Su boca tomó la de ella en un beso abrasador, dominándola de una manera que nunca creyó posible. La sensación le hormigueó la piel y la hizo estremecer de conciencia. Placentero era la palabra óptima. Él era todo lo delicioso del mundo, hacía que su cuerpo doliera y vibrara de formas que nunca antes había experimentado.

Sus manos, grandes y firmes en su espalda, la mantenían contra él, y ella gimió cuando la longitud endurecida de su hombría presionó contra la parte superior de su monte de Venus. El calor se acumuló entre sus piernas, y apretó los muslos, esforzándose por aliviar la necesidad que allí palpitaba.

El beso continuó y continuó. Con cada caricia de su lengua, más caía bajo su perverso hechizo. Era demasiado y aun así no suficiente. Quería más. Quería besarlo para siempre.

—Me desarmas —dijo él, apartándose y mirándola a los ojos por un momento antes de capturar su boca de nuevo. Una mano se deslizó en su cabello, la otra en la parte baja de su espalda.

Ella jadeó cuando su agarre se deslizó para abarcar su trasero. La levantó hasta que estuvo a su altura, sosteniéndola de puntillas. Sus dedos se deslizaron cerca de su sexo, y ella gimió, deseando que la tocara allí, necesitando que él calmara la necesidad que se agitaba dentro de ella.

—Eres perverso —declaró ella, envolviendo una pierna alrededor de sus caderas, ondulando su sexo contra el de él sin reservas ni pensamientos sobre cómo se veía ante los invitados. Todo lo que quería y necesitaba en este momento era algo que no podía nombrar.

Pero lo deseaba, anhelaba lo que fuera que él le estaba provocando como si necesitara aire.

—Te quiero en mi cama —dijo él, tomando su boca y ayudándola a frotarse contra su miembro.

Daphne no sabía qué le estaba sucediendo. Su cuerpo se tensaba, buscando, necesitando lo que él ofrecía. Se aferró a él y lo besó con todo lo que tenía. Copió cada uno de sus movimientos, cada deslizamiento de su lengua, los dulces y seductores besos en su barbilla. Él lamió su cuello, mordiendo el lóbulo de su oreja. Su cálido aliento contra su oído la hizo estremecerse, y ella gimoteó, necesitando, buscando, frotándose más fuerte contra él.

—Llega para mí, mi hermosa desconocida virtuosa —dijo él, besándola dura y largamente.

Daphne le devolvió el beso, su cuerpo ya no estaba bajo su control. Buscaba, se movía y

tomaba lo que él ofrecía sin importar quién los viera. Y entonces algo maravilloso sucedió. Un placer, como nada que hubiera conocido antes, la recorrió, convulsionó, vibró y se extendió a cada parte de su cuerpo mientras él la trabajaba contra sí mismo.

Gimió a través del beso, aferrándose a él como si fuera su salvavidas, y en este mismo momento, no estaba segura de que no lo fuera.

Él la besó por varios momentos más antes de devolverla suavemente a la tierra donde pertenecía. —Supongo que me dejarás ahora —dijo él, con la mirada cargada de necesidad.

Daphne observó su figura, tomando un retrato mental para el resto de su vida. Su pecho subía y bajaba rápidamente. Él se pasó una mano por su abundante cabello, haciendo que se viera despeinado. Pero era su hombría sobresaliente y endurecida que presionaba contra sus pantalones lo que hizo que el calor palpitara entre sus piernas.

¿Acostarse con el hombre se sentiría tan bien como lo que él acababa de hacerle sentir? Algo le decía que ese sería el caso.

Asintió, odiando tener que irse, pero sabiendo que no podía quedarse. Si se quedaba, no había forma de saber qué haría a continuación o qué le ofrecería. Y no podía arruinarse. Lo que había hecho ya estaba muy lejos del punto de un comportamiento respetable.

—Debo irme. Lo siento —dijo, alzándose para besarlo una última vez ardiente antes de huir hacia el salón de baile, de vuelta hacia su vida respetable y sus planes de ser la esposa de un vicario.

CAPÍTULO
CINCO

DURANTE LOS SIGUIENTES DÍAS, Corey vivió en un estado de incomodidad. Su cuerpo anhelaba a la mujer que no podía nombrar, ni sabía si volvería a ver alguna vez.

Se encontraba al lado de la pista de baile del salón del Duque y la Duquesa de Blackhaven, encarnando el comportamiento caballeroso y la cortesía hacia el sexo femenino.

Pero todo era una farsa. No estaba en Londres para encontrar esposa. Necesitaba una amante, y solo una ocuparía ese puesto. Era la dulce pequeña pícara que se había deshecho entre sus brazos.

Su primer orgasmo, estaba seguro. Incluso ahora, diez días después de haber tenido una de las experiencias sexuales más satisfactorias de su vida, aún podía escuchar sus dulces suspiros. Ver en su mente, cuando cerraba los ojos, el asombro en los de ella ante lo que le había proporcionado.

Cogió un whisky de un lacayo que pasaba y lo alzó en un saludo a su buen amigo Billington, que se encontraba al otro lado de la sala.

Entrecerró los ojos, observando la multitud de invitados, y se preguntó cuán pronto podría marcharse y si sus anfitriones lo notarían.

—Renford, me alegro de que hayas venido. No pensé que lograría traerte aquí —bromeó Blackhaven, acercándose para situarse a su lado y observando a sus invitados con aprecio.

Todo esto era nuevo para él. La sociedad, las cenas y los bailes, los paseos y los paseos por el parque. Durante tantos años, todos creían que estaba recluido en su finca de campo, Grand Oaks. Cuán equivocados estaban. Luchar por su patria era donde realmente había estado, y no podía adaptarse a este entorno tan bien como lo había hecho antes.

—Por supuesto que asistiré, pero por cuánto tiempo es otra cuestión. Pero me alegro de haber sido invitado. ¿Cómo está la duquesa? Sin duda los preparativos del baile la han mantenido ocupada.

Blackhaven se rió y asintió en dirección a su esposa, que estaba junto a una belleza de cabello pelirrojo. La misma que había visto frente a Whites en su primer día de regreso a Londres.

—En absoluto. La duquesa asume todas sus obligaciones con calma y no parece intimidada

por ninguna de ellas. Y, por supuesto, que tenga a su amiga de Grafton de visita es mucho más significativo que cualquier baile.

—¿Es esa la joven que está junto a la duquesa? —preguntó Corey. Algo en la forma de la mujer le resultaba familiar, aunque no podía decir qué era. Era una chica alta, con unas piernas que parecían interminables...

—Ah, sí, lo es. La señorita Daphne Raven de Grafton. Está en la ciudad adquiriendo nuevos vestidos —dijo Blackhaven, aclarándose la garganta.

Corey miró al duque y entrecerró los ojos ante su timidez. —¿Por qué tengo la impresión de que hay más sobre la señorita Raven de lo que me estás contando?

—En absoluto. Es la amiga más maravillosa, y la quiero tanto como mi esposa. ¿Te gustaría conocerla?

Corey negó con la cabeza. —No, no estoy de humor para presentaciones. No estoy aquí para buscar esposa, sin importar lo que los chismes de la ciudad puedan decir para disputar ese hecho.

—Muy bien —cedió Blackhaven, pero antes de que Corey pudiera agradecer a su anfitrión nuevamente por la invitación y escabullirse sin ser notado, vio a la duquesa acercándose con la recién llegada señorita Raven.

Corey suspiró para sus adentros, sin el menor interés en interpretar el papel del encantado pretendiente masculino que esta debutante sin duda deseaba esta temporada. Aunque cuanto más se acercaban, más notaba que la señorita Raven no era una debutante sonrojada recién salida de las trenzas.

Era una mujer, de la misma edad que la duquesa, calculaba, y sus brillantes ojos verdes tenían una luz conocedora y mundana que no decepcionaba.

—Renford, permíteme presentarte a mi esposa, la Duquesa de Blackhaven, y a la señorita Daphne Raven. Ashley, señorita Raven, este es Su Excelencia, el Duque de Renford.

Los ojos de la alta joven se abrieron al escuchar su nombre, y lo miró antes de que un encantador rubor besara sus mejillas. Hizo una torpe reverencia y murmuró algo en respuesta que apenas pudo oír, y mucho menos entender.

La duquesa sonrió, y él no pudo evitar devolverle la sonrisa ante la belleza de Su Excelencia. —Un placer conocerlas, Su Excelencia, señorita Raven. Nuestro encuentro se ha retrasado demasiado, Su Excelencia.

—Igualmente —respondió la duquesa antes de sonreír a su amiga y darle un pequeño codazo.

Oyó reír a Blackhaven y supo que Su Excelencia había visto el intento de su esposa de hacer hablar a su amiga.

—¿Cuánto tiempo estarás en la ciudad? —le preguntó Blackhaven.

Corey se encogió de hombros, incapaz de apartar los ojos de la señorita Raven, aunque no podía entender por qué. Era ciertamente una belleza, sin una sola mancha o cicatriz que estropeara su piel. Sus curvas femeninas prácticamente suplicaban ser acariciadas, y tenía el abrumador deseo de preguntarle sobre su disfrute del baile. Oír su voz.

—No mucho. He venido a la ciudad para asegurar algunos servicios antes de volver a casa. No estaré aquí toda la temporada.

—Es una lástima, especialmente cuando hay tantas perspectivas para un apuesto y elegible soltero como usted —bromeó la duquesa, moviéndose para tomar el brazo de su esposo.

La señorita Raven parecía un poco perdida sin su amiga a su lado, y alzó la mirada rápidamente, encontrándose con sus ojos antes de apartarlos con la misma rapidez.

Se mordió el labio, y todo en el cuerpo de Corey se congeló. Esos labios. Sus dientes perfectos que mordían esos labios besables. Su cabello color fresa. Sus largas piernas y pechos que cabían perfectamente en una mano, pero no más. La había visto en algún lugar antes, y no era frente a Whites.

Dios mío, era ella...

Su virtuosa belleza de la mascarada de Dame Plaisir.

Olvidando dónde estaba, Corey fue a dar un paso hacia ella y se detuvo. Se contuvo, afortunadamente, antes de que Blackhaven notara algo fuera de lugar.

—Quizás esta noche tenga usted razón, Su Gracia. Puedo hacer una excepción por su baile, al menos —extendió su mano frente a la señorita Raven y esperó a que ella lo mirara.

En el momento en que lo hizo, tuvo la certeza, más allá de cualquier duda, de que estaba en lo cierto, y supo, hasta lo más profundo de su ser, que la mujer que estaba frente a él, mansa y apacible, callada y sumisa, era la misma que se había deshecho entre sus brazos, se había frotado contra su miembro y había llegado al clímax.

Ella puso su mano en la de él, y Corey apretó su agarre contra los dedos temblorosos de la joven. No hablaron mientras la conducía a la pista de baile antes de que comenzaran las primeras notas de un vals.

Perfecto. Simplemente perfecto.

La atrajo hacia sus brazos y la llevó al baile. Después de varias vueltas, finalmente la sintió relajarse en su abrazo.

—Mi virtuosa belleza. No pensé que te encontraría de nuevo —dijo.

La mirada de ella se elevó para encontrarse con la suya, y él se rio del miedo que prácticamente exudaba. Negó con la cabeza, chasqueando la lengua ante su travesura.

—¿No vas a hablarme? Y eso que nos llevamos tan bien la última vez que estuvimos juntos. Sé que yo no te he olvidado tan rápido como pareces haberme olvidado tú.

Ella miró a su alrededor antes de encontrarse con su mirada, y por primera vez desde su escandaloso encuentro en el baile de Dame Plaisir, él vio un poco del fuego que lo atraía como ninguna otra lo había hecho antes.

—No sé de qué habla, Su Gracia —dijo ella.

Él se rio, no pudo evitarlo. Lo absurdo de su comentario era demasiado divertido como para no hacerlo.

—Mi virtuosa belleza, creo que sí recuerdas y recuerdas bien nuestro tiempo juntos.

¿Deberíamos dar un paseo para que pueda recordarte lo bien que te conozco?

Ella puso los ojos en blanco antes de tomar una respiración profunda y calmante. No es que fuera a ayudar a sus nervios. Prácticamente temblaba en sus brazos y lo inclinaba aún más a acercarla, a abrazarla.

Mantenerla a salvo...

Se sorprendió con ese pensamiento y sacudió tales absurdas reflexiones. ¿Qué le pasaba? No le importaba demasiado la chica en sus brazos. Aunque le gustaría acostarse con ella, no quería nada más que eso.

¿Estaría ella dispuesta a convertirse en su amante? ¿Era una heredera? ¿Una mujer de una familia que nunca permitiría tal ocupación?

—No hay necesidad de que me recuerde lo que pasó. Simplemente pensé que, siendo usted un caballero, no me recordaría mi atroz comportamiento de nuestro último encuentro. Pero, al parecer, su reputación lo precede, y es incapaz de ser respetable. Incluso en un baile ejemplar como este.

Él se rio, disfrutando de su broma y su molestia hacia él.

—¿Dónde está la diversión en no recordarte cómo me cabalgaste, señorita Raven? —Se inclinó hacia adelante y rozó su oreja con los labios—. Quiero que me cabalgues de nuevo —la provocó—. Me pusiste tan duro que me dolió durante días.

Ella se echó hacia atrás y lo fulminó con la mirada, y él luchó por mantener una cara seria. Qué delicioso se había vuelto este baile. Qué absolutamente satisfactorio.

—Bueno, qué triste y decepcionado se sentirá, Su Gracia. Supongo que será mejor que deje de perder el tiempo conmigo y vaya en busca de la amante que está decidido a conseguir, ¿no cree?

Una risa burbujeo en su interior y estalló, y por primera vez en mucho tiempo, Corey soltó una carcajada.

—Oh, no, señorita Raven. No quiero a cualquiera. Como dije la última vez que nos encontramos, te quiero a ti y a nadie más, y te tendré.

CAPÍTULO
SEIS

DAPHNE NO SABÍA qué decir o hacer. Nunca antes un caballero, y uno tan apuesto, había sido tan atrevido con ella. No es que pudiera aceptar su invitación. Hacerlo significaría su ruina, y todas sus esperanzas de casarse con el amable y dulce vicario se desvanecerían.

¿Realmente quieres al vicario cuando puedes tener a Renford?

Él era absolutamente encantador de una manera traviesa y juguetona, y ella no podía evitar querer estar en sus brazos de nuevo. Desde su encuentro en el baile de Dame Plaisir, no había vuelto a ser la misma. Su cuerpo se había sentido completamente descolocado después de huir de su lado. Recordaba lo que habían hecho cuando soñaba con él, y ahora, teniéndolo frente a ella, su voz seductora y persuasiva era demasiado para ignorarla.

Pero debía hacerlo. No podía ser su amante. Nunca podría hacerse eso a sí misma o a su familia. Sin mencionar a todas las amigas que perdería al elegir ese estilo de vida.

¿Y qué pasaría con ella cuando él se cansara de su acuerdo? Sería retirada, posiblemente con una pequeña pensión, y dejada a vivir el resto de sus días como una paria.

No, no podía permitir semejante caída en desgracia.

—No voy a ser tu ramera, Excelencia, por muy encantador que suenes al pedírmelo. Tengo la intención de casarme, y nada me impedirá conseguir lo que quiero. Ni siquiera un duque —declaró, queriendo que él supiera que tenía una vida más allá de esa escandalosa noche que no iba a abandonar, sin importar cuán placentera hubiera sido.

—¿Estás comprometida? —preguntó él, con un tono menos juguetón que le provocó un escalofrío.

—Bueno, en realidad, no, aún no estoy comprometida, pero estoy en la ciudad preparándome para que cuando regrese a Grafton y el vicario local me pida que sea su esposa, podamos casarnos de inmediato.

El duque la acercó aún más, haciéndolos girar por la sala y dejándola mareada. —¿Quién es ese vicario? ¿Puede permitirse casarse? —Un profundo ceño se formó entre sus cejas.

Daphne se encogió de hombros. —No lo sé, pero supongo que está económicamente estable. Es el vicario local y gana un salario respetable, estoy segura.

El duque se burló y casi puso los ojos en blanco. —La pequeña diablilla que estuvo en mis

brazos la semana pasada nunca estará satisfecha como la esposa de un vicario. ¿No preferirías una vida más estimulante a una de oración?

—¿Realmente me estás preguntando eso, Excelencia? ¿No crees que lo que estás diciendo es reprochable? Puede que tenga muy poco en mi vida, posiblemente el único valor aparte de mi reputación sean mis amigas, que están feliz y altamente situadas en la alta sociedad. Nunca tiraría todo eso por la borda simplemente porque me quieres en tu cama. Eres muy arrogante, ¿no es así? —dijo, observándolo, esperando que detuviera esta locura y hablara con un poco de decoro.

Él la miró, y parte de su diversión se desvaneció. —Muy bien. No intentaré persuadirte de ser mi amante de nuevo, pero eso no significa que no intentaré robarte otro beso. Lo hiciste tan bien la última vez.

Daphne gruñó. Realmente, el hombre era imposible. —Dime, se rumorea que has estado en tu finca de campo estos últimos años. ¿Dónde es que vives? —preguntó, curiosa de por qué un hombre que tan desesperadamente quería una amante se escondería en una finca de campo durante años y no vendría a Londres antes de la Temporada de 1816.

—Mi hogar está en Kent. Una gran propiedad y una de las tres que poseo. La casa de Londres, por supuesto, y un pabellón de caza en las Tierras Altas de Escocia.

—Siempre he querido visitar Escocia. ¿Es tan hermosa como la representan en la poesía y los libros? —preguntó, imaginando los picos nevados y el ganado de las tierras altas que los recorría.

—Es dura y puede ser mortal. Tengo un castillo, que reparé extensamente hace algunos años, así que es cálido y seco, aunque sea antiguo. Me gustaría mostrártelo algún día.

—A menos que me estés pidiendo que sea tu esposa, eso nunca ocurrirá —dijo ella.

—Podría invitarte a ti y a tu esposo vicario a unirse a mi grupo un año. Tal vez te convenza de unirte a mí para tomar una copa en mi habitación cuando todos estén dormidos.

La idea hizo que el calor se acumulara entre sus piernas, y se mordió la lengua para no maldecir por lo tentadoras que podían ser sus palabras. —Nunca podría hacer eso, incluso si tuviera el peor de los maridos. No podría romper mis votos.

Él le sonrió antes de hacerla girar hasta detenerse. —Estoy seguro de que podría hacerte cambiar de opinión respecto a eso. No puedo ser el único aquí cuyo cuerpo anhela y desea a la persona en mis brazos, como nunca antes he experimentado. Nos iría bien juntos, tú y yo. Arderíamos como un incendio forestal si nos encendiéramos.

Daphne deslizó su mano sobre el brazo de él mientras la guiaba fuera de la pista. El calor besaba todo su cuerpo, y ella luchaba por componerse. ¿Cómo iba a negárselo cuando la atraía como un hilo atado a su mano, tirando constantemente de ella para acercarla?

Se unieron al Duque y la Duquesa de Blackhaven, y Daphne rápidamente se desenredó de Renford y se colocó junto a su amiga. Había seguridad al lado de Ashley que no tenía cuando estaba cerca de Renford.

—Bailas el vals maravillosamente, Daph. Y estabas preocupada por venir esta noche sin

razón —dijo Ashley, sonriéndole.

Daphne asintió, tratando de evitar mirar a Renford, aunque podía sentir que la estaba observando, analizándola, intentando encontrar una manera de hacerla cambiar de opinión.

Dios mío, no podía derrumbarse. Aunque podría permitirle besarla de nuevo, nunca sería su amante. Eso nunca funcionaría en absoluto.

Un alboroto comenzó cerca, dos jóvenes discutiendo sobre caballos por lo que Daphne pudo entender. A medida que la discusión aumentaba, varios caballeros cercanos intervinieron y apartaron a la pareja que discutía antes de que la situación escalara a los puños.

Ashley miró a Daphne con los ojos muy abiertos pero no dijo una palabra. A punto de restarle importancia a la situación, miró a Renford y lo encontró pálido como un fantasma y paralizado, observando a la joven pareja y nada más.

Por instinto, extendió la mano, tocando su brazo, y él se sobresaltó ante su contacto. —¿Se encuentra bien, Su Gracia? —le preguntó.

Él no la miró, pero ella pudo ver que luchaba por recomponerse. Calmarse, si tuviera que adivinar.

—¿Renford? —Blackhaven también inquirió cuando permaneció en silencio.

Después de lo que pareció una eternidad, se liberó de lo que fuera que lo había perturbado y sonrió a cada uno de ellos. —Si me disculpan. Tengo otro compromiso esta noche —dijo, alejándose de todos ellos, abriéndose paso entre la multitud de invitados como si un grupo de debutantes persiguiera cada uno de sus pasos.

Daphne frunció el ceño mientras lo veía alejarse, preguntándose qué había causado que se volviera tan extraño tan rápidamente.

—Bueno, eso fue muy extraño, ¿no es así? —declaró Ashley, mirando en la dirección en la que el duque había huido.

—Mucho —dijo Blackhaven, frunciendo el ceño.

Daphne asintió. —¿Crees que fueron los jóvenes discutiendo lo que lo alteró? ¿Tal vez no le gusta el conflicto? —dijo, suponiendo que a ella tampoco le gustaba el conflicto. Nadie quería ver a alguien discutir o molestarse por asuntos triviales, incluso caballos. Pero, ¿era esa la razón?

Echó un vistazo alrededor de la sala, buscando ver si alguien más era de interés. Tal vez había visto a una dama y simplemente quería escapar de ellos para poder buscar su próxima conquista.

—Estoy seguro de que tenía sus razones —afirmó Blackhaven, alcanzando la mano de su esposa—. ¿Bailamos, mi amor?

Daphne los vio alejarse, feliz de que su amiga estuviera casada y dichosa.

—Señorita Raven, ¿no es así? —dijo una voz a su lado, con un acento francés tan espeso como la melaza.

Daphne se giró y encontró a un hombre alto y apuesto detrás de ella. Sonrió, no queriendo ser grosera, aunque no hubieran sido presentados. —Creo que no nos han presentado —mencionó.

Él se rió ante su recordatorio de etiqueta y se encogió de hombros.

—Cuando una es tan hermosa como usted, señorita Raven, ¿por qué debe un caballero esperar a ser presentado? Se pierde demasiado tiempo en tales asuntos triviales, y me gustaría bailar con usted. Si me hace el honor —dijo.

En toda verdad, Daphne nunca pudo entender la regla de que un conocido mutuo debía presentar a uno para poder conversar. Deslizó su mano en la de él y le permitió guiarla a la pista de baile.

—¿Es usted francés? ¿Es seguro para usted estar aquí en Inglaterra tan pronto después de la guerra? —preguntó, esperando no ofenderlo.

Él se rió, chasqueando la lengua. —Ah, bueno, quizás no tan seguro, pero tengo asuntos pendientes que atender aquí en Inglaterra y no me iré hasta que eso esté resuelto. No veo razón por la que no pueda disfrutar mi tiempo aquí mientras logro todo lo que debo.

—Suena como si su asunto fuera muy importante. ¿Qué es lo que tiene que hacer aquí? —preguntó ella.

Una sombra cruzó su rostro por un segundo antes de que parpadeara y desapareciera. —Necesito saldar una cuenta de mi familia, y luego volveré a Francia.

Daphne asintió y se entregó al baile. —Bueno, le deseo éxito en sus planes, Monsieur...

—Monsieur Henri Caddel —terminó por ella—. Y gracias. Creo que ya están saliendo espléndidamente —dijo, con una sonrisa amplia y sincera.

CAPÍTULO
SIETE

COREY DESPERTÓ sobresaltado justo cuando el amanecer se colaba por las cortinas de la ventana. Se incorporó en la cama y se llevó una mano al corazón acelerado, seguro de que estaba a punto de salírsele del pecho. Apartó las sábanas de un tirón, con la camisa incómodamente húmeda y pegada al cuerpo. Se movió hacia el borde de la cama, se la quitó y la arrojó a un lado. Respirando lenta y profundamente, intentó calmar sus pensamientos. Aunque de poco le sirvió.

Habían pasado varias semanas desde que tuvo el sueño. Una pesadilla, en realidad, y una que desafortunadamente era tan cierta como que él estaba sentado allí.

La sensación de la hoja cortando la carne, la impresión de su arma raspando el hueso y encontrando su objetivo en su adversario, le hizo estremecerse.

Abrió los puños y luchó por calmarse. La guerra había terminado. Estaba de vuelta en Inglaterra, vivo y bien. No había razón para que siguiera soñando con el francés que había matado. Fue una situación de matar o morir. Cualquiera habría actuado igual.

¿Estás seguro, Renford?

La duda persistente siempre estaba allí, burlándose de él, atormentándole, pero no dejaría que ganara. Se levantó de la cama y fue hasta donde guardaba el brandy en su habitación y se sirvió una copa considerable.

No había fuego. Aun así, se dejó caer en un sillón frente a la chimenea y pensó en cualquier cosa menos en lo que había soñado.

La imagen de la señorita Daphne Raven flotó por su mente, y un poco de su ansiedad se disipó. Había una mujer astuta bajo esa apariencia de ratoncita de campo, y él quería provocarla para que saliera de nuevo.

Aunque, después de la noche anterior, probablemente ella pensaba que era un cabeza de chorlito por haber abandonado el baile tan repentinamente. Realmente necesitaba trabajar en sus respuestas sociales hacia los demás en situaciones volátiles. No podía, seguramente no, reaccionar como lo hacía perpetuamente. Por mucho que lo intentara, su cuerpo se salía de control cuando las situaciones se volvían conflictivas o violentas a su alrededor. Por qué, no lo sabía, y por más que lo intentaba, no podía cambiar sus respuestas.

Pero también, en el momento en que Daphne lo había tocado y le había preguntado si estaba

bien, nunca había salido tan rápidamente de su miedo.

Apuró su brandy. ¿Qué significaba eso?

Sin querer analizarse a sí mismo justo en ese momento ni detenerse en el pasado que no podía cambiar, se lavó rápidamente y se vistió con pantalones de ante, una camisa nueva y una chaqueta de montar antes de dirigirse a las caballerizas. Saldría a cabalgar, despejaría su mente a lomos de su montura y esperaría que otra pesadilla no volviera esa noche.

Su mozo de cuadra no tardó mucho en ensillar su caballo, y pronto se abría paso entre el tráfico matutino de Mayfair. Varios otros caballeros se dirigían a Hyde Park, pero Corey mantuvo las distancias, sin estar de humor para la conversación o la compañía.

Al llegar al parque, se dirigió hacia Rotten Row y mantuvo a su montura a un paso tranquilo. Se deleitó con el entorno apacible, los árboles que se mecían con la suave brisa, el sonido de los ingleses hablando mientras cabalgaban y la vista de las hermosas damas que montaban a caballo a esta hora temprana.

Y entonces la vio.

Detuvo su montura y estudió la forma esbelta sobre el lomo de una gran yegua negra de larga crin y cola. El caballo era sin duda uno de los regios ejemplares de Blackhaven, pero la amazona se ajustaba al caballo como un guante de cabritilla.

Se veía majestuosa en su traje de montar verde botella, su cabello color fresa que brillaba cuando el sol besaba sus largas mechas. Caían en ligeros rizos por su espalda, y él respiró hondo, deseando ver ese cabello esparcido sobre sus almohadas a la luz del amanecer.

Despertar junto a la señorita Daphne Raven no sería ninguna dificultad, y no podía pensar en nada mejor.

Si tan solo pudiera tener tales fantasías. Pero no podía. No eran para él.

Otro caballero se unió a ella justo cuando Corey iba a espolear a su montura para avanzar, y detuvo su caballo. No había visto antes a ese hombre, estaba seguro de que no lo conocía, y sin embargo había algo familiar en su perfil, en la forma de su mandíbula y su nariz recta.

Aunque sorprendida por la atención del hombre, la señorita Raven le habló con suficiente amabilidad y avanzó con su montura para que pudieran cabalgar juntos, con su mozo de cuadra siguiéndolos de cerca.

Corey no intentó interrumpirlos ni entrometerse en su pequeño tête-à-tête. No estaba tan desesperado por conseguir que la señorita Raven aceptara ser su amante como para hacer eso. Ni quería que el ton pensara que quería algo más que eso. No lo quería.

No se podía confiar en él, no cuando se trataba de la seguridad de los demás. Era capaz de demasiadas cosas como para permitir que alguien se le acercara, solo para decepcionarlos a la larga.

Sin mencionar lo que había sucedido con la última mujer con la que se acostó y junto a la que se quedó dormido. Un error que no podía permitirse cometer de nuevo.

Cerró los ojos, luchó por no vomitar ante el recuerdo, y dio la vuelta a su montura. Volvería a

casa, se bañaría y desayunaría y pasaría el día en su club. Al menos cuando estaba rodeado de otros, su mente no se detenía en el pasado. Y hoy, parecía decidida a hacer precisamente eso. Y no dejaría que su pasado lo quebrara.

Él era el Duque de Renford. Un poderoso lord del reino y no un antiguo espía atormentado por los muchos rostros de todos los hombres que había matado, uno en particular que creía que había sido su amigo. No sería eso.



—Señorita Raven, qué sorpresa tan encantadora encontrarla aquí esta mañana —dijo, lanzando una mirada hacia su mozo de cuadra—. Es usted la perfecta imagen de una refinada dama inglesa saliendo a cabalgar.

Daphne se rio del cumplido de Monsieur Caddel sobre su atuendo de equitación, que no era diferente al de cualquier otra dama esa mañana, aunque él lo hiciera sonar como si lo fuera.

—Tengo una buena amiga que se aseguró de que tuviera ropa de montar durante mi estancia aquí. No tiene nada de especial. Simplemente disfruto montar a caballo —dijo, sin querer que él ni nadie más pensara que había venido a Londres para conseguir un marido. Ya tenía uno en la mira en Grafton. Aunque no estaba del todo segura de si Monsieur Caddel estaba buscando esposa o simplemente pasando el tiempo con ella hasta que otra persona captara su interés.

Dieron la vuelta con los caballos al llegar al final de Rotten Row y emprendieron el camino de regreso hacia las puertas por las que ella pasaría para volver a casa. Contempló el parque, hermoso a esa hora de la mañana, y sintió un nudo en el estómago. El duque de Renford trotaba por el otro lado, alejándose de ella.

Quería llamarlo. No podía entender por qué, y afortunadamente se contuvo, porque cuando el duque miró en su dirección, no la reconoció en absoluto.

Daphne suspiró para sus adentros. Preferiría estar hablando con el duque que con Monsieur Caddel. De alguna manera, el duque, incluso con todas sus bromas e insinuaciones escandalosas, parecía más genuino que el hombre a su lado.

—Ah, el duque más codiciado de Londres está aquí. Pero la ignora después de que lo he visto hablando con usted en bailes y fiestas. Esto debe dolerle, ¿no? —preguntó Monsieur Caddel.

Daphne luchó por no reaccionar a sus palabras. Tampoco quería que la gente pensara que iba tras el duque, porque no era así. No quería un marido que solo le causara angustia. Un vicario era una apuesta mucho más segura que un duque libertino.

—Está equivocado, Monsieur Caddel. Somos conocidos y no muy cercanos. Él no puede causarme ningún daño —dijo, sin creer del todo sus propias palabras.

Él sonrió, encontrando su mirada.

—Me alegra saberlo —hizo una pausa—. Asistiré al baile de los Maddigan esta noche, señorita Raven. ¿Puedo ser tan osado como para solicitar el primer baile con usted?

Ella no podía negarse, así que asintió cortésmente, aunque preferiría no hacerlo. No quería dar a nadie ideas de naturaleza romántica. Excepto quizás a Renford, pero solo para besos. Nada más.

Sabía que era una declaración terrible. Era diabólico de su parte querer sus labios sobre los de ella otra vez. Pero nunca en su vida había experimentado tanto placer y anhelo como el que él había despertado en ella en el baile de Dame Plaisir.

Quería sentir ese placer embriagador de nuevo, pero permanecer doncella. No podía arriesgar su virtud, ni siquiera por el duque. Sin mencionar que él parecía totalmente decidido a permanecer soltero para siempre.

—¿Conoce al duque? —preguntó Monsieur Caddel, entrecerrando los ojos mientras miraba al duque que se alejaba cada vez más.

Por las preguntas de Monsieur Caddel, se preguntaba si el francés quería conocer al duque más que ella.

—Como dije, compartimos amigos en común —miró a sus ojos, preguntándose por qué era tan persistente respecto al duque—. Es un conocido de la familia con la que me estoy quedando actualmente y es amigo cercano de una joven que conocí en mi infancia —No es que fuera a explicar más que eso. No conocía tan bien al francés, ni era asunto de nadie, en realidad, con quién se asociaba.

—Lo he visto antes, pero no sé dónde... Sé que fue antes de esta maravillosa temporada que todos estamos disfrutando aquí en la ciudad —sonrió, aún observando al duque con interés—. Estoy seguro de que en algún momento lo recordaré. No está casado, ¿verdad?

—Ah, no, no está casado ni comprometido —respondió, esperando sonar más indiferente con su respuesta de lo que se sentía.

—Pero quizás quiere estarlo, sin importar lo que digan los rumores para refutarlo. Se interesa mucho por usted, señorita Raven. Veo que tengo competencia cuando se trata de ganarme su confianza y amistad.

El calor besó las mejillas de Daphne ante las palabras de Monsieur Caddel, y tragó saliva varias veces, tratando de sacar las palabras atascadas en su garganta.

—No hay ningún entendimiento entre el duque y yo. Tenemos amigos en común, y él estaba hablando con ellos. Nada más que eso.

—Pero bailó con usted —argumentó Monsieur Caddel, observándola con una agudeza que hizo que un escalofrío recorriera su espalda.

—Ciertamente ha mostrado una gran curiosidad por el duque y por mí, Monsieur Caddel. ¿Hay alguna razón por la que seamos tan interesantes para usted? —le exigió, sin que le gustara su interrogatorio. Tampoco necesitaba que nadie pensara que quería al duque cuando él no la quería a ella. No para nada inocente en cualquier caso, y ella tenía planes de casarse. Planes que significarían que no tendría que dejar Grafton. Los niños del pueblo dependían de ella y sus enseñanzas, y no podía abandonarlos, ni siquiera por un duque. No cuando convertirse en su

amante era su única oferta.

—Simplemente me gusta saber quién es mi competencia y sus debilidades, eso es todo —respondió, lanzándole una sonrisa descarada.

Daphne entrecerró los ojos, sin estar del todo segura de que esa fuera la verdad.

CAPÍTULO
OCHO

Acompañada por el duque y la duquesa de Blackhaven, Daphne siguió a sus amigos al baile de los Maddigan. El gran salón de baile estaba lleno de flores de verano, y el aroma de rosas, lirios y glicinas era tan delicioso como la vista. Las puertas de la terraza estaban abiertas, y los invitados se mezclaban tanto afuera como en el propio salón de baile.

Un hermoso baile de verano que seguramente sería agradable. Aún más cuando Daphne divisó al duque de Renford de pie junto a Lord Billington. Aunque no debería pensar tal cosa, era apuesto, y resultaba placentero que coquetearan con ella después de años de ser ignorada.

En su presentación por el maestro de ceremonias, Renford miró en su dirección, pero su interés fue fugaz antes de disculparse con su amigo y dirigirse hacia la terraza.

Una sensación incómoda y molesta se asentó en el estómago de Daphne, y se preguntó por qué. ¿Por qué le importaría que la descartara tan rápidamente? Tal vez su persecución era tan transitoria como su mirada. Eso probablemente era más cierto que cualquier otra cosa. Después de todo, era un libertino. Solo buscaba su propio interés, y ella había sido franca al decirle que nunca sería su amante.

Eso probablemente explicaría por qué no le habló en el parque esta mañana. Ella no cedería. Por lo tanto, la veía como un desperdicio de sus coqueteos.

Daphne sacudió la decepción que tal comprensión le causó y esbozó una sonrisa mientras saludaban a amigos y conocidos. Monsieur Caddel la recogió como había prometido, y durante los dos primeros bailes, ella bailó y desempeñó el papel de una debutante agradecida, pero no podría haber estado más lejos de la verdad.

Debería regresar a Grafton. Ya le habían tomado las medidas para su vestido de novia, y lo estaban confeccionando mientras ella bailaba en este mismo momento. Ya no necesitaba estar aquí. Había visto a su amiga más cercana y pasado tiempo de calidad con ella. Era hora de que se fuera y dejara de fingir que esta vida era una que deseaba o le gustaba.

En realidad, no la disfrutaba en absoluto.

No te engañes, Daph. Has adorado la atención del duque.

Acalló sus pensamientos y agradeció a Monsieur Caddel cuando el baile llegó a su ansiado fin. Él la escoltó de vuelta con Ashley antes de disculparse.

Dejó escapar un suspiro de alivio, sin estar particularmente de humor para responder más de sus preguntas aduladoras.

—Es muy apuesto, Daph. Tal vez deberías fijarte en él en lugar del vicario en Grafton. Al menos él sabe que existes —dijo Ashley, con una sonrisa burlona en los labios.

Daphne golpeó el brazo de su amiga con su abanico antes de abrirlo. —¿Tengo que decirte de nuevo que mi vicario sabe que existo? Enseño a los niños justo al lado de la iglesia todos los domingos, y a veces lo ayudo con sus sermones.

Ashley puso los ojos en blanco, sus labios se tensaron en una línea de disgusto. —Si no te ha visto y pedido tu mano ya, entonces no te merece. Creo que sería mejor si te quedaras aquí en Londres conmigo. Encuentra un marido que te desee sin importar cuán devota seas a Dios.

No es que Daphne fuera excesivamente devota a Dios, pero disfrutaba enseñando a los niños y no quería dejar Grafton. ¿Quién les enseñaría letras y números si ella no lo hacía?

—Es solo cuestión de tiempo antes de que el vicario me vea.

—El duque de Renford ya te ha visto, y si soy buena para ver cuándo un hombre desea a una mujer, lo cual creo que estoy plenamente calificada para opinar, él te quiere en su cama.

—Ni siquiera me ha mirado esta noche —soltó antes de poder contenerse.

Ashley se rio a su lado. —Ajá, ¿ves? Sabía que algo pasaba. Se lo dije a Blackhaven, y él no me creyó, pero tu respuesta es bastante reveladora.

—No hay nada que revelar. Parece haber perdido el interés —suspiró, sin ver el punto de ocultar su decepción a su amiga. Por mucho que estuviera decidida a no ser su amante, era encantador ser el centro de atención de un hombre tan apuesto.

—¿Eso crees? —dijo Ashley, aclarándose la garganta y asintiendo en una dirección particular.

Daphne miró hacia donde su amiga indicaba, y el aliento en sus pulmones se congeló. Renford, que se alzaba por encima de la mayoría de los presentes, estaba apoyado en el umbral de la terraza, observándola. Parecía algo ebrio, por no mencionar desaliñado, como si hubiera tenido algún encuentro secreto que hubiera desordenado su ropa. Su corbatín estaba medio deshecho. Ciertamente, estaba suelto alrededor de su cuello y no tan preciso como debería estarlo en un duque.

Se veía francamente peligroso y absolutamente, devastadoramente atractivo.

—Lo siento, amiga mía, pero ese no es un hombre sin interés. Te desea, y necesitas protegerte a menos que tú también lo quieras.

Daphne no sabía qué decir ni cómo reaccionar. Miró alrededor de la sala y notó que otros no habían visto su interés. Una buena cosa, sin duda, pues no necesitaba que ningún chisme llegara a Grafton. Pero entonces, tal vez un poco de chisme para estimular al vicario a proponerle matrimonio sería beneficioso.

—Solo hay una forma de probar tu teoría, Ashley —dijo, dirigiéndose con aire desenvuelto hacia una puerta al lado del salón de baile. Podía sentir la mirada de Renford como un toque

físico, y se le erizó la piel. Aun así, no lo miró, simplemente mantuvo la compostura y salió de la habitación sin mirar atrás. Si todavía la quería, la seguiría, y entonces ella decidiría qué hacer, si es que hacía algo más que disfrutar de sus atenciones antes de dejar Londres.

Después de todo, no había nada malo en unos cuantos besos robados. No haría nada más que eso, se prometió a sí misma.

Tan pronto como cerró la puerta, esta se abrió de nuevo. Una mano grande, cálida y decidida le agarró la cintura y la condujo a una habitación frente a la entrada.

No necesitaba preguntar quién estaba detrás de ella. Su contacto era tan familiar y bienvenido como lo recordaba. No es que estuviera muy contenta con él en este momento. La había estado ignorando toda la noche.

Pero Daphne tuvo poco tiempo para reprenderlo, pues en el momento en que se dio la vuelta, él la atrajo a sus brazos y la besó.

Con fuerza.

Su boca trabajaba la suya y la arrastraba a su mundo seductor. Ella se aferraba a él, tomaba todo lo que le daba e intentaba no sucumbir a sus encantos una vez más.

—El francés no es para ti, Daphne —gruñó él, mientras sus labios descendían por su cuello, provocando el lóbulo de su oreja y haciéndola estremecer.

Ella no podía discrepar con su advertencia, pero tampoco podía pensar que era suya, porque no lo era.

Ya eres suya, y lo sabes.

No. Intentó empujarlo hacia atrás, pero él no cedió. —No soy del francés ni vuestra, Excelencia. Aunque intentéis besarme y persuadirme de lo contrario —dijo ella.

Su sonrisa maliciosa la tentó a sonreír de vuelta. —¿Está funcionando ya? Me encantaría que te entregaras a mí cuando ya no puedas negar tu deseo.

—No me forzaríais así. No creo que ni siquiera vos seáis capaz de eso, aunque os considere competente en muchas cosas.

—Soy hábil en muchas cosas. Tienes razón —dijo él, con voz grave—. Pero estás en lo cierto. Quiero que vengas a mí libremente.

Ella negó con la cabeza. —Sabéis que eso no es posible.

—Eso no hace que no quiera intentarlo, de todos modos. —La besó de nuevo, haciéndola retroceder hasta que sus piernas chocaron con el lado de un diván. Sin previo aviso, la levantó para sentarla en él, colocándose entre sus piernas sin vergüenza.

El hombre era imposible y demasiado seguro de sí mismo. No es que ella lo estuviera apartando como debería. La maravilla de lo que haría a continuación era demasiado para negarse, incluso cuando sabía que debería hacerlo.

Él se inclinó, y ella sintió el aire fresco de la habitación besando su tobillo y luego su rodilla.

Detuvo su avance con la mano, encontrando su mirada. —¿Qué estáis haciendo, Excelencia? —preguntó, arqueando una ceja.

—Llámame Corey. No quiero ser Renford ante ti —dijo él.

Daphne lo observó y vio que hablaba en serio, sus ojos casi suplicándole que accediera. Asintió, sintiéndose un poco perdida por su petición. Levantó la mano, dejándolo hacer su voluntad.

Una expresión hambrienta torció sus hermosas facciones, y cuando su mano rozó el centro de sus piernas, si hubiera estado de pie, se habría desplomado en el suelo. Sus dedos provocaron su carne húmeda, y ella luchó por no gritar y llamar la atención sobre ellos.

—Te gusta eso, mi pequeña belleza virtuosa.

—Sí, me gusta mucho. —No debería admitir tales cosas ante él. El pícaro solo usaría ese conocimiento para su ventaja, y sin embargo, tampoco podía mentir. Disfrutaba de lo que él le hacía, de cómo la hacía sentir. El placer que la había sacudido antes estaba al alcance de nuevo, y no podía negarse a sí misma.

—Pídeme que te toque. Que te acaricie hasta que llegues —ordenó él, con voz entrecortada antes de volver a tomar sus labios y robarle todo pensamiento de su conciencia.

—Quiero que me toques. Hazme sentir maravillosa —hizo una pausa—. Por favor, Corey —dijo, usando su nombre de pila como él quería.

Algo destelló en sus ojos, dejándola cautelosa antes de que la besara duramente de nuevo. Sus dedos trabajaron en ella, se hundieron en ella, acariciaron y provocaron su dolorido sexo. Era demasiado, y sin embargo, algo le decía a Daphne que tampoco era ni de lejos suficiente.

Quería mucho más de él, cosas que él no le daría.

CAPÍTULO
NUEVE

COREY ESTABA JUGANDO CON FUEGO. En cualquier momento, un invitado deambulando por los pasillos podría entrar y sorprenderlos haciendo cosas inefables, y su propuesta de amante se convertiría en esposa.

Pero no podía detenerse. No podía evitar tocarla, besar sus dulces labios, escuchar sus suspiros entrecortados cuando acariciaba su húmeda intimidad.

Era como un elixir adictivo del que no podía deshacerse. Desde el momento en que se conocieron, ella lo había hechizado de alguna manera. Sabía que era inocente y que no debería estar haciendo lo que hacía, pero ella no lo detenía. Ni una sola vez lo había apartado, ni le había dicho que no.

Si acaso, ella quería que la tocara. ¿Podría convertirla en su amante? ¿Podría persuadirla? No estaba seguro de lograrlo, pero lo intentaría con todas sus fuerzas.

La mano de ella revoloteó por su pecho, acariciando tentativamente su estómago, explorando su cuerpo antes de que su agarre descendiera más, y todo pensamiento sensato se desvaneció.

Sus dedos se deslizaron sobre su miembro, acariciándolo a través de sus calzones de seda hasta la rodilla, y él gimió.

—Tócame, sí —suplicó, besándola con fuerza, empujando su miembro contra su voluntariosa mano.

Ella se volvió audaz, aferrándolo, acariciándolo, y la habitación dio vueltas. Había soñado con que ella hiciera lo que ahora estaba haciendo. Quería más. La quería en su cama. La quería como su amante.

—Te instalaré en la casa de ciudad más espectacular que Mayfair haya visto si tan solo aceptas ser mi amante. Sé fiel a mí —le suplicó, gimiendo cuando ella exploró sus testículos y lo acarició de nuevo.

Ella lo miró a los ojos, los suyos cargados de deseo.

—No puedo hacer eso, Corey. No me lo pidas de nuevo, por favor —le rogó.

La decepción lo invadió y se apartó de ella, dejándolos a ambos insatisfechos. Estaba siendo cruel. Lo sabía, pero tal vez si ella comprendía que el placer solo venía con un acuerdo, pensaría más en su oferta.

Ella se acomodó el vestido alrededor de los tobillos y se puso de pie, recuperando la compostura antes de pasar junto a él y caminar hacia la puerta.

—No sé cuál es vuestro juego, Excelencia. Pero no aprecio ser parte de él. Conocéis mi decisión, y aunque estoy dispuesta a participar en algunos besos robados, no os entregaré mi virtud. No sin una propuesta de matrimonio.

—Y eso no puedo dártelo —dijo él, odiando que fuera cierto, pero no era seguro para ella ni siquiera para una amante pasar una noche en su cama. Fornicar era una cosa. Permanecer toda la noche en los brazos de alguien era otra completamente distinta.

Era demasiado peligroso, y no arriesgaría la vida de nadie.

—Una lástima —le lanzó ella por encima del hombro antes de abrir la puerta de golpe. Él extendió la mano para detenerla, pero era demasiado tarde.

La duquesa de Blackhaven y Lady Maddigan estaban en el pasillo conversando, con los ojos abiertos de sorpresa.

—Oh, Daphne, ahí estás. Te estaba buscando... —las palabras de la duquesa se apagaron cuando su atención se dirigió más allá de Daphne hacia él, que estaba de pie en las sombras.

Maldición...

Esto no podía estar pasando. Su peor pesadilla no podía estar haciéndose realidad.

—¿Excelencia, es usted? —preguntó Lady Maddigan, entrecerrando los ojos como si quisiera verlo mejor.

Él se encogió mentalmente y se preguntó si, en caso de huir, podrían realmente probar que estuvo allí, especialmente si Daphne negaba todas las acusaciones.

Pero no podía hacer eso. Por mucho que aborreciera y temiera más que nada el estado matrimonial, no podía hacerle eso a la señorita Raven.

—Así es, Lady Maddigan —dijo, saliendo al pasillo y rodeando la cintura de la señorita Raven con su brazo. Ella aún no había respondido al hecho de que los hubieran pillado a solas en una habitación oscura. De hecho, parecía haber perdido por completo la voz.

—Daph, ¿qué está pasando? —preguntó la duquesa a su amiga. Su atención volvió a centrarse en él una vez más y la vergüenza lo invadió. Debería haber dejado a la muchacha en paz. Si tan solo hubiera encontrado una ramera para acostarse, nada de esto estaría ocurriendo ahora.

—Todo está bien, Excelencia. Simplemente quería hablar a solas con la señorita Raven para pedirle que fuera mi esposa, y ella ha aceptado —declaró, con las palabras como serrín en la boca.

Se contuvo de suspirar y esbozó una sonrisa en sus labios, pero no la sentía en absoluto. No quería casarse. No es que el matrimonio con la señorita Raven fuera a ser tan terrible. Pero la institución en sí no era algo con lo que estuviera de acuerdo, ni le convenía. Al menos no después de la guerra.

Tampoco le convenía mucho en las noches cuando dormía con sus recuerdos, a decir verdad.

DAPHNE ESCUCHÓ la palabra matrimonio de la boca del duque, y aun así no pudo formular una respuesta. ¿Los habían pillado? ¿Por qué no había hecho que el duque revisara el pasillo antes de salir corriendo de la habitación?

Porque es un canalla y estabas enfadada, por eso.

Podría gritar por la injusticia de todo. No podía casarse con él. Él quería una amante, no una esposa, y sin duda seguiría buscando una después de sus votos. Su vida con él no estaría en Grafton. Él mismo había dicho que su finca estaba en Kent.

¿Cuántas millas la separarían de su hogar? Demasiadas para contarlas. No, se rebeló interiormente. No podía hacerlo.

La mano de él se apretó en su cintura, y ella se encontró con los rostros brillantes y felices de Ashley y Lady Maddigan, y supo que no podía negarse, por mucho que lo deseara. Si lo hacía, incluso su sueño de casarse con el vicario se desvanecería. Quedaría arruinada, y cualquier posibilidad de tener hijos le sería arrebatada.

—Felicitadnos —dijo, esbozando la sonrisa más grande que pudo fingir—. Su Gracia ha pedido mi mano y he aceptado. Sé que todo es muy repentino, incluso yo apenas puedo creerlo. —Le lanzó una mirada fulminante rápidamente—. Pero es cierto y maravilloso, ¿no es así?

—Oh, querida, estoy tan feliz por ti —Ashley prácticamente chilló, sacándola del abrazo de Renford y estrechándola entre sus brazos. Las felicitaciones de Lady Maddigan siguieron, y con muy poco alboroto o más comentarios sobre que estuvieran a solas, ambas damas parecían complacidas con el resultado.

Si Ashley se sentiría igual cuando se enterara de la verdadera razón por la que Renford la había apartado en la habitación era otro asunto completamente distinto. Pero ahora estaban comprometidos, y nada podía cambiar ese hecho a menos que ella rompiera el compromiso, lo cual nunca haría. No se arruinaría a sí misma, ni siquiera para complacer a Renford, lo cual sin duda lo haría.

—¿Será un compromiso largo? —preguntó Lady Maddigan—. ¿O deleitarán a los de Londres esta temporada con una boda en la ciudad? Oh, qué maravilloso será tener una boda tan pronto en la temporada —dijo, juntando las manos con deleite.

Renford se aclaró la garganta, pero Daphne pudo ver por la tensión alrededor de su boca que parecía menos que complacido con esa sugerencia. —Por supuesto. Nos casaremos tan pronto como se pueda organizar. Un mes es suficiente, estoy seguro —dijo.

—Más que tiempo suficiente —concordó Ashley—. Y tendréis vuestro desayuno de bodas en nuestra casa. Insisto, ya que Daphne está bajo mi tutela esta temporada y es mi amiga más cercana.

Daphne extendió la mano y apretó la de Ashley, feliz de que su amiga estuviera tan encantada. Pero, ¿qué significaba el matrimonio para Renford? Estaba tan opuesto a la idea.

¿Significaba eso que estaría ausente más que nada? ¿Pasaría sus días en el club y en brazos de otras mujeres? ¿Le daría hijos? ¿Tendrían siquiera un matrimonio real? ¿O era esto solo algo que haría y la dejaría a su suerte? La idea dejó un sentimiento hueco en su estómago.

—Hay mucho que discutir, pero deberíamos volver al baile. —Daphne se volvió hacia Lady Maddigan, cuya sonrisa era más amplia de lo que Daphne había visto jamás—. ¿Podríamos por favor no anunciar la noticia esta noche? Me gustaría un día o dos para procesar esta maravillosa noticia, y el duque y yo tenemos mucho que discutir.

—Por supuesto, señorita Raven. No diré ni una palabra —dijo su señoría, sellando sus labios.

—La visitaré mañana, señorita Raven, Su Gracia, y repasaremos los contratos y los detalles de la boda si están de acuerdo —preguntó.

—Por supuesto, eso será perfectamente adecuado —respondió Ashley.

Daphne se sobresaltó cuando él tomó su mano y besó su guante de seda. —Me despido, pero hasta mañana, señorita Raven —dijo antes de alejarse por el pasillo oscuro y perderse de vista.

Ashley se acercó y tomó su mano, envolviéndola alrededor de su brazo. —Ven, vamos a contárselo a Blackhaven si no a nadie más.

Todos regresaron al baile, Lady Maddigan se alejó pavoneándose en busca de sus amigas, y algo en el brillo de los ojos de la mujer le dijo que todo Londres conocería su noticia antes de que se entregaran los periódicos de la mañana.

Se unieron a Blackhaven, quien estaba de pie observando a los bailarines, aparentemente perdido en sus pensamientos hasta que vio a su esposa.

—Grady, las mejores noticias —declaró Ashley, prácticamente saltando a su lado.

—¿Qué noticias son esas? —preguntó, curioso.

—Daphne está comprometida con el Duque de Renford. Él se lo pidió hace unos minutos y ella aceptó. ¿No son estas las mejores noticias?

Blackhaven miró a Daphne a los ojos. —¿Es esto cierto? —le preguntó.

Daphne asintió, pero podía ver que Blackhaven no estaba tan complacido como su esposa, y ella sabía la razón. La misma razón por la que ella no estaba entusiasmada. Casarse con Renford significaría que no habría un felices para siempre. Si acaso, sería ordinario para él, miserable para ella.

CAPÍTULO
DIEZ

COREY DESPERTÓ sobresaltado y se incorporó. Tomó una profunda bocanada de aire, sus pulmones dolieron con la acción, y se llevó la mano al pecho, luchando por no entrar en pánico. Se pasó una mano por la boca, su camisa se le pegaba al cuerpo una vez más por el sudor.

Tras su espontánea propuesta de matrimonio a la señorita Raven hacía apenas una semana, las pesadillas habían aumentado y se habían vuelto más vívidas y oscuras. El peligro parecía acechar en cada rincón de su mente, burlándose de él, atormentándolo con que la guerra no había terminado.

No para él, en cualquier caso.

Apartó las sábanas de un tirón y se quedó mirando la pared frente a él. Hoy iba a casarse. Después de hablar con Blackhaven y admitir que casi había arruinado a Daphne, el duque había sugerido, y Renford había aceptado, casarse antes de lo planeado.

La idea lo dejaba frío, y se estremeció. Tener una esposa viviendo aquí no era algo que hubiera deseado soportar jamás. No tanto por él, sino por ella.

El matrimonio con él no sería vida en absoluto. Si acaso, Daphne pronto llegaría a odiarlo por lo que le había impuesto.

Corey llamó a su ayuda de cámara y pidió un baño. Siguió los movimientos de prepararse para el día. Uno que, si hubiera deseado una esposa, debería ser de alegría y expectación.

No lo era. No podía despertar ni un ápice de emoción.

Su ayuda de cámara entró, y pronto estuvo en la bañera, el agua cálida y fragante logró calmar un poco sus nervios. Sacudió la cabeza, recostándose contra la tina. Habría que establecer reglas y limitaciones para Daphne, ya que pasaría su primera noche aquí.

La más importante y una que nunca podría romperse era que no podía pasar una noche en su cama. Sus arreglos para dormir debían permanecer separados y definidos. Aunque solo fuera para mantenerla a salvo.

El reloj marcaba las horas que le quedaban como soltero, y demasiado pronto un lacayo le notificó que el carruaje lo esperaba fuera de la casa.

—¿Necesitará algo más, Su Gracia? —preguntó Thomas, abriendo la puerta de su dormitorio.

—Por favor, asegúrate de que la habitación de la duquesa esté preparada y verifica que la cerradura funcione correctamente. No quiero ningún problema, Thomas —dijo, clavando en su ayuda de cámara una mirada dura. Una que su sirviente sabía que no debía desobedecer, especialmente porque conocía lo que ocurría cuando dormía.

—Por supuesto, Su Gracia. Todo estará como usted lo solicitó a su regreso. —Hizo una pausa—. De mi parte y de su personal, permítanos desearle mucha felicidad, Su Gracia.

Corey asintió, aceptando las felicitaciones con gracia. No era culpa de su sirviente que llevara una herida de guerra que no se disipaba. No importaba cuánto intentara olvidar, por la noche, cuando dormía, sus recuerdos siempre estaban allí para recordárselo.

El viaje en carruaje a la iglesia tomó muy poco tiempo. Como había acordado con Daphne, la boda era solo para amigos cercanos y sin familia, ya que ni él ni Daphne tenían a nadie que pudiera asistir a sus bodas. Un selecto grupo, y como él tenía muy pocos amigos, se sorprendió al ver a varias familias influyentes y acaudaladas del lado de Daphne en la nave. Billington estaba, por supuesto, en el suyo, pero por lo demás, todos los que eran alguien en la alta sociedad estaban en el otro lado.

Se acercó al vicario y lo saludó, preparándose para terminar con esta ceremonia para que el día pudiera acabar y pudiera estar solo.

Esto no era lo que él quería, y no podía fingir lo contrario.

Daphne dejó que Ashley la arreglara en las puertas de la iglesia antes de que Blackhaven le ofreciera su brazo para que lo tomara.

—¿Estás lista, Daph? —le preguntó, con una cálida sonrisa.

—Tan lista como espero estar —dijo, besando a Ashley antes de que su amiga desapareciera dentro de la iglesia para buscar su asiento.

Un pianista comenzó a tocar, y Blackhaven la escoltó dentro de la iglesia y por el largo pasillo. Daphne no podía contener su sonrisa, por mucho que intentara mantener la compostura. Todas sus amigas de la infancia, los Woodvilles, los Yorks, y ahora sus maridos, estaban sentados esperándola, apoyándola en uno de los días más importantes de su vida.

Miró hacia adelante, y los nervios que la habían atormentado durante la última semana regresaron con el doble de fuerza. El Duque de Renford la observaba, pero podía ver que no la estaba mirando realmente. Si acaso, parecía estar mirando más allá de ella, tratando de ignorar que su futura novia se acercaba hacia él.

Había esperado que verla en su vestido de seda azul con un bonito corpiño de encaje despertara algún interés en él, pero desde el momento en que los habían descubierto en el baile de los Maddigan, él había estado distante. A veces incluso se había preguntado si le agradaba en absoluto.

Pero los habían descubierto, y había poco que cualquiera de los dos pudiera hacer excepto sacar lo mejor de una mala situación.

La idea de convertirse en su esposa, en duquesa, y todo lo que eso conllevaría no era una

posición menor. Esperaba hacerlo sentir orgulloso, y tal vez con el tiempo él no estaría tan distante.

Llegaron al final del pasillo, y Blackhaven le besó las mejillas antes de entregar su mano a Renford.

Daphne intentó encontrar su mirada, pero él no la miraba. El vicario parecía ser más interesante, aparentemente, que mirar a su futura esposa. Luchó por no protestar, por no gritarle por ser tan frío. Esto no era más culpa suya que de él. Él la había seguido a ese pasadizo en primer lugar. Ella no se lo había pedido. Y en cuanto a ese asunto, ciertamente no le había pedido que la empujara a una habitación vacía y le hiciera cosas tan perversas que otros pudieran observar.

Durante toda la ceremonia, Renford se negó obstinadamente a mirarla, incluso cuando le colocó en el dedo uno de los anillos de diamantes y zafiros más hermosos que jamás había visto.

Sintió que se le abría la boca y la cerró de golpe antes de que alguien lo notara. Nunca había poseído algo tan hermoso, que fuera suyo desde ese día en adelante. La idea de ser duquesa era tan extraña que bien podría pretender hablar español.

—Los declaro marido y mujer —dijo el vicario, sonriéndoles a ambos.

Daphne forzó una sonrisa en su rostro mientras se giraban hacia sus invitados. Renford, afortunadamente, mantuvo su mano mientras la guiaba por el pasillo, Ashley y varias de sus amigas besando su mejilla al pasar.

El desayuno de bodas tendría lugar en la residencia londinense del Duque y la Duquesa de Blackhaven, y pronto estuvieron en el carruaje de Renford dirigiéndose de vuelta a Mayfair.

—¿Vas a hablarme en algún momento hoy, Renford? —exigió una vez que estuvieron a salvo de cualquiera de sus amigos que no necesitaban oírlos discutir apenas minutos después de haber dicho sus votos.

—¿Qué hay que decir? Estamos casados, tú eres duquesa y yo sigo siendo duque. Hay poco más que discutir —dijo él, con voz inexpresiva y aburrida.

Ella le lanzó una mirada fulminante, sin entender cómo todo este predicamento se había convertido en su culpa.

—No puedes estar enfadado conmigo por lo que pasó hoy. Tú me seguiste al pasadizo. Yo no te lo pedí.

—Tampoco te pedí que salieras furiosa de esa habitación directamente al paso de Lady Maddigan y tu amiga. ¿En qué estabas pensando? A menos que ese fuera tu plan desde el principio para asegurarte de obtener una corona de duquesa.

Daphne respiró hondo, tratando de calmar su temperamento, pero fue inútil. No se dejaría culpar, no más que él, ni sería calificada de intrigante.

—Estás molesto porque no quise ser tu amante, por muy deliciosamente pecaminoso que fuera nuestro tiempo cuando estuvimos encerrados a solas. Yo también tenía planes, Renford. Planes que no te incluían a ti, ni a Londres, ni a Kent, ni a donde sea que tengas tu finca de

campo. Si alguien tiene motivos para estar enfadada, soy yo, no tú. Sin duda seguirás viviendo tu vida como siempre lo has hecho. Con el tiempo, posiblemente en cuestión de semanas a partir de hoy, escucharé algún chisme sobre ti y tu nueva amante, justo como querías. Así que, por favor, no te hagas la víctima conmigo. Yo he perdido más hoy que nadie. Tú, como hombre, vivirás como te plazca. Yo tendré que fingir ser una duquesa.

—Oh, sí, por supuesto, porque ese es un título tan desagradable y ofensivo de llevar. Dime otra vez, ¿qué era lo que querías hacer en su lugar?

Su pregunta encendió un fuego en ella que no se apagaría.

—Tenía la intención de casarme con el vicario en Grafton, como bien sabes, y seguir enseñando a los niños del pueblo a leer y contar.

Él la miró fijamente durante varios segundos antes de estallar en carcajadas. Daphne apretó el puño, deseando golpearlo directamente en la nariz.

—Tú, casarte con un vicario rancio y virgen y ser institutriz de niños de pueblo. Sé seria, Daphne. No puedes pensar que alguna vez creí que querías eso en lugar de ser duquesa.

Su sarcasmo contra los niños inocentes le provocó un dolor agudo en el pecho, y fulminó con la mirada al engreído.

—Bastardo —gritó, perdiendo algo de su decoro—. ¿Cómo te atreves a burlarte de lo que hice por esos niños inocentes, muchos de los cuales, sin mi enseñanza, no podrían mejorar sus vidas? Crear un futuro más brillante que el que vivieron sus padres. ¿No tienes empatía en absoluto? Eres un duque. Tienes arrendatarios y sirvientes, todos los cuales sin duda tienen hijos. ¿Eres tan esnob que no puedes ver más allá de tu propia grandeza? —preguntó, incapaz de pensar de otra manera.

—No puedes decirme que el matrimonio conmigo no se te pasó por la cabeza en el momento en que mostré interés.

Ella se burló, segura de que no había sido así. ¿O sí?

—Tienes una opinión demasiado elevada de ti mismo.

—Déjame ser claro, señorita Raven —dijo, usando su antiguo nombre—. Esta noche, después de que regresemos a casa, discutiremos cómo funcionará nuestro matrimonio, y me obedecerás, o habrá consecuencias.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho, dudando mucho de eso. No obedecería ni a él ni a nadie. A los veintinueve años, era demasiado mayor para empezar a recibir órdenes ahora.

—¿Obedecerte, Excelencia?

—Según nuestros votos —le recordó.

Ella hizo una mueca de desprecio y se volvió para mirar por la ventana. No podía estudiar su rostro irritante ni un momento más.

—Esos votos están anticuados, al igual que tus declaraciones sobre nuestro matrimonio. No estés tan seguro de que haré nada de lo que digas.

CAPÍTULO
ONCE

COREY SONREÍA, reía y se mostraba feliz durante el desayuno de bodas, pero no podía olvidar la discusión que había tenido con Daphne momentos después de sus nupcias.

La observaba a través de los jardines de la residencia londinense del Duque y la Duquesa de Blackhaven y podía ver que ella también estaba jugando al juego de fingir un felices para siempre, y todas las personas que deambulaban a su alrededor parecían creerlo.

Se le hizo un nudo en el estómago. Cada vez que ella pensaba que nadie la estaba mirando, la máscara de novia dichosa se desvanecía y la desesperación llenaba sus hermosos ojos verdes. La constatación de que tal vez había cometido un error al casarse con él.

Bueno, ambos habían cometido uno de esos errores, y poco podían hacer al respecto. Pero él podía mantenerla a salvo. No se le permitiría entrar en su habitación, ciertamente no cuando él estuviera dormido. No podía confiar en sí mismo. Demasiadas veces se había despertado en lugares extraños de su habitación, sosteniendo diferentes objetos como si se estuviera defendiendo en sus sueños y recreándolos cuando no estaba despierto.

Una situación peligrosa, incluso para su personal. Pero añadir una esposa a su problemática situación de vida no era lo ideal. No quería hacerle daño. Le agradaba mucho Daphne, y ciertamente la deseaba. Ella despertaba en él una necesidad que nadie más había provocado. Cerró los ojos, deseando haber tomado una decisión diferente en el baile de los Maddigan.

¡Si tan solo no la hubiera seguido! ¡Si tan solo la hubiera retenido antes de dejarla salir de esa habitación!

—Tu fachada de fingimiento se está desmoronando, Renford. Será mejor que la corrijas antes de que alguien más que yo lo note —dijo Billington, entregándole un whisky.

Renford lo bebió de un trago, necesitándolo más de lo que imaginaba. —¿Estoy siendo muy obvio? Debería cuidarme más. No quiero hacer este día peor para mi novia de lo que ya lo he hecho.

—¿Y lo has hecho? —preguntó Billington, observándolo atentamente.

Renford se pasó una mano por el pelo, con la culpa revolviendo sus entrañas. —Sí, ya he arruinado sus primeros momentos conmigo. Pero ella sabía que yo no quería el matrimonio, por varias razones que no estoy dispuesto a discutir, pero eso no cambia el hecho de que...

—¿Os pillaron a solas? —terminó Billington—. Blackhaven me lo contó, en confianza, por supuesto. No diré una palabra a nadie. La duquesa se lo dijo, pero creo que él ya lo había adivinado cuando la señorita Raven y la duquesa volvieron al salón de baile, que algo había ocurrido para provocar una propuesta tan repentina.

—No quería casarme con ella ni con nadie. Pero no puedo cambiar nuestras vidas ahora. Simplemente debo sacar el mejor partido de lo que tenemos.

—La señorita Raven es una mujer hermosa. Seguramente el matrimonio con ella no será tan difícil. Sin mencionar que creció con las chicas Woodville, todas las cuales se han casado con hombres con título, incluido yo mismo. A menudo estará fuera socializando, yendo a bailes y fiestas. Solo cuando viajéis a Kent estaréis verdaderamente solos.

El pensamiento le hizo estremecerse. No podía estar a solas con nadie después de lo ocurrido en Francia. No, era demasiado peligroso.

Tal vez sería mejor si ella se quedara en la ciudad indefinidamente y él solo viajara de regreso durante la temporada...

—Hay mucho que pensar, pero estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo mutuamente aceptable —dijo—. Ayer recibí una invitación a un baile de un tal Monsieur Caddel. ¿Has oído hablar de él? ¿Es nuevo en la ciudad? —preguntó Renford, queriendo cambiar de tema.

—No lo conozco bien, pero Lord Davies lo ha traído varias veces a White's. He hablado con él allí, y parece bastante amable, pero francés, por supuesto, lo cual es un desafío tan pronto después de la guerra. Su familia pertenece a la antigua aristocracia, y de alguna manera conservaron lo que tenían en Francia durante la revolución y no han sufrido por esa lucha.

—Hmm —murmuró Renford, sin estar seguro él mismo de por qué el francés estaba en Londres. ¿No era extraño que estuviera aquí? ¿Un hombre cuyo país, apenas el año pasado, estaba en guerra con ellos?

—Te quedaste en Grand Oaks los últimos años. ¿Qué te mantuvo alejado de la ciudad? A menudo nos lo preguntábamos —dijo Billington en tono burlón.

—Mi padre no dejó la finca en el mejor estado —mintió—. Tomó algo de tiempo hacerla rentable de nuevo y reparar la finca y las casas de los arrendatarios. Sin mencionar la iglesia y los terrenos de la propiedad. Había mucho que hacer —inventó, todavía incapaz de comprender con qué facilidad podía soltar algo tan falso, y a un amigo. Sus años como espía en Francia, principalmente debido a las conexiones de su padre con el Duque de York, eran convenientes, por supuesto, pero aun así, no le gustaba mentir a uno de sus amigos más cercanos. Si Billington alguna vez descubriera quién era y dónde había estado los últimos años, se sorprendería, posiblemente se sentiría herido de que no se lo hubiera dicho. Pero entonces, Renford estaba seguro de que también lo entendería. La seguridad de Inglaterra y su gente a menudo dependía de su capacidad para mentir, para fundirse entre la multitud, para convertirse en alguien que no era. Cualquier inglés con una pizca de lealtad a su país entendería sus razones.

—Bueno, es bueno tenerte de vuelta, y estoy seguro de que el difunto duque estaría muy

orgulloso de ti por todo el trabajo que has puesto en tu derecho de nacimiento —dijo Billington.

—Gracias —respondió Renford, volviendo a mirar a su esposa y sabiendo que ese problema en particular sería menos fácil de afrontar y vivir con él el resto de su vida.



DAPHNE IGNORABA a su nuevo marido tanto como podía. Exteriormente era toda sonrisas y risas ante sus amigos. Hablando de noches de bodas y los días venideros como la nueva Duquesa de Renford. Pero por dentro, hervía de fastidio. La sangre en sus venas aún burbujeaba después de su discusión en el carruaje.

Cómo se atrevía a convertir su día, su día de boda, que probablemente no volvería a repetir, en una pelea a gritos a través de los asientos del carruaje.

¿Acaso el hombre no tenía valores en absoluto? ¿Estaba tan decepcionado con su unión que le diría que habría reglas que ella tendría que seguir para que su matrimonio funcionara?

¿Qué clase de hombre le decía tal cosa a una mujer el día de su boda?

Bebió su champán, posiblemente más rápido de lo que debería, pues los opulentos jardines nadaron un poco en su visión, pero era más allá de lo reprensible.

Que se atreviera a culparla por todas las dificultades en las que ahora se encontraban no era algo que ella fuera a digerir. Si acaso, él y sus artimañas de libertino eran la razón por la que se habían casado, y cuando declarara sus reglas más tarde esta noche, ella le haría saber qué podía hacer con ellas.

Una mano de apoyo se levantó por detrás, y ella se sobresaltó al sentir a su marido.

—¿Estás un poco achispada, duquesa? —preguntó él, mirándola a los ojos.

La risa que notó en su tono hizo que un poco de su molestia se disipara, pero no dejaría que la distrajera con su atractivo o falsa preocupación. Mariposas en el estómago o no, estaba enfadada con él, y no dejaría que lo olvidara.

—Bueno, si lo estoy —susurró, sin querer que nadie supiera que habían discutido apenas unas horas antes—. Es tu culpa. Si una no puede disfrutar los minutos después de su boda, al menos debería disfrutar del desayuno de bodas.

Él levantó su copa de whisky y la chocó contra la de ella. —Muy bien, brindemos por eso —dijo, bebiendo su trago de un golpe.

Ella observó cómo su lengua recorría su labio inferior, y pensamientos de su boca sobre la suya bombardearon su mente. Frunció el ceño y miró hacia el césped, necesitando ordenar sus ideas. Estaba enfadada con él. Por los cielos, no podía desearlo al mismo tiempo.

¿O sí podía?

Tal vez beber tantas copas de champán no había sido una buena idea después de todo.

—Te ves un poco sonrojada bajo el sol de la mañana. ¿Quizás demasiada celebración? —dijo él con una mirada significativa a su copa.

El hombre era tan exasperante como seductor. Aun así, su burla era mucho preferible a que discutieran como dos viejas pescaderas.

—No lo suficiente, diría yo —respondió ella—. Y de todos modos, ahora soy una vieja mujer casada. Puedo hacer lo que me plazca.

—Dentro de lo razonable —replicó él.

Ella lo miró, necesitando una explicación más detallada de su declaración. —¿Qué quieres decir con eso? ¿Te importaría elaborar?

Él se encogió de hombros, sonriendo y asintiendo en señal de bienvenida a un invitado que les deseaba lo mejor. —Mientras estemos en casa, nuestro matrimonio puede que no sea la norma, pero quizás lo sea. Quién sabe con los matrimonios de sociedad, pero cuando estemos en público como ahora, aparentaremos un frente unido. Nadie necesita saber cómo fue que se produjo nuestra boda. Eso es asunto nuestro y de nadie más. Al interpretar los papeles devotos de marido y mujer, permitiremos que nuestros hijos sean vistos como mejores partidos. Nadie quiere casarse con una familia donde el duque y la duquesa están en guerra.

—¿Así que vamos a tener hijos? —La emoción recorrió su sangre ante la mención de tener hijos. No había sido un tema tratado en la semana anterior a su boda. De hecho, apenas había visto a Renford en los días previos a hoy. Él había mantenido las distancias y solo la había visitado una vez, aparte de las ocasiones en que interpretó el papel de prometido devoto en bailes y fiestas.

—Pensé que querrías tener hijos. ¿No es lo que quieren todas las mujeres? —afirmó él, como si fuera un hecho.

Ella se encogió de hombros, segura de que algunas mujeres preferirían no tenerlos, como era su derecho, pero ella sí quería hijos. Desesperadamente, y cuanto antes, mejor. —Aunque no puedo responder por otras de mi sexo, sí, deseo tener hijos. Tengo veintinueve años.

Él se atragantó con su whisky y la miró a los ojos, los suyos llorosos. —¿Tienes veintinueve años? —soltó.

Ella miró alrededor, esperando que nadie hubiera oído su exclamación. —Sí, ¿hay algún problema con mi edad? —preguntó, mirándolo fijamente y desafiándolo a decir que lo había.

Afortunadamente para su propia preservación, no lo hizo.

CAPÍTULO
DOCE

COREY SE ACLARÓ LA GARGANTA. El whisky, que había pasado por el orificio equivocado, le hizo lagrimear los ojos y le quemó la garganta. No pretendía reaccionar de esa manera ante la edad de Daphne, pero ella no aparentaba veintinueve años. Por supuesto, sabía que era mayor que la mayoría de las debutantes. Simplemente no sabía que lo era por diez años.

—No quise ofenderte. De hecho, me alegra que estés más cerca de mi edad. Eres más formidable como mujer, lo cual pude vislumbrar la primera vez que nos conocimos.

Ella alzó una ceja, y dudaba que alguna vez hubiera visto a una mujer menos complacida en su vida. —¿Y qué quieres decir con eso? —prácticamente escupió.

—Solo eso —dijo él, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Cuando empezaste a disfrutar, olvidaste todas las reglas y la etiqueta apropiada que nos han inculcado desde el nacimiento y simplemente permitiste que el sentimiento y el disfrute tomaran precedencia. En otras palabras —dijo, inclinándose cerca, tan cerca que podía oler el aroma a jazmín—, cobraste vida, Daphne.

La vio tragar y luchar por permanecer indiferente ante su cercanía. Estar tan cerca de ella de nuevo trajo todos los recuerdos de aquella noche.

Deseaba a su esposa. Había querido a Daphne en su cama durante algún tiempo, y ahora no había impedimento para no acostarse con ella.

Podrían disfrutarse mutuamente bastante, siempre y cuando ella obedeciera sus reglas y permaneciera encerrada y segura en su habitación. A salvo de las pesadillas y acciones cuestionables que él realizaba en la oscuridad de la noche.

—Y supongo que eres un granuja tan grande que me vas a decir que eres el único hombre en Inglaterra que puede darme vida. Ya que hasta que nos conocimos, debo haber estado muerta o, al menos, aburrida.

Él sonrió, incapaz de negar que disfrutaba de su rápido ingenio. Ella era todo fuego y azufre, su nueva esposa. —Tal vez podríamos escabullirnos adentro por un momento de paz y ver si lo que digo es cierto. Probar esa teoría de que puedo hacerte cobrar vida en mis brazos.

Sus labios se fruncieron, y él pudo ver que estaba pensando en sus palabras. Durante varios minutos, ella estudió a los invitados y no habló antes de asentir. —Muy bien, Su Gracia.

Necesito un poco de respiro adentro. ¿Me escoltaría, por favor? —le preguntó, colocando su mano en su brazo.

Él cubrió su mano con la suya y los dirigió hacia la terraza. —Tienes una habitación en la casa, ¿te importaría mostrarme dónde está? —preguntó.

Un tono rosado besó sus mejillas, pero asintió. La casa era grande, casi del mismo tamaño que la suya, y tenía una distribución similar. Daphne lo guió a través del salón de baile, hacia el vestíbulo y subió la escalera principal, pasando junto a varios lacayos y criadas en el camino.

Giró a la derecha en el primer piso y abrió una puerta a mitad del pasillo. —Esta es mi habitación —dijo—. Bueno, era mi habitación. Mis baúles fueron bajados más temprano hoy, y solo quedan algunas cosas aquí para el desayuno de bodas.

Corey entró en el espacio y miró alrededor. Los muebles eran de alta calidad y la ropa de cama lujosa, como esperaba de una propiedad ducal.

Se volvió y enfrentó a su esposa, tirando de su corbatín para aflojarlo. —Cierra y echa el cerrojo, Daphne —le ordenó.

Contuvo una sonrisa al ver que a ella no le gustaba recibir órdenes, pero después de una breve pausa, hizo lo que le dijo, el chasquido del cerrojo resonando en la habitación como una promesa de lo que estaba por venir.

Nada los detenía ahora de disfrutarse mutuamente. La había querido en su cama desde el momento en que la vio por primera vez, y ahora tendría la oportunidad.

Se quitó bruscamente el abrigo y el chaleco, dejándolos sobre una silla cercana antes de quitarse la camisa por encima de la cabeza.

Ella permanecía de pie junto a la puerta, con el labio inferior atrapado entre los dientes, mirándolo, sus ojos abiertos de asombro. Supuso que probablemente no había visto a un hombre desnudo antes.

Sin pensarlo más, se quitó los zapatos de una patada y se arrancó los pantalones también, arrojándolos a un lado. La visión de ella observándolo, fascinada por su desnudez, hizo que su miembro se endureciera, y envolvió su mano alrededor de su pene engrosado y se acarició. Quería que ella lo viera, que observara y aprendiera lo que le gustaba.

—Aún estás vestida —murmuró, imaginando su boca abierta y deliciosa alrededor de su miembro, chupándolo, llevándolo al clímax en su garganta—. No hace falta que te desnudes. Puedo follarte perfectamente con ese vestido.

Sin decir otra palabra, se acercó a ella, la tomó en sus brazos y la llevó hacia la cama. Ella dejó escapar un pequeño chillido de sorpresa antes de dejarle hacer lo que quería. Deseando que ella lo sintiera, cada parte de él, la deslizó por su frente, dejando que su miembro presionara contra su cuerpo.

Ella se mordió el labio, con el color alto en sus mejillas. Nunca había parecido tan hermosa.

Corey se movió en la cama, acostándose de espaldas, observándola. —Sube, Daphne. Ven y disfruta del paseo.

Cuando ella no se movió, él la alcanzó. Ella gateó sobre él, sentándose en su regazo. Él la ayudó a acomodar su vestido y le permitió acostumbrarse a su miembro, que presionaba contra su sexo.

—¿Qué debo hacer ahora? —preguntó ella, sus manos presionando tentativamente contra su pecho. Él tragó saliva, luchando por el control. No quería asustar a su nueva novia del dormitorio, pero tampoco quería esperar. Su cuerpo anhelaba la liberación, y quería reclamarla, hacerla suya y de nadie más.

—Levántate, y me guiaré dentro de ti —dijo.

Ella asintió e hizo lo que le ordenó, pero en el momento en que presionó su miembro contra su centro, se congeló.

—No sé si puedo hacer esto. Tengo miedo de que duela, Corey —dijo.

El uso de su nombre de pila deshizo al libertino que rugía dentro de él, y los volteó sobre la cama, acomodándose entre sus piernas. —Lo haremos despacio, Daph. No te preocupes.

Él deslizó la mano entre ambos, acariciándola, estimulando su sexo hasta que ella estuvo húmeda y ondulando contra su mano. Era tan receptiva, tan dispuesta y ansiosa.

Sus testículos se tensaron, y supo que era el momento.

—Voy a hacerte el amor ahora —dijo, sin saber de dónde venía este intento de ser dócil con su nueva esposa. Aun así, no se detendría, no quería que ella sufriera en su primera vez, aunque sería incómodo, pero ciertamente quería hacerlo de nuevo y no deseaba asustarla.

—Sentirás una sensación de plenitud y extrañeza, pero espero no lastimarte —explicó.

Ella asintió, mordiéndose el labio, y él inclinó la cabeza y la besó, haciendo todo lo posible por calmar sus nervios.

Daphne se perdió en el beso con Renford. Su boca la trabajaba con movimientos lentos y profundos que la calentaban en los lugares más deliciosos.

No era tan ingenua como para no darse cuenta de que su primera vez con un hombre sería incómoda, pero el sabor de él, su calor y su cuerpo presionando contra el suyo, la hacían querer entregarse a él.

La hacían desearlo.

Deslizó sus piernas alrededor de sus caderas, y él gruñó ante su rendición. —Eso es, querida, ábrete para mí —suspiró—. Déjame entrar.

Presionó contra su núcleo húmedo y no cedió. Su cuerpo se abrió, floreció para su hombría, y con apenas un leve ardor, se volvieron uno.

Él besó su cuello, su respiración le hacía cosquillas en el oído, y ella se estremeció, envolviendo sus brazos sobre sus hombros, deleitándose con la sensación de su fuerte espalda. Durante tanto tiempo, lo había deseado justo como estaban ahora. Él la había hecho sentir tan maravillosa las dos veces que habían estado a solas, sin consumación, que ella había esperado que la intimidad condujera a más placer.

Hasta ahora, no estaba decepcionada.

Lentamente comenzó a moverse, a mecerse dentro de ella, y la sensación, aunque extraña y desconocida, provocaba una parte interior de ella que anhelaba ser tocada.

—Me gusta esto —le confesó. Él encontró su mirada, la suya oscurecida por un hambre que no había visto antes. La besó, fuerte y largo, sus lenguas se entrelazaron, sus alientos se mezclaron, antes de embestirla con una fuerza que no había esperado.

Daphne suspiró, la sensación fuerte y deliciosa. —Otra vez —pidió, incapaz de creer que estaba siendo tan atrevida.

—Estoy más que feliz de complacerte —dijo, embistiéndola con movimientos largos y constantes que avivaron el fuego dentro de ella hasta convertirlo en una llama rugiente.

No podía tener suficiente. Quería más de él, todo de él. Sin embargo, él continuaba meciéndose dentro de ella como si no hubiera prisa, como si tuvieran todo el tiempo del mundo.

No lo tenían. Se suponía que debían estar afuera, disfrutando de su desayuno de bodas con sus amigos.

—Ahora eres mía. —Sus palabras fueron ásperas y no admitían discusión.

Ella asintió, sabiendo que eso era tan cierto como su matrimonio ese día. Ella era suya, como él era de ella, y cómo amaba ese hecho. Su futuro comenzaba ahora. Él podría querer imponer reglas y regulaciones matrimoniales, pero nada estaba escrito en piedra. Siempre había espacio para la negociación. Y ciertamente, cuando estaba en sus brazos como lo estaban ahora, él estaba en su poder tanto como ella estaba en el suyo.

Y eso le daba más autoridad de la que él podría pensar, o jamás supo que estaba compartiendo.

CAPÍTULO
TRECE

COREY NUNCA HABÍA EXPERIMENTADO un sentimiento tan abrumador como el que recorría su sangre en ese momento. Jamás había deseado tanto complacer a la mujer que yacía bajo él. Quería escucharla gritar su nombre, que participara y lo deseara tanto como él la deseaba a ella.

El pensamiento era a la vez inquietante y emocionante. Ahora era suya. Su esposa, suya para hacerle el amor siempre que pudiera persuadirla de que le permitiera entrar en su habitación.

Y querría hacerlo a menudo.

Ella elevó más las piernas sobre sus caderas, y él le dio lo que deseaba. Embistió dentro de ella, empujando y provocándola hacia el clímax que ambos buscaban.

Su dulce cuerpo lo abrazaba, su sexo apretado ordeñándolo hacia el orgasmo.

—Se siente tan bien, Daphne —gimió él, con los testículos tensos y el miembro goteando por la liberación.

Ella se mordió el labio y se meció contra él, y Corey sintió el primer estremecimiento del orgasmo de Daphne mientras la atravesaba, arrastrándolo con ella.

Él llegó al clímax de manera intensa y rápida, bombeando su semilla profundamente en su interior, y dejó que ella cabalgara su miembro hasta el final de su placer.

Los ojos de Daphne estaban vidriosos de asombro y satisfacción, y él sintió ese sentimiento en cada parte de su ser. Su objetivo era complacerla, y se alegraba de que estuviera encantada.

—Vaya —exhaló ella, con las palabras entrecortadas por el esfuerzo—. No sabía que se sentiría tan bien. Creo que el matrimonio me va a sentar muy bien. —Le sonrió de una manera tan traviesa que su miembro se estremeció ante la idea de hacerlo todo de nuevo.

Pero esta era su primera vez con un hombre, y él no quería lastimarla. No cuando deseaba tenerla de nuevo esta noche. Se desplomó a su lado y se acomodó entre las sábanas. Ella rodó hacia él, acostándose parcialmente sobre su pecho. Corey pudo ver sus ojos cerrados, con una pequeña sonrisa soñadora en los labios.

Por un breve momento, se deleitó en su capullo de dicha saciada antes de que el miedo se arremolinara en su estómago. Se incorporó, apartando a Daphne, y se bajó de la cama.

Solo le tomó segundos recoger su ropa y vestirse. Por el rabillo del ojo, vio a Daphne sentarse y observarlo, con una expresión de perplejidad en el rostro.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella—. ¿No podemos quedarnos juntos un rato? Ahora estamos casados. Nadie puede decir nada si nos escabullimos. —Dulcemente, dio unas palmaditas en la cama a su lado, y por mucho que deseara acostarse junto a ella, dejar que se durmiera en sus brazos, no podía hacerlo.

La idea de despertarse con sus manos apretando el pequeño y encantador cuello de Daphne le heló la sangre.

—Una de mis reglas es que no debemos dormir juntos, Daphne. Soy un duque y tú ahora eres duquesa, y ambos debemos descansar lo suficiente —mintió, tratando de amortiguar el dolor y el rechazo que ella sentiría ante sus palabras—. Te visitaré en tu habitación siempre que desees compañía, pero más allá de eso, por favor, no me lo pidas, porque no puedo dártelo —dijo, esperando que ella no preguntara ni discutiera el punto. Su decisión estaba tomada y no habría forma de cambiarla. No quería lastimarla, y si esta era la única manera de asegurarse de no hacerlo, sacrificaría esa parte del matrimonio que tantas parejas daban por sentado.

—¿No deseas dormir conmigo? ¿Solo deseas copular conmigo y nada más? —cuestionó ella.

Su pregunta hacía que sus términos sonaran sórdidos y fríos, y suponía que lo eran, pero no podía decirle que se había casado con un hombre atormentado por el pasado. Nadie conocía su historia, y para protegerse a sí mismo y a su familia, que ahora incluía a Daphne, debía seguir siendo así. Tampoco podía decirle que se había casado con un loco que, a veces, no podía controlarse.

—Eso es lo que deseo. Pero te prometo que lo que hagamos será cualquier cosa menos copular. Esa palabra no refleja lo que acabamos de lograr —dijo, sonriendo e intentando quitarle peso a la situación.

Un pequeño ceño se formó entre las cejas de Daphne y él pudo ver que ella intentaba entender. Pero no lo haría. No le había dicho lo suficiente para que comprendiera, y por eso lo lamentaba, pero así debía ser.

Un espía nunca revelaba que era un espía. Hacerlo pondría a Daphne en riesgo, incluso si la guerra había terminado hacía seis meses.

—Entonces estoy triste por nosotros —dijo ella, deslizándose fuera de la cama y arreglando su vestido. El corazón de Corey dio un vuelco al ver lo hermosa que se veía hoy. Su esposa...

Le llevaría toda una vida acostumbrarse a ese término.

~

UN POCO MÁS TARDE, Daphne estaba de pie junto a Ashley en su desayuno de bodas, observando cómo Renford, su esposo, reía y encantaba a varios invitados al otro lado del jardín.

—¿Y adónde desapareciste, Su Gracia? —bromeó Ashley, con risa en sus ojos—. Varios invitados se lo preguntaban.

Daphne sonrió, pero no podía encontrar graciosa la situación. Tampoco podía comprender lo

que había ocurrido. —Al parecer, hay reglas en nuestro matrimonio que debo obedecer —soltó —. Debemos hacer el amor, pero ninguno de los dos puede dormir en la habitación del otro. —Miró a los ojos de su amiga y frunció el ceño—. ¿No te parece extraño? Sé con certeza que tú duermes en las habitaciones de Blackhaven.

Ashley se aclaró la garganta y miró en dirección a Renford. —¿Él te dijo eso? —preguntó.

—Lo hizo, y fue tajante en que no debemos hacerlo. Sin embargo, no entiendo por qué —dijo ella.

—Tampoco lo sé. Ojalá lo supiera, pues podría darte alguna idea, pero no puedo —su amiga hizo una pausa para reflexionar un momento—. Tal vez solo necesite tiempo, Daph. Apenas empezáis vuestro matrimonio, y llevará un tiempo acostumbrarse a estar casados y vivir juntos. Sé que fue extraño para mí cuando me casé con Blackhaven —explicó.

Daphne supuso que podría ser cierto. Era extraño que ahora fuera una mujer casada, y nada menos que una duquesa. Tanto los hombres como las mujeres necesitaban tiempo para adaptarse. Con el tiempo, cuando él se acostumbrara a que ella compartiera la misma casa, el mismo comedor y biblioteca, y todas las demás partes de la casa que ahora eran tanto de ella como de él, cedería. No podía mantenerla a distancia para siempre. No sería posible, ¿verdad?

—Seguro que tienes razón. Le daré el espacio que me ha pedido durante el descanso y esperaré que, con el paso de las semanas, ceda en esa regla —dijo.

La orquesta, situada bajo un grupo de árboles, comenzó a tocar un vals, y ella sonrió cuando Renford se acercó para invitarla a bailar.

Él hizo una reverencia hacia ella, y varias damas suspiraron ante el gesto caballeroso y romántico. Daphne tomó su mano y dejó que la guiara a la terraza, no tan segura como las demás de que fuera romántico en absoluto, sino que simplemente estaba interpretando el papel de un hombre recién casado.

Después de todo, él no la quería en su cama. ¿Qué podía ser menos romántico que eso?

La envolvió en sus brazos cuando comenzó el baile, y pronto ella cayó bajo su encantador hechizo. Su habilidad como caballero, su sonrisa encantadora y su gracia en la pista de baile de la terraza no tenían igual, y sin embargo, bajo toda esa destreza, algo no estaba bien, algo estaba mal en todo.

¿Qué maridos no compartían la cama con sus esposas?

—¿Ocurre algo, Daphne? —preguntó él, observándola atentamente.

Ella se encogió de hombros, sin estar segura de si era prudente volver a sacar el tema.

—Estaba pensando, Excelencia. No deseáis dormir en mis aposentos, pero ¿puedo yo unirme a vos en los vuestros? ¿O tengo prohibido entrar en vuestra habitación? —preguntó, genuinamente curiosa sobre qué otras reglas debía obedecer.

—No necesitas venir a mis aposentos. Yo te visitaré —le lanzó una sonrisa que no llegó a sus ojos antes de mirar algo por encima del hombro de ella, sin encontrarse con su mirada—. Mi habitación es igual que la tuya en cualquier caso. No es nada excepcional ni nada que te estés

perdiendo, si esa es tu preocupación.

—¿Y si yo te visito, me echarás?

—Simplemente te acompañaré de vuelta a tu habitación, y estaremos a solas allí —explicó.

—¿Y si te quedas dormido en mi cama, qué pasará? Estoy empezando a pensar que crees que te devoraré en medio de la noche y dejarás de existir.

Él se rió, pero Daphne no le encontraba la gracia. Nunca había oído nada tan absurdo en su vida, y tampoco podía entenderlo. Tenía que haber una razón. No podía favorecer tanto el sueño como para echarla de su cama tan pronto como encontrara su liberación. ¿Qué clase de hombre insensible y canalla hacía eso?

El duque más perverso de Londres...

Maldijo internamente el pensamiento y lo apartó. Podría haber tenido mala reputación antes de su matrimonio y haber querido una amante...

¿Era por eso que no quería que ella durmiera en su cama? Porque si ella descansaba allí, entonces él no podría escabullirse y encontrar placer con la mujer que sin duda deseaba más que a una esposa.

Si ella dormía en sus aposentos, sus andanzas nocturnas por todo Londres serían algo que no podría ocultarle. La desesperación tiñó la esperanza que tenía de que su matrimonio, que había comenzado mal, pudiera enderezarse con el tiempo. Su matrimonio, como tantos otros en Londres, sería solo de nombre. Al menos si se hubiera casado con su vicario, ese matrimonio también podría haber sido un matrimonio sin amor, pero al menos habría tenido a los niños del pueblo y la escuela.

Aquí en Londres, no tenía nada.

CAPÍTULO
CATORCE

MÁS TARDE ESA NOCHE, Corey se recostó en la bañera de su suite de habitaciones. Ahora estaba casado. La idea no era tan repulsiva como lo había sido antes, pero tampoco le sentaba del todo bien.

Saber que una mujer, su esposa y duquesa, ahora vivía bajo el mismo techo que él era un poco desconcertante.

Pero más que eso, la necesidad de mantenerla en sus habitaciones en todo momento durante la noche era primordial.

Podía escuchar los murmullos apagados de ella hablando con sus doncellas mientras se instalaba en su habitación. Podía imaginarla inspeccionando su espacio privado. ¿Lo encontraría cómodo y apropiado? Esperaba que sí, porque a pesar de su aversión al matrimonio y a tener una esposa, ahora que la tenía, no quería decepcionarla ni hacer su vida insoportable.

Mientras ella continuara adhiriéndose a sus reglas, se llevarían maravillosamente bien.

La puerta de su habitación se abrió de golpe, y él se giró en la bañera. Su esposa entró como si la cámara fuera suya para gobernar. —Por favor, retírate, Thomas —dijo, regalándole a su sirviente una dulce sonrisa de «por favor, cumple mi petición». Su ayuda de cámara hizo lo que se le pidió y se fue sin responder, cerrando la puerta silenciosamente tras él.

—No deberías estar aquí, Daphne —dijo él arrastrando las palabras, alcanzando el jabón—. Hablamos de esto.

Ella se acercó y se arrodilló junto a la bañera, tomando el jabón de sus manos y trabajándolo entre sus dedos. Se formó espuma, y su miembro se estremeció, pensando en otras cosas que sus ágiles dedos podrían estar acariciando.

—Aún no es hora de dormir, así que no hay daño en que esté en tu habitación. Y en todo caso, es nuestra noche de bodas. ¿Puedo suponer que tienes planes para nosotros esta noche? —dijo ella, con una ceja levantada sospechosamente como diciendo «más te vale tener algo planeado».

Él no tenía nada planeado más que llevarla a la cama. Frunció el ceño. ¿Esperaba ella una opulenta cena abajo seguida de una copa y seducción junto al fuego?

En la ola de calor que Londres había estado experimentando, un fuego no estaba en su lista

de alta prioridad, ni tampoco el romance.

En lugar de responder a su pregunta, tomó su mano y la llevó bajo el agua, envolviéndola alrededor de su miembro.

Ella se mordió el labio de la manera que lo volvía loco, pero fue lo que hizo a continuación lo que hizo girar su mundo fuera de su eje. Envolvió sus dedos alrededor de su virilidad engrosada y lo acarició con exquisita habilidad.

Él inhaló sorprendido, habiendo pensado que ella requeriría más tutela de la que ya le había dado, pero ese no era el caso. Ya era mejor de lo que ella misma creía ser.

—Quítate el vestido. Quiero verte. Toda tú —ordenó. La idea de verla desnuda era lo más importante en su vida. No la había visto así pero sabía en lo más profundo de su ser que sería magnífica.

Sin cuestionamiento ni trepidación, ella alcanzó los botones de su vestido. Un ceño fruncido de molestia marcó su frente, y se dio la vuelta. —Ayúdame con los cierres. Están siendo difíciles —ordenó, encontrando sus ojos por encima de su hombro.

Corey no necesitó que se lo pidieran dos veces. Alcanzó los cierres, deshaciendo rápidamente los broches antes de que ella hiciera el resto sin problema.

Se volvió hacia él, desató su corsé, arrojándolo a un lado antes de alcanzar el dobladillo de su camisola y quitársela del cuerpo. Se paró frente a él sin nada más que sus medias de seda, atadas con gruesas cintas rosas alrededor de sus esbeltos muslos.

Él tragó saliva.

Con fuerza.

Su miembro presionaba contra su estómago, y sus testículos dolían por la liberación.

No anheles a tu esposa, o estarás bajo su poder.

Corey apretó los dientes. No sucumbiría a los encantos de su esposa, aunque ella albergara más de los que él había pensado al principio. Se lamió los labios, queriendo tomar sus pezones endurecidos en su boca y succionarlos, morderlos y besarlos mejor.

Maldita sea. Lo que quería hacerle a la mujer no valía la pena mencionar.

—Entra —le ordenó, su voz profunda y ronca, irreconocible incluso para él—. Deja puestas las medias. —Se aclaró la garganta mientras ella entraba en el agua, aparentemente sabiendo dónde debía colocarse sin que se lo pidieran.

Ella se sentó a horcajadas sobre sus piernas, su sexo presionando contra su miembro. Suspiró, moviendo sus caderas contra él, usándolo para provocar su carne dolorida, y él la alcanzó, sostuvo sus caderas quietas, para no perder el poco control que tenía de su decoro de caballero.

No es que alguna vez hubiera tenido mucho para empezar. No era conocido por ser un amante gentil. Solo un hombre que follaba bien y llevaba a su amante en el viaje, sin importar cuán largo o corto fuera. Pero las cosas eran diferentes ahora, incluso si él no hubiera querido que lo fueran.

—¿Ansiosa, esposa? —le preguntó.

Una sonrisa conocedora curvó sus labios, y él no pudo esperar ni un momento más. Le agarró la nuca y la acercó bruscamente. Por un momento, la sostuvo a un pelo de distancia de sus labios, observando cómo sus ojos se oscurecían de hambre, sus pechos elevándose con necesidad aumentada.

Sus ojos se encontraron, se mantuvieron, y ni por su vida podría apartar la mirada. Un extraño peso se asentó en su pecho mientras cerraba el pequeño espacio entre ellos y la besaba.

Ella era como una flor abriéndose bajo el sol de la mañana. Lo besó con una habilidad que lo dejó sin aliento, su cuerpo anhelando la liberación. Para una mujer que no había besado o estado con un hombre íntimamente en veintinueve años, no le había tomado mucho tiempo aprender los talentos que lo harían caer de rodillas, si estuviera de pie.

Sus lenguas se enredaron, sus labios dominantes y tomando lo que anhelaban. Nunca un beso lo había cautivado tanto como este. Le robó el aliento y el juicio, y ni por su vida podía detenerse.

La deseaba.

Toda ella.

Ahora.

La levantó y la penetró en su húmeda hendidura. Ella echó la cabeza hacia atrás, su larga melena color fresa cayendo sobre sus hombros y espalda. Sus pechos se balanceaban con cada embestida, y su boca se secó ante la visión que ella ofrecía.

Nunca había visto a nadie tan perfecto o hermoso en el acto del amor.

Follar, corrigió sus pensamientos. Esto no era hacer el amor. Ambos estaban tomando lo que querían. Moliendo y trabajando sus cuerpos hasta el frenesí.

Hacia la liberación.

—Eres tan hermosa —confesó, apoyándose contra la bañera y observándola con placer.

Los dedos de ella se clavaron en sus hombros mientras también lo miraba. —Tú también lo eres.

Daphne no sabía qué se había apoderado de ella, pero sabía que tenía que jugar este juego de seducción tan bien como Corey si quería mantener a su marido ocupado en su cama más que con cualquier otra.

No podía soportar la idea de que se acostara con otra mujer. Ciertamente no ahora que era suyo.

Y lo era. Todo suyo, y no lo entregaría sin luchar.

Se movió sobre él, disfrutando de la fricción que creaban donde sus cuerpos se unían. Estar con él en el agua era algo nuevo y excitante, sin mencionar que aliviaba un poco el dolor de ser nueva en todo este acoplamiento en el que participaban.

La dulce sensación de expectativa la provocaba donde se fusionaban, y sabía que él la estaba empujando, llevándola a donde tendría ese brillante final que siempre le proporcionaba.

Anhelaba sentirse dichosa de nuevo. Sentirlo profundamente dentro de ella mientras se deshacía alrededor de su hombría.

Daphne se mecía contra él, gimió cuando la tomó más profundamente, más fuerte que antes, y se deshizo. El placer la sacudió, llevándola a un lugar extraordinario al que solo él podía llevarla.

Se oyó a sí misma gritar su nombre mientras su miembro se endurecía y engrosaba dentro de ella, y el calor se derramaba en su núcleo dolorido. Lo cabalgó, lo arrastró a este maravilloso viaje, y no se detuvo hasta que el último de sus temblores se disipó.

Con la respiración agitada, se desplomó contra su pecho, su latido fuerte y rápido contra su oído.

—¿Quién sabía que los baños podían ser tan maravillosos? Ciertamente yo no lo sabía.

Él no respondió, pero su mano se deslizó deliciosamente contra su espalda en movimientos circulares de una manera reconfortante y calmante.

Ella se incorporó y se deslizó fuera de él, moviéndose hacia el otro extremo de la bañera, y lo observó durante varios momentos, simplemente bebiendo de la hermosura de su marido.

¿Marido? Qué nombre tan extraño y uno que no había pensado usar. No con el hombre frente a ella, en todo caso. Pero de ninguna manera era difícil de mirar, y sabía que llamaba la atención de muchas, no solo la suya.

Pero ¿cómo mantenerla y no descubrir que había conseguido su amante como deseaba? ¿Cómo hacer que confiara en ella lo suficiente como para permitirle entrar en su corazón y dormitorio para más que solo un revolcón rápido?

—Supongo que ahora me vas a pedir que me vaya —dijo ella.

Un músculo se tensó en su mandíbula antes de que asintiera. —Es lo mejor, Daphne. Tendrás que confiar en mí que sé de lo que hablo.

Ella sintió el jabón rozar su pierna, y lo recogió, limpiándose rápidamente. —Muy bien, haré lo que pides, pero espero que esta no sea una situación de peligro prolongado a la que deba adherirme. No creo que sea saludable para un marido y una esposa no compartir la cama.

Él se encogió de hombros, y su indiferencia hacia su opinión la hirió.

Ella se paró frente a él y le dejó saciarse de ella antes de abandonar sus aposentos. —¿Estás seguro de que no deseas que me quede? —preguntó descaradamente.

Su boca se abrió, y un poco de su orgullo regresó. No estaba tan inafectado por ella. De hecho, podría usar su atracción hacia ella a su favor si era prudente.

Él se aclaró la garganta, frotándose la mandíbula con una mano. —Es lo mejor. Buenas noches, esposa —dijo.

—Buenas noches, marido. —Salió de la bañera y se envolvió en una toalla. Salió de la habitación sin molestarse en vestirse más.

Después de todo, este era su hogar ahora, y ella era la duquesa. Podía hacer lo que quisiera, incluyendo salir de la habitación de su marido, apenas vestida. Él tenía que ver lo que se estaba

perdiendo, después de todo.

CAPÍTULO
QUINCE

COREY ASISTIÓ al baile de la noche siguiente con renovada satisfacción. Después de las aventuras de anoche con Daphne, estaba seguro de que ella había llegado a aceptar, si no a estar de acuerdo, con sus reglas respecto a sus arreglos para dormir.

Después de su baño la noche anterior, había salido de su casa y se había dirigido a Whites, donde se estaba jugando una partida de especulación. Pronto se unió, contento de pasar la noche en compañía de amigos.

En algún momento de la madrugada, cuando el sol besaba los buenos días a Londres, había entrado tambaleándose por las puertas, varios cientos de libras más ligero de dinero, pero al menos el sueño vendría más fácilmente. Descanso ininterrumpido tanto de su esposa como de las pesadillas que lo atormentaban tan a menudo.

Sonrió al ver a Daphne bailando con Lord Astoridge, un buen amigo en quien podía confiar. Pero en el momento en que el baile llegó a su fin, su tranquilidad se disipó.

El francés, Monsieur Caddel, se acercó a ella paseando, sonriendo de esa manera confiada tan francesa que tenía. Sin duda buscaba alimentarla con tantos cumplidos como pudiera pensar.

Su esposa no parecía importarle si sus ojos brillantes y su amplia sonrisa eran alguna indicación. Un nudo se asentó en la boca de su estómago, y se bebió su whisky de un trago, observando y preguntándose si debería presentarse. Ahora estaban casados, después de todo. Tal vez el francés aún no había escuchado las noticias que todos los demás en Londres ya sabían.

Pero antes de que pudiera hacer lo que había decidido, el francés tomó la mano de su esposa y la llevó a la pista de baile. Atrajo a Daphne a sus brazos cuando comenzó a sonar un vals.

El sinvergüenza no se atrevería a tomar el único baile que él había estado esperando y reclamarlo para sí mismo. La atención de Corey se dirigió hacia donde la mano del hombre se posaba en la cintura de Daphne.

¿Estaban sus manos donde deberían haber estado? ¿O un poco demasiado bajas en su espalda?

Una ola de ira que no había experimentado antes se agitó bajo su sangre, y tomó una respiración profunda, dejándola salir lentamente. Su esposa le sería leal, como era su deber. No lo convertiría en un cornudo meros días después de su boda. No había nada malo en un baile

inocente entre dos personas que ya se conocían. No era como si se estuvieran escabullendo juntos a la terraza.

Solos...

Entrecerró los ojos y vio a Billington, que se unió a él. —Renford, ¿cómo te está tratando la vida de casado? Tú y la duquesa deben asistir a una cena que estoy organizando dentro de una semana a partir de mañana. Se enviaron las invitaciones, pero aún no hemos tenido noticias tuyas —dijo.

—He estado ocupado en otros asuntos —afirmó Renford, continuando observando a su esposa.

Billington se rió, con una luz de conocimiento en sus ojos. —Estás recién casado. Mi querida esposa y yo pensamos que podrías estar ocupado con otras cosas por la noche y demasiado ocupado para asistir a una cena tediosa.

—Estaríamos encantados de asistir —dijo, posiblemente con demasiado entusiasmo y rapidez incluso para sus oídos—. Eso si mi esposa no quiere asistir a otro baile y bailar más valses con Monsieur Caddel.

Billington se atragantó con su vino y miró hacia la pista de baile. —Vamos, es solo un baile. Se casó contigo, ¿no es así? No creo que esté buscando conocer mejor a nadie más —dijo.

Corey sabía que sonaba como un idiota celoso. Una posición en la vida que era tanto nueva para él como una molestia. Estar celoso significaba debilidad, y él nunca era eso. Si alguna vez hubiera mostrado esas emociones en su vida, no estaría aquí ahora disfrutando del baile.

Resopló. ¿A quién estaba engañando? Detestaba Londres y la temporada y todo lo que conllevaba, y no tenía sentido fingir lo contrario.

—Esperemos que no lo esté, porque no seré convertido en un tonto.

Billington lo estudió un momento antes de suspirar. —Ven, hay una buena conversación en la terraza sobre Napoleón y sus payasadas después de que fue capturado y enviado a Santa Elena.

Corey echó un último vistazo a su esposa, aún deslizándose por la pista de baile, y siguió a Billington. El aire fresco de la noche ayudó en algo a calmar su molestia al ver a Daphne en los brazos de otro hombre. No es que tal visión normalmente le molestara los nervios, pero no llevaban mucho tiempo casados. Ella podría haber esperado un mes antes de ser particular con alguien más.

Tal vez debería seguir buscando una amante si su esposa iba a ser tan amistosa con otros hombres.

—¡Renford! —dijo el Duque de Romney, dándole una palmada en la espalda a modo de saludo—. Estábamos hablando de Napoleón. Dicen que la noche que lo capturaron, se puso pálido como un fantasma.

—Y sus pantalones de ante tan marrones como la mierda —intervino Billington, riendo.

Corey sonrió y asintió en acuerdo, pero nada de eso era cierto. El francés había presentado una buena pelea, y no hubo cobardía ni pantalones cagados. Había sido un oponente digno, y

Corey sabía mejor que nadie la verdad de esa noche, porque él había estado allí.

Tan desafortunada como era esa verdad.

Daphne no sabía adónde había desaparecido Renford, pero no importaba. Monsieur Caddel, su compañero de baile, estaba afortunadamente feliz por su unión con el duque y parecía muy complacido de que se hubiera casado.

—Felicidades de nuevo, Su Gracia. Estoy seguro de que será la duquesa más encantadora que Londres haya visto jamás —afirmó, sin un ápice de burla en su tono.

—¿Ha conocido a mi esposo, Monsieur? Creo que es hora de que lo presente.

Frunció los labios y pensó en su pregunta por un momento. —Lo conozco, por supuesto, de reputación, pero no lo conozco tan bien como usted, Su Gracia. Sé que el duque tiene muchas presiones sobre su tiempo, y no deseo añadir a ellas. Pero son hombres como yo y otros, estoy seguro, quienes mirarán la temporada y verán que su brillo ha perdido un poco de su lustre con usted casada.

Ella se rio de su halago. Supuso que no era tan malo como había empezado a creer. —Gracias de nuevo, monsieur. Pero estoy segura de que el duque estaría más que encantado de conocerlo. Me imagino que ser un francés en Inglaterra en estos momentos no es el viaje más fácil, pero me alegro de que esté aquí, y espero que lo esté disfrutando.

Él asintió y la llevó a detenerse cuando la música terminó. La escoltó al lado de la sala y consiguió para ambos una copa de ratafia. —La guerra ha terminado, y todos debemos seguir adelante desde ese momento. Sé que mis negocios aquí en Inglaterra pronto terminarán, y tendré que volver a casa y casarme yo mismo.

—Eso es encantador —dijo Daphne, complacida de que él no la estuviera mirando para llenar ningún vacío en su vida. Nunca había sido buena con los admiradores, ya que nunca había tenido ninguno en el pasado. No es que pudiera decir que monsieur Caddel fuera un admirador, pero ciertamente la buscaba más que a cualquier otra dama—. ¿Hay una joven dama esperándolo ya en su hogar en Francia? —preguntó.

Una pequeña sonrisa nostálgica tocó sus labios antes de asentir. —Hay una joven. Un poco escandalosa quizás, ya que era la favorita de mi hermano, a quien lamento informar que perdí durante la guerra.

Por instinto, Daphne extendió la mano y le agarró el brazo. —Lo siento mucho por su pérdida, monsieur Caddel. Eso debe ser difícil de soportar para usted y su familia.

—Es muy difícil, en efecto, tiene usted razón. Pero mi tiempo aquí en Londres sin duda me curará de cualquier melancolía persistente. Es lo que mi hermano desearía que hiciera.

—Por supuesto —respondió ella—. Y mencionó usted a la dama. Una favorita de su hermano. ¿Significa eso que también es una favorita suya? —le preguntó.

—Es la mejor de las mujeres, y espero ganarme su corazón. Mi hermano era el mayor, ¿sabe?, y su amada merece el título que ahora ostento tanto como cualquiera. Ella no merecía perder a su amor de la manera en que lo hizo, y yo no merecía perder a mi hermano. Haré que

todo sea lo más correcto posible para todos nosotros.

Daphne asintió, pero algo en la forma en que monsieur Caddel declaraba sus intenciones la hizo dudar. Había algo extraño en su manera cuando hablaba de su hermano; una frialdad entraba en sus ojos como si cualquier cosa que pretendiera hacer para sanar el dolor de su familia pudiera causar miseria en otra parte.

Él miró hacia abajo donde la mano de ella aún sujetaba su brazo, y ella se apartó, sintiendo que el temor se asentaba en su estómago cuando notó la fría mirada de Renford observándola desde el otro lado de la sala.

—Espero que pueda sanar con el tiempo, monsieur Caddel —dijo ella, tragando los nervios que se asentaron en su estómago al ver a su marido caminando hacia ellos con pasos decididos que solo podían calificarse de mortales.

¿Estaba enfadado con ella? ¿Pensaba que era demasiado familiar con monsieur Caddel? No pretendía hacer daño al ser amable con un hombre en duelo, aunque fuera francés.

—Querida —dijo el profundo y escalofriante barítono de su marido mientras se unía a ellos. Clavó en monsieur Caddel una mirada que habría hecho huir de la sala a hombres de menor temple.

—Su Gracia —dijo monsieur Caddel, inclinándose en señal de saludo—. Su esposa es una compañía maravillosa. Debería mantenerla más cerca. De lo contrario, creo que la encontrará muy ocupada esta temporada y no a su lado.

Daphne miró a monsieur Caddel, deseando que no hubiera dicho tal cosa, pues no era cierto. ¿Estaba el hombre provocando a su marido? Miró de nuevo a Renford y lo encontró fulminando con la mirada al francés, y si las miradas pudieran matar, monsieur Caddel también estaría tan frío como una piedra muerta al igual que su hermano.

No era lo que nadie quería ver en medio de un baile de la alta sociedad.

CAPÍTULO
DIECISÉIS

—Ciertamente —dijo Corey arrastrando las palabras, preguntándose qué pretendía el pequeño francés al advertirle de esa manera. Él no era un hombre con quien se pudiera jugar y podría romper el delgado cuello del hombrecillo con solo estirar y girar sus manos. Observó cómo Monsieur Caddel le sonreía con complicidad a su esposa, y Corey tuvo que morderse la lengua para no responder.

Puede que no pudiera matar a nadie en un baile, pero ciertamente podría darle una lección cuando nadie estuviera mirando. —Tendré que tenerlo en cuenta, ¿no es así? —Renford tomó la mano de Daphne y la colocó en su brazo—. Si nos disculpa —dijo, sin dar ninguna razón antes de llevarse a su esposa.

Daphne lo siguió sin protestar, y él la miró de reojo, notando que parecía imperturbable ante Monsieur Caddel o su propio estado de ánimo. —Monsieur Caddel parece encontrar tu compañía particularmente estimulante —dijo, esperando mantener fuera de su tono la molestia que tal hecho le provocaba—. Empiezo a pensar que era uno de tus favoritos antes de que nuestras escandalosas interacciones hicieran imposible el matrimonio con cualquier otro.

Ella se rio y suspiró como si encontrara su conversación molesta y problemática. —Por supuesto que no. Apenas conozco a Monsieur Caddel. Creo que su acercamiento y conversación conmigo se debe a que busca compañía. Es francés, después de todo, y hay pocos compatriotas suyos en Inglaterra ahora mismo. Posiblemente esté solo.

—Y con razón. ¿No estábamos en guerra con Francia? —espetó, con los recuerdos de aquellos días tan claros y provocadores como siempre.

—Ya no lo estamos. Sé que hubo muchos problemas y muchas muertes entre nuestros dos países, pero debemos seguir adelante. Napoleón está en Santa Elena y no volverá a salir.

—Se escapó de Elba. No hay garantía de que no lo intente de nuevo.

—No lo hará —dijo Daphne con más convicción de la que él tenía sobre el asunto.

Paseaban por los bordes exteriores de la pista de baile y, curiosamente, no tenía deseos de dejarla con ninguna de sus amigas y abandonarla a su suerte. Aunque no hubiera querido una esposa, eso no significaba que no hubiera encontrado su conversación últimamente muy agradable.

Hablar con Daphne significaba que su mente no vagaba hacia el pasado y se quedaba allí. Era un consuelo que no sabía que necesitaba.

—Supongo que perdiste muchos amigos en la guerra. ¿Es por eso que eres tan frío con Monsieur Caddel? —le preguntó ella.

Corey asintió, deseando poder contarle la verdad sobre su papel en la guerra contra Francia, pero no podía. Ese era un secreto que se llevaría a la tumba.

—Muchos amigos de la infancia, tanto nobles como plebeyos. Mi amigo de la infancia, que se convirtió en el jefe de los guardabosques de mi finca, murió en Waterloo. El hijo de mi jefe de establos también pereció. Tenía solo diecisiete años. Demasiado joven para morir.

La otra mano de Daphne se alzó y se aferró a su brazo, acercándolo. —Lo siento mucho, Renford. Tal vez cuando volvamos a Grand Oaks después de la temporada, podamos hacer algo por las familias en duelo. Erigir un monumento o dedicar una parte del pueblo a su lealtad a Inglaterra. Su sacrificio.

Él detuvo a Daphne, la idea era hermosa y sincera. ¿Por qué no se le había ocurrido hacer algo así? Daría a las familias de su pueblo un lugar donde ir a llorar y dar gracias. —Creo que es una idea espléndida, y la meditaré más. Veré qué puedo organizar con mi administrador antes de que volvamos a Kent.

Su amplia sonrisa y ojos brillantes ante su elogio de su idea lo tomaron por sorpresa. Era tan impresionante y considerada. Podía ver por qué tenía tantos amigos de toda la vida que harían cualquier cosa por ella. La Duquesa de Blackhaven era la primera en su mente. Cómo Daphne había permanecido soltera durante tanto tiempo aún lo confundía. Los hombres eran ciegos, al parecer.

—Me alegro mucho de que lo pienses así. Sé que se necesita mucha sanación en Inglaterra. Este es solo un pequeño paso hacia ese fin.

Si es que alguna vez había un final para el dolor y los recuerdos de la guerra. Corey no creía que lo hubiera. —¿Bailamos? —le preguntó cuando empezaron a sonar las primeras notas de un minué.

—Sí, gracias —dijo ella, con el rostro iluminado de alegría.

No es que quisiera darle esperanzas de que su vida en casa cambiaría, pero eso no significaba que no pudieran disfrutar de la compañía del otro mientras estuvieran en bailes y fiestas. No había nada de malo en bailar o conversar, como estaban haciendo. Estaban casados, después de todo, y lo estarían durante mucho tiempo.

Se deslizaron a sus lugares entre los otros bailarines justo cuando comenzaba la danza. Era una melodía animada y requería pasos más rápidos que otros bailes. La risa de Daphne mientras se movían por la sala, entrelazándose y cambiando de pareja antes de volver a reunirse, lo hizo sonreír.

—Bailas muy bien —dijo ella mientras se movían juntos en la siguiente figura—. ¿Alguien te lo ha dicho, Su Gracia? —Era una danza compleja, pero una que él había dominado a los diez

años.

—Disfruto bailando más de lo que la gente pueda pensar. De hecho, disfruto de la mayoría de las actividades. No soy un tipo aburrido todo el tiempo, Daph —dijo, esperando hacerla sonreír y alejar su conversación del tema de la guerra y los horrores que conllevaba.

No funcionó.

Sus cejas se fruncieron y pareció confundida. —¿Lo dices en serio? Siempre estás tan reservado y serio. La única vez que no te he visto así fue en el baile de Dame Plaisir. Y no debería haber estado allí en primer lugar.

Corey maldijo interiormente, no queriendo que ella pensara eso. No siempre. Ciertamente, había momentos en los que era severo y distante, pero no quería ser así con ella. Quería que sintiera que siempre podía acudir a él. Solo que no por la noche cuando estaba dormido en su cama.

—No soy serio todo el tiempo. Simplemente no deseo verme envuelto en los chismes y escándalos de la temporada. Lo encuentro muy agotador después de haber estado ausente durante varios años. Mis modales sociales no son lo que solían ser. Pero eso no se extiende a ti. Por favor, recuérdalo.

—Oh. Ya veo —frunció el ceño, pero pareció aceptar su respuesta.

Él era diferente a cualquier otro hombre que ella hubiera conocido. Un hombre que tenía secretos y necesitaba mantenerlos así, para no lastimarla. La vida era injusta, y él cargaba con un peso que no se disiparía, por mucho que lo deseara.

—¿Siempre le dices a todos lo que estás pensando? —preguntó él, esperando distraerla de sus defectos.

—Si buscan mi consejo y requieren una idea, sí. No le veo el sentido a tener una opinión y guardármela. Eso no es saludable —dijo ella. ¿Acaso lo estaba sermoneando?

Él tragó saliva, sabiendo cuán ciertas eran sus palabras. No había estado sano de mente durante algunos meses, y sabía que se debía a su tiempo en el extranjero. Lo que había hecho y lo que había sufrido para sobrevivir. —Prometo ser el mejor esposo que pueda ser para ti, Daphne. Espero que sepas que no pretendo parecer duro. Ni quiero que las reglas en casa se vean como un cruel desaire. No lo son. Las hago porque me preocupo por ti, y por difícil que sea de entender, para mantenerte a salvo.

Ella no respondió. Él deseaba poder contarle lo que pensaba y sentía. Desahogarse, pero no podía. Hacerlo solo la cargaría, y eso no era justo en absoluto.

—¿No puedes contarme tu miedo más profundo? —le preguntó ella—. Siento como si me estuvieras ocultando algo. Algo con lo que podría ayudar si solo me dejaras hacerlo.

Corey no podía creer su perspicacia. ¿Cómo sabía ella que él tenía tantos secretos oscuros y furiosos hirviendo en su mente? Recuerdos que lo atormentaban en la noche, lo provocaban y lo aterrorizaban.

—Soy un duque, querida. No tengo miedos —mintió justo cuando el baile llegaba a su fin.

Ella hizo una reverencia y retrocedió, dándole espacio. Corey quería atraerla de nuevo a sus brazos y buscar su consejo, desahogarse, pero se mantuvo obstinadamente mudo.

—No tengo miedos —repitió, esperando que sonara convincente para ella.

Una de sus cejas se arqueó, y no parecía nada persuadida. —Muy bien. Aceptaré tu respuesta. ¿Aceptarás la mía?

—Por supuesto —afirmó, disgustado por el espacio entre ellos.

—No te obligaré a amarme, Renford. Simplemente deseo que seamos amigos. Amantes. Deseo hacer que nuestro matrimonio sea agradable para ambos. Deseo que no te arrepientas de nuestra unión —le dijo, con los ojos fijos en los suyos. Él podía ver el miedo en sus ojos verdes, y tragó saliva, esperando no fallarle.

—No me arrepiento de haberme casado contigo. En absoluto, y quiero todas esas cosas también. De verdad que sí.

—Bueno, entonces, me alegra que no te arrepientas de haberte casado conmigo, pero lamento que no desees conocerme, o contarme tus miedos más profundos. Me gustaría tener la oportunidad de conocerte mejor, pero supongo que si no cedes, poco puedo hacer —dijo y volvió a hacer una reverencia antes de dejarlo solo en la pista de baile.

La culpa lo atormentaba, y la siguió, pero a un paso más moderado. Le gustaría conocerla mejor, pero ahí era donde tales conversaciones tendrían que terminar. Daphne no merecía experimentar sus pesadillas como él debía hacerlo.

CAPÍTULO

DIECISIETE

DAPHNE DESPERTÓ sobresaltada por el horripilante grito que resonó por toda la casa. Se incorporó y escuchó durante varios minutos, esperando que su corazón volviera a latir con normalidad antes de darse cuenta de dónde provenía el sonido.

La habitación de Renford.

Esperó unos instantes, y todo permaneció en silencio antes de volver a oírlo, un gemido ahogado y torturado que le erizó el vello de la nuca.

Apartó las sábanas de un tirón y se dirigió a la habitación de Renford, sin molestarse en ponerse la bata. Cuanto más se acercaba, más atormentados se volvían los gritos.

—¿Renford? —llamó, golpeando su puerta. Intentó girar el pomo, sorprendida de que estuviera abierto, y echó un vistazo a la habitación. Las cortinas estaban abiertas, permitiendo que la luz de la luna se colara en el espacio, y pudo ver a su marido agitándose en la cama, con las sábanas revueltas por su batalla inconsciente.

Entró y cerró la puerta, acercándose cautelosamente a su cama—. ¿Renford? —volvió a llamar—. ¿Corey? —Puso una mano sobre su frente, acariciando su rostro, y sintió el brillo del sudor besando su piel.

¿Qué estaría sucediendo en su sueño para provocar semejante reacción? Su ropa de cama parecía como si hubiera luchado contra algún asaltante desconocido.

—¿Corey? —llamó de nuevo, y antes de saber si sus palabras lo habían despertado, él la arrastró a la cama, inmovilizándola debajo de él, con una hoja fría y dura presionada contra su cuello.

Daphne empujó contra sus hombros y gritó cuando el cuchillo se hundió más profundo—. ¡Corey, detente! —logró decir—. Corey, soy yo. Daphne. —Le agarró el rostro e intentó sacudirlo para que volviera en sí. ¿Qué demonios estaría soñando?—. ¡Corey! —gritó, y esta vez, la presión contra su cuello disminuyó. Corey parpadeó, y sus ojos marrones se enfocaron en los de ella antes de llenarse de horror.

—Daphne —dijo exhalando, con la respiración agitada. Su atención se dirigió al cuchillo contra su cuello, y una expresión de repulsión cruzó sus facciones.

—Dios mío, lo siento. —Arrojó la hoja, cuyo metal resonó contra el suelo del dormitorio.

Ella le apartó el cabello del rostro, tratando de calmarlo tanto como intentaba recuperar el juicio. ¿Qué acababa de suceder? ¿Y por qué dormía Renford con una hoja? Dios mío, podría haberla matado. Las lágrimas llenaron sus ojos mientras el alivio la inundaba y luchaba por no derrumbarse.

—¿Estás bien? —le preguntó con voz temblorosa.

Él se desplomó a un lado de la cama y miró fijamente al techo, frotándose la frente como si le doliera—. Jesús, Daphne, ¿qué haces aquí? —preguntó con voz ronca.

Ella se llevó la mano al cuello, aliviada al notar que no había sangre brotando del lugar donde él había presionado la hoja contra su piel. ¿Qué demonios le había pasado para hacer algo así? ¿Acaso su pesadilla era tan horrible que pensó que ella era su agresor imaginario?

—Te oí gritar, y cuando entré en la habitación, te estabas agitando en la cama. Simplemente pensé en despertarte —dijo, mirándolo.

Él la miró a los ojos, y ella pudo ver el dolor que irradiaban—. Cuando me oigas, no debes entrar de nuevo. Bajo ninguna circunstancia —dijo.

A Daphne no le gustó el tono de su orden ni lo que implicaba. Tenía poco sentido dejar que alguien que estaba teniendo una pesadilla siguiera soñando dentro de ella—. Si no durmieras con un cuchillo, mi entrada aquí no habría sido tan peligrosa.

Él se estremeció ante sus palabras y la hizo rodar sobre su espalda, inmovilizándola contra la cama con su peso—. Acordamos que no dormirías aquí —dijo, alcanzando el dobladillo de su camisón y tirando de él hacia arriba—. Cuando estás a solas conmigo, me da ideas —dijo. Cerró el espacio entre ellos y rozó sus labios contra los de ella, el toque más suave que dejó sus sentidos dando vueltas.

—Deja de intentar distraerme, Corey. —Se retorció debajo de él, lo que solo le ayudó a deshacerse por completo de su camisón.

—No sé a qué te refieres, Su Gracia —dijo él.

Su mano presionó contra su monte de Venus antes de que sus ágiles dedos acariciaran su carne dolorida y necesitada. Lo necesitaba. Lo deseaba, incluso después del susto que acababa de pasar.

Él se arrodilló entre sus piernas y se deshizo de la camisa de dormir que llevaba puesta. Daphne sintió que se le abría la boca al revelarse su cuerpo. Era glorioso, tan cincelado que incluso la más perfecta fisonomía masculina se pondría verde de envidia. Sin pensarlo, se incorporó un poco, extendiendo la mano para tocar los músculos de su estómago.

Su respiración se entrecortó ante su toque, y ella se mordió el labio, sintiendo el calor acumularse entre sus muslos—. Te deseo —admitió, volviendo a recostarse.

Él se colocó sobre ella y embistió en su cuerpo acogedor con una fuerza que la dejó sin aliento. Ella lo aferró y lo abrazó con fuerza mientras él bombeaba implacablemente dentro de ella.

—Daphne. —Su boca era salvaje y exigente sobre la de ella.

Ella le devolvió el beso con toda la habilidad que poseía, deseando que le diera lo que anhelaba, lo que ambos querían.

Placer.

Su cuerpo vibraba, hormigueaba con la promesa de lo que estaba por venir, y no tuvo que esperar mucho. Él alcanzó entre ellos y acarició un dulce punto en su sexo.

Ella gimió—. Sí, Corey. Justo así —le suplicó, y entonces sintió los primeros temblores de su orgasmo mientras la atravesaba, rápido e intenso.

—Daphne —gimió él mientras se tensaba, derramando su semilla profundamente dentro de ella.

Se desplomó a su lado, con el brazo perezosamente sobre su estómago durante varios minutos mientras recuperaban el aliento.

Daphne alcanzó las sábanas, cubriéndolos a ambos antes de acomodarse a su lado.

—No hagas eso, por favor —dijo él, con la voz amortiguada por su almohada.

Ella lo miró y lo encontró observándola—. Seguramente no quieres que me vaya ahora, ¿verdad? No después de lo que acabamos de hacer —dijo, haciendo un gesto entre ellos. La incredulidad mezclada con el dolor la atravesó, y no podía creer lo que él le estaba ordenando hacer.

—Es mejor que regreses a tu habitación. Como puedes ver por lo de antes, tengo un sueño inquieto. Solo te haré cansar —explicó él, pero ella no le creyó.

Él no la quería en su cama. No quería a su esposa en su cama y nunca la había querido.

Ella echó atrás las sábanas y, tan desnuda como el día en que nació, salió de la habitación, sin importarle quién pudiera verla.

Corey se maldijo por su trato hacia Daphne. Ella no merecía tal dureza, especialmente después de haberla llevado a su cama para distraerla, para distraerse ambos en realidad, de lo que él había hecho.

¡Qué perfecta podría ser la vida si su esposa pudiera acostarse a su lado después del sexo! Si él no temiera lo desconocido o de lo que era capaz. Pero esta noche había sido otro recordatorio más del peligro que representaba para los demás, y no la lastimaría.

No volvería a lastimar a nadie más si pudiera evitarlo.

Excepto quizás al francés si seguía señalando a su esposa...

La vio salir de su habitación sin una pizca de ropa y se maravilló de su orgullo. Estaba decidida a ignorarlo, le daría ese crédito, pero sería mejor que no lo hiciera.

Él había lastimado antes. Podría hacerlo fácilmente de nuevo y no darse cuenta hasta que fuera demasiado tarde.

La puerta de la habitación de ella se cerró de golpe y él suspiró. Estaría mucho mejor si no se hubiera casado con él. Si él no hubiera sido el libertino impenitente que era y no la hubiera seguido a esa habitación aquella noche, nada de esto habría sucedido.

Tantos "si tan solo" que se volvería loco si seguía pensando en ellos.

No podía quedarse aquí. Necesitaba salir para tomar aire fresco y perspectiva sobre qué haría con su esposa y sus exigencias hacia él.

Sin dudarlo, saltó de la cama y se vistió rápidamente con el atuendo que había llevado al baile de esta noche. Se dirigiría a su club o al garito de Blackhaven. A cualquier lugar, siempre y cuando dispersara lo que su mente conjuraba en cada momento de vigilia.

La imagen de su esposa en su cama, dócil y dispuesta a hacer cualquier cosa que él deseara. Siempre y cuando le permitiera quedarse cálida en su cama.

Salió a zancadas de su habitación y oyó que se abría la puerta de la habitación de Daphne. —Renford —ladró ella—. ¿Adónde vas? —le gritó.

—Fuera. Necesito aire —dijo él, mirándola de reojo mientras giraba hacia las escaleras. El dolor que arrugó sus facciones desgarró su alma, y se obligó a bajar los escalones, a moverse hacia la puerta principal y la libertad que prometía.

No esperó a que el lacayo la abriera ni ordenó que trajeran su carruaje de las caballerizas. Simplemente pasó junto a su sirviente y la abrió él mismo de un tirón.

El aire fresco le golpeó el rostro y respiró hondo, forzando el aire frío profundamente en sus pulmones. Un coche de alquiler dobló la esquina y él se dirigió a la calle, haciéndole señas. —Al East End —ordenó, subiendo al carruaje y desplomándose contra los cojines.

Iría a perder varios cientos de libras en el garito, bebería licor y se perdería durante varias horas. Al menos cuando bebía en exceso, era menos probable que soñara.

Daphne no lo entenderá...

No, no lo entendería, pero ¿qué podía esperar? Él no había querido una esposa, y había sido honesto sobre ese hecho mucho antes de que los atraparan a solas. Este era el tipo de matrimonio que muchas damas nobles soportaban, y Daphne pronto se acostumbraría a lo mismo. No podía esperar más. Él no podía cambiar.

La guerra lo había cambiado lo suficiente, y nunca volvería a ser el mismo.

CAPÍTULO
DIECIOCHO

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Daphne no pudo mirar a su marido mientras él se sentaba a la cabecera de la mesa del comedor, aparentemente ajeno a lo que había hecho. O quizás sí lo sabía después de su partida a altas horas de la noche y no le importaba cómo se sentía ella al respecto.

Picoteaba sus huevos, metiéndoselos en la boca con poco decoro mientras pensaba en todas las formas en que podría herirlo con los cubiertos que tenía en la mano.

Incluso ahora, sus ojos se sentían pesados y le escocían por las muchas lágrimas que había derramado. ¿Cómo pudo haberla despedido así la noche anterior? Enviándola fuera de su habitación momentos después de haber sido íntimos. Y no solo eso, sino que luego salió de la casa para ir a quién sabe dónde.

—Estás callada esta mañana, Daphne. ¿Está todo bien contigo? —preguntó él.

Ella resopló y dejó caer su tenedor sobre la mesa con estrépito.

—¿De verdad me estás preguntando eso? ¿Después de cómo me trataste anoche? Nunca me he sentido más como una ramera en mi vida. Pero quizás eso es lo que quieres. Ciertamente te escabulliste de la casa lo suficientemente rápido después de que dejé tu habitación. Eso me hace pensar que apenas quedaste satisfecho.

El semblante de Renford pasó de una emoción a otra antes de mirar a los dos lacayos que les servían.

—Déjennos, gracias —ordenó—. Cierren la puerta al salir —ladró como una ocurrencia tardía.

La miró fijamente durante varios momentos, y Daphne se negó a apartar la mirada. Ella podía mirarlo tan bien como él a ella, y después de la noche anterior, no escucharía ni toleraría ninguna de sus excusas. Nadie podía excusarse por tratar a su esposa de manera tan vergonzosa.

—Le ruego me disculpe, señora —dijo él, con un tono carente de emoción—. Nunca hice tal cosa.

Ella negó con la cabeza, preguntándose si había perdido la memoria en las pocas horas que había estado fuera de casa.

—Después de ser íntimos, me echaste de tu habitación mientras aún intentaba recuperar el aliento —espetó—. ¿Fueron tus aventuras al aire libre tan embotadoras que olvidaste lo que

hiciste? ¿O cómo crees que me hizo sentir esa petición? —Quería que él reconociera que había sido cruel, insensible y frío.

Por qué, no lo sabía, pero quería que lo hiciera. No quería que su matrimonio continuara de esta manera. Pasar de hablar como iguales un momento a ser fríos y distantes al siguiente.

—Tienes pesadillas. Lo entiendo. Pero seguramente, si yo estuviera contigo, para despertarte en el momento en que empiezan, sería mejor para ti. Al enviarme lejos, no veo cómo eso es útil.

—Es útil para mí, ya que me permite dormir bien, sabiendo que no puedo hacerte daño a ti ni a nadie. Mira lo que pasó anoche. Podría haberte cortado la garganta sin siquiera saberlo. Ahora mismo, podrías estar muerta. ¿Es eso lo que quieres?

—Por supuesto que no es lo que quiero —argumentó ella—. Pero me escuchaste. Creo que deberías dejar de dormir con un arma y dormir conmigo en su lugar. No estar solo nunca más.

No es que supiera por qué tenía tales sueños, pero ¿qué daño haría cambiar la forma en que una persona vive, intentar ver si esa modificación aliviaba el problema?

—Creo que estás usando tus pesadillas para mantenerme alejada de ti. Sé que no querías el matrimonio, pero estamos casados, y no me gusta que me envíen lejos como un sucio secretito que estás tratando de ocultar a nuestro personal.

Él miró fijamente su desayuno, y ella pudo ver el músculo de su mandíbula trabajando mientras asimilaba y pensaba en lo que ella había dicho. ¿Le estaba haciendo algún sentido? Eso no lo sabía, pero esperaba que así fuera.

—Yo no quería casarme contigo más de lo que tú querías casarte conmigo, pero ahora somos marido y mujer. No puedo sentir que estoy haciendo algo malo si me quedo dormida en tus brazos.

—No quiero que te sientas así, Daphne. Solo quiero que permanezcas a salvo.

—¿Qué ha pasado para que no esté a salvo en los brazos de mi marido, Corey? Por favor, dímelo para que pueda entender —le suplicó.

Él se pasó una mano por el pelo y suspiró.

—No puedo decírtelo, y por favor no me lo preguntes de nuevo. No es un tema debatible.

—¿No es un tema debatible? ¿Y eso por qué? —Empujó su silla hacia atrás y arrojó su servilleta sobre la mesa antes de dirigirse hacia la puerta—. Voy a salir —dijo, sin molestarse en desearle un buen día o explicar a dónde iba antes de abrir la puerta de un tirón.

Cuando no escuchó sus pasos venir tras ella, le pidió a una criada que le trajera su sombrero y sus guantes. En cuestión de minutos, salió de la casa y se encaminó por Mount Street. Caminaría hasta la cercana Berkeley Square y se calmaría. Intentaría apaciguar su temperamento.

Renford era tan frustrante, y ella no estaba segura de qué hacer o decir para que confiara en ella. Apenas una semana de matrimonio y ya estaban discutiendo. ¿Cómo sobrevivirían el resto de sus vidas?

—¿Su Gracia?

Se dio la vuelta y maldijo interiormente al ver a Monsieur Caddel caminando decididamente

hacia ella, su sombrero de copa y bastón resonando ruidosamente en el camino empedrado.

—Monsieur Caddel —dijo a modo de saludo, aunque en realidad quería decirle que se largara y la dejara en paz. Lo último que le apetecía hacer en ese momento era ser educada con el sexo opuesto y hacer charla trivial. No tenía interés en hablar con nadie del sexo opuesto—. Qué gusto verle.

Su amplia sonrisa le pareció demasiado exagerada para su gusto, y por nada del mundo pudo forzar una en su propio rostro.

—Es excelente, en efecto. No sabía que vivía cerca —dijo él, mirando alrededor como si buscara la ubicación de su casa.

—Vivimos en Mount Street —dijo ella—. Esa es la residencia ducal de los Renford justo allí —señaló—. Lo ha sido durante cientos de años, o eso me han dicho.

—¿Cómo está el duque esta mañana, Su Gracia?

El estómago de Daphne se contrajo, y aunque no quería pronunciar las siguientes palabras, sabía que debía hacerlo.

—Está muy bien, Monsieur Caddel. ¿Hay alguna razón por la que lo pregunta?

—Hmm, bueno, no creo que sea mi lugar decirlo, Su Gracia. —Miró hacia adelante, frunciendo el ceño, y ella supo que cualquier cosa que quisiera decirle no sería de su agrado.

—¿Le gustaría caminar conmigo? —le preguntó, sin querer ser descortés, pero necesitando caminar. Siempre que tenía un problema que no podía resolver cuando estaba en Grafton, un buen paseo enérgico la ayudaba, y no quería detenerse a charlar. Pero caminar y charlar sí podía hacerlo.

—Vaya, gracias, Su Gracia. Sería un placer. —Caminaron en silencio durante un minuto más o menos, y Daphne se negó a preguntar más sobre lo que se había visto hacer a su marido que haría que Monsieur Caddel dijera tal cosa sobre Renford. Si tenía la intención de decírselo, lo haría pronto.

—Creo que un paseo es justo lo que necesito, Su Gracia. Debo admitir que estuve fuera hasta altas horas de la madrugada. Londres tiene muchas diversiones, ¿no es así? —afirmó.

—Así es —concordó ella—. Sin embargo, yo me acosté a una hora razonable. El baile de anoche estuvo muy concurrido.

—Sí, sí lo estuvo. —Hizo una pausa—. Sin embargo, vi al duque más tarde. No parecía nada cansado cuando lo vi en el garito de Blackhaven. Todo lo contrario, de hecho.

El temperamento que Daphne había estado luchando por contener comenzó a hervir una vez más, y tomó una profunda y calmante respiración. Renford no se atrevería a dejarla en ridículo además de echarla de su habitación como a una amante de alquiler. Pero entonces, después de su obstinación esta mañana, había poco que no creyera que pudiera hacer, especialmente cuando intentaba evitar la culpa.

—El duque tiene muchas exigencias sobre su tiempo.

—En efecto. —Monsieur Caddel se rio entre dientes—. Son los primeros días de su

matrimonio, Su Gracia. Estoy seguro de que tales escapadas no son más que problemas de adaptación que pronto superarán.

Daphne se detuvo en la acera y miró a los ojos de Monsieur Caddel. —Me disculpo por lo que estoy a punto de decir, Monsieur. Pero no soy una persona a la que le guste ir a tientas por la vida e intentar encontrar la verdad a través de diálogos turbios. Si tiene algo que decirme con respecto a Renford, por favor, hágalo. Si no, cambiemos de tema y continuemos nuestro paseo para que pueda disfrutar de mi tiempo al aire libre.

Él asintió e hizo un gesto para que continuaran, pero su silencio fue breve. —Espero que seamos amigos, Su Gracia, aunque no nos conozcamos desde hace mucho tiempo, y por lo tanto no deseo que lo que estoy a punto de decir la moleste. Nunca desearía eso —dijo, extendiendo la mano y tomando la de ella.

Daphne tragó el temor que se le formó en la garganta. ¿Qué sabía él que parecía tan serio y grave? ¿Qué había hecho Renford?

—Pero me lo dirá de todos modos, ¿no es así? —dijo ella, sabiendo que lo haría.

—Todo lo que diré es que el duque parecía tener las manos ocupadas anoche, y eso no es lo que usted merece como su nueva duquesa. Conozco su reputación, ¿sabe?, como estoy seguro de que usted también. Pero incluso con todo eso dicho, esa no es forma de tratar a una esposa. Especialmente a una duquesa tan hermosa y de buen corazón como usted.

CAPÍTULO
DIECINUEVE

COREY IBA A MOLER a golpes al pequeño francés. Se encontraba en la acera, intentando alcanzar a Daphne cuando notó que Monsieur Caddel se dirigía directamente hacia ella.

Se quedó observando un momento y sintió que la ira le recorría la espalda cuando el sinvergüenza le tomó la mano y la colocó en su brazo.

Como si tuviera derecho. Corey dio media vuelta y regresó a casa. Podía esperar para hablar del asunto con Daphne cuando ella volviera de su salida.

¿Habría planeado encontrarse con Monsieur Caddel desde el principio? ¿Habría algo más en su amistad de lo que ella le había hecho creer? Llegó a los escalones de su casa y se detuvo, mirando hacia atrás en su dirección. Continuaban paseando cada vez más lejos sin pedir permiso, y tragándose su molestia, los dejó a sus anchas.

—Ha llegado una misiva para usted, Su Gracia. La he dejado sobre su escritorio —dijo Thomas.

—Gracias —Corey se dirigió hacia la biblioteca. Cerró la puerta y se sirvió un gran vaso de whisky. Era temprano, sí, pero después de ver a Daphne en un agradable paseo con otro hombre, necesitaba un poco de líquido tranquilizador.

Se dejó caer en su sillón y rompió el sello del mensaje. El papel de alta calidad, utilizado solo por el Gobierno británico, hizo que se le erizara el vello de la nuca. No es que los civiles supieran tales detalles. Solo aquellos que habían trabajado en sus filas, como él, lo sabían.

Renford:

Hay informes de un espía francés circulando en Londres. Recibe este mensaje para notificarte de tal información, y te sugerimos que tomes esta advertencia con gran interés. El hombre en cuestión se considera francés, pero también podría tener ascendencia española. Nuestro informe sugiere lo primero y posiblemente sea un pariente del difunto Marqués William Laurier. Procede con cautela. No viajes solo ni desarmado. Según el protocolo, quema esta misiva una vez que hayas terminado de leerla.

Corey se recostó en su sillón. Miró fijamente la nota durante varios minutos, asimilando todo lo que decía antes de arrugarla en su mano y llevarla al fuego. Usando una vela cercana, encendió el pergamino y observó cómo se convertía en cenizas en la rejilla.

¿Un espía francés en Londres? La idea lo inquietaba. Tal vez debería regresar a Grand Oaks. Allí podría controlar mejor quién entraba en sus tierras y visitaba su finca. Aquí en Londres, cualquiera podía presentarse. No era ningún secreto dónde se encontraba la residencia ducal de Rendford. Había estado en el mismo lugar durante cientos de años. Cualquiera podría atacarlos antes de que hubieran dado dos pasos fuera.

Daphne nunca había pensado en quedarse en primer lugar. Si no los hubieran atrapado, ya estaría de vuelta en Grafton. Seguramente se molestaría si abandonaban Londres y regresaban a Kent.

Después de todo, no había visto su nuevo hogar, y tal vez sería bueno para ellos pasar algún tiempo a solas. Él dormía mejor en el campo y no lo atormentaban las pesadillas cada noche. Quizás discutirían menos sobre sus reglas si ella estaba ocupada dirigiendo la finca como le exigía su posición.

Volvió a su escritorio y se sentó. Durante varios minutos bebió a sorbos su whisky, golpeando la pluma en el tintero sin usarla. Un pensamiento tan alarmante en su posibilidad cruzó por su mente, y el golpeteo se detuvo.

Monsieur Caddel.

Francés.

Nuevo en Londres.

Entrecerró los ojos. Seguramente el espía no se atrevería a fingir ser parte de la aristocracia. Pero entonces, un pariente de William Laurier, a quien él había matado, era parte de la antigua nobleza francesa. Tal vez estaban emparentados. Ciertamente le permitiría deslizarse en la alta sociedad londinense sin levantar demasiadas cejas. Si uno podía hablar y adular tan bien como los de la clase alta, no sería tan difícil engañarlos.

Ni siquiera a él, un espía.

Sin demora, se levantó y salió a grandes zancadas de la biblioteca. Un lacayo se puso firme ante su repentina aparición. —No permita que nadie nos visite a partir de hoy. No estamos en casa si alguien pregunta. Por favor, informe al personal y a Thomas que partimos hacia Kent antes de que termine la semana —ordenó Renford antes de marcharse.

Con largas zancadas, se dirigió hacia la puerta principal, que un lacayo se apresuró a abrir para él. Comenzó a caminar de vuelta hacia donde había visto a Daphne por última vez y no pudo verla a lo lejos.

No estaba a la vista por ninguna parte. Empezó a caminar por Mount Street, y no fue hasta que dobló hacia Berkeley Square cuando por fin la divisó. Se detuvo en seco cuando un carruaje muy pulido se detuvo junto a Daphne y Monsieur Caddel.

Con incredulidad, observó cómo ella tomaba la mano del francés y subía al vehículo.

—¡Daphne! —gritó, esperando que lo oyera. No fue así. Pero Corey tuvo la clara impresión de que Monsieur Caddel sí lo había oído. Su sonrisa petulante y conocedora se lo confirmó antes de que se uniera a su esposa en el interior.

Renford comenzó a correr, sin importarle su apariencia. Un duque, un caballero, persiguiendo un carruaje. Pero ese carruaje llevaba a su esposa y a alguien que, en este momento, podría estar a solas con un espía francés. Un hombre que sin duda deseaba hacerle daño, debido al daño que Corey había causado en Francia. Pero maldita sea si permitía que ella resultara herida por algo que él había hecho.

El carruaje avanzó y, por más que intentó alcanzarlo, no pudo acortar la distancia entre él y el vehículo. Se detuvo y se inclinó, apoyándose en sus muslos, tratando de recuperar el aliento.

No se permitiría pensar lo peor. El hecho de que Monsieur Caddel estuviera en Londres y fuera francés no significaba que fuera un espía francés. Había varios franceses en Londres que habían viajado al extranjero, esperando avanzar después de la guerra.

Aun así, algo en Monsieur Caddel no le cuadraba a Corey. ¿Por qué estaba tan obsesionado con Daphne, para empezar? ¿Era porque era encantadora, apasionada y divertida, o porque era la esposa de Renford?

Si era por lo último, eso solo significaba una cosa. El espía francés sabía quién era él y qué papel había desempeñado en la guerra. Y eso en sí mismo era preocupante.

No solo para hoy, sino para el futuro de ambos, él y Daphne.



DAPHNE INTENTÓ RELAJARSE e ignorar que no debería estar en un carruaje con un hombre que no era su esposo. Pero su discusión sobre el último libro de Catherine Cuthbertson, The Countercharm, se había convertido en una idea de visitar Hatchards para ver qué más había de nuevo para leer. Y así, aquí estaban ambos, dirigiéndose juntos a la librería.

No es que fuera a regresar a casa con Monsieur Caddel. Eso nunca estaría bien, y no quería molestar a su esposo más de lo que ya lo había hecho esta mañana después de su discusión.

Improbable, ya que tienes otras cosas que discutir con él.

Un punto principal de discusión era dónde había estado anoche y con quién. ¿Qué era lo que había dicho Monsieur Caddel? El duque parecía tener las manos llenas.

¿Qué significaba eso? Nada bueno según su estimación.

Daphne miró por la ventana mientras Monsieur Caddel parloteaba sobre los géneros de novelas que disfrutaba, pero su mente divagaba. ¿Acaso Renford, apenas una semana después de su matrimonio, ya había tenido a otra calentando su cama? Hablando figuradamente, por supuesto. Estaba segura de que no había vuelto a casa con nadie, sino que había dormido con ellos en otro lugar.

No es que fuera a admitir que se había quedado despierta para oírlo regresar. Daphne suspiró internamente. No solo se había quedado despierta, sino que había estado atenta a cualquier pesadilla más que pudiera sufrir después de tambalearse hasta su habitación al amanecer.

Por qué le importaba, no podía entenderlo. No debería importarle en absoluto. Él era distante

y frío en un momento, pero luego, cuando estaban solos, era todo lo contrario. Todo fuego y luz. De buenas conversaciones y dulces gestos.

¿Cómo podía un hombre ser tan diferente dentro de su misma coraza?

—¿Le he dicho que se ve muy atractiva hoy, Su Gracia? Le quita el aliento a un hombre —dijo Monsieur Caddel, con la voz más baja que Daphne le había oído jamás.

Ella encontró los ojos de Monsieur, sin favorecer el cumplido, pero decidiendo tomarse la situación a la ligera en lugar de reprenderlo.

—Debería dirigir sus halagos a otra parte, Monsieur. Me temo que conmigo caen en saco roto —dijo, esperando que eso pusiera fin a su intento de coqueteo.

—Al contrario, Su Gracia. Siempre digo la verdad, de eso puede estar segura, no solo en los halagos, sino en la vida en general —explicó él.

Daphne le lanzó una sonrisa cautelosa. ¿Estaba tratando de decirle que lo que había visto del duque anoche era cierto? ¿Que Renford había estado con otra mujer, y por eso tenía las manos llenas?

Llenas del botín de una ramera.

Quizás incluso ahora, la estaba preparando para ser su amante.

El bastardo.

Se mordió el interior del labio, obligando a sus ojos, que empezaban a escocer con lágrimas, a dejar de lagrimear. No sería una esposa celosa y quejumbrosa. Si él tenía una amante, no moriría por ello. Había muchas esposas en Londres que sufrían tales destinos.

Ella simplemente no quería ser una de ellas...

Daphne suspiró y miró por la ventana, la idea de viajar a Hatchards ya no tan prometedora como antes. No quería que Renford tuviera una amante.

Quería ser la única mujer que calentara su cama. ¿Cómo podría ganarse su confianza, su amor, si no estaban juntos? Si él seguía alejándola y reemplazándola con mujeres sin nombre, su matrimonio fracasaría, y ella habría estado mejor dejando que el escándalo la arruinara.

Al menos podría haber regresado a Grafton y vivido el resto de sus días sola y sin dolor de corazón.

—Si usted fuera mi esposa, Su Gracia, nunca permitiría que la melancolía que parece estar sufriendo ahora apareciera en su hermoso rostro. Es un crimen ver que es así —dijo él.

Daphne golpeó el techo del carruaje, y este se detuvo bruscamente.

—¿Qué está haciendo, Su Gracia? —preguntó Monsieur Caddel, con los ojos abiertos de asombro.

—Bajándome —dijo ella, abriendo la puerta y haciendo lo que había dicho—. Olvidé que tengo otra cita, Monsieur. Discúlpeme. Buenos días. —Se alejó en la dirección de la que venía.

De vuelta hacia Renford, a quien no se le permitiría alejarla tan fácilmente. Nunca más.

CAPÍTULO
VEINTE

DAPHNE REGRESÓ a casa para encontrar a Renford paseando por la biblioteca y casi dejando una marca en la alfombra Aubusson.

La visión de él despeinado, con una fina capa de sudor en la frente, la hizo detenerse. ¿Qué le pasaba?

—¿Renford? —preguntó con cautela, permaneciendo en el umbral.

Él se volvió hacia ella, la sorpresa y luego el alivio cruzaron sus facciones antes de que su boca se tensara en una línea de desagrado.

—¿Monsieur Caddel, Daphne? ¿Es con él con quien me harás quedar como un tonto? No quiero que lo vuelvas a ver.

A Daphne no le importaba si volvía a ver a Monsieur Caddel o no. Pero que Renford diera órdenes como si ella debiera obedecerlas sin decir una palabra sobre el motivo era otra cuestión completamente distinta.

Entró en la habitación, paseó por las estanterías y fingió buscar un tomo para leer.

—¿Me estabas espiando? —le preguntó.

Él pareció desconcertado por su pregunta antes de recuperarse y controlar sus emociones.

—No confío en él, y no lo recibiremos hasta que sepa más sobre ese hombre.

—Quieres decir que yo no debo recibirlo, mientras tú puedes entretenerte a todas horas de la noche. ¿Qué tal estuvo la casa de juego, esposo? ¿Lo disfrutaste? —preguntó ella, queriendo saber qué había estado haciendo después de salir de casa.

—¿Cómo sabes dónde estuve? —Entrecerró los ojos antes de sacudir la cabeza—. Ah, sí, lo recuerdo. Monsieur Caddel me vio en Blackhaven's la otra noche. Imagino que estaría encantado de contarte sobre mi velada. ¿Exageró mucho? —le preguntó.

Ella se cruzó de brazos y se apoyó contra la estantería, odiando que él se burlara de sus emociones. Que restara importancia a lo que había hecho como si no fuera nada. ¿Era el hombre realmente tan frío? ¿No tenía corazón en absoluto?

—Parecías un duque muy popular por lo que he oído. Tu regazo estuvo ocupado según todos los informes.

—¿Ah, sí? —afirmó. Empezó a acercarse a ella, y el impulso de huir ardió con fuerza en su

sangre. Daphne levantó la barbilla y se mantuvo firme. No se iría. Ella no había sido quien había obrado mal, Renford lo había hecho, y necesitaba explicarse.

—Monsieur Caddel tiene razón. Muchas damas ejercieron su oficio ante mí.

La ira que bullía empezó a hervir y fue casi insoportable. Se aferró a la estantería detrás de ella, obligando a sus manos a no arañar los ojos de su marido, que se atrevía siquiera a mirar a otra mujer.

Quisiera o no, era su marido, y ella no disfrutaba la idea de que fuera íntimo con nadie más.

No lo amas. ¿Qué importa?

Cerró los ojos un momento, insegura de si ese era el caso. Renford era un hombre devastadoramente apuesto. Tenía un aire peligroso que hacía que la mayoría de las mujeres notaran su presencia. Sin mencionar que su cuerpo estaba cincelado junto a los dioses y su rostro hacía palidecer a los demás en comparación.

Pero, ¿celosa? No sería una de esas esposas que entraban en el matrimonio con un entendimiento mientras todo el tiempo deseaban más.

Ya deseas eso.

Ignoró su pensamiento rebelde, sabiendo que él no le daría más. Él mismo lo había dicho, y era absurdo estar enojada con él por hacer lo que siempre dijo que haría.

—¿Cuál es tu nueva amante? ¿Nos presentarás? —preguntó, sin ocultar el sarcasmo en su tono.

Él se rió, el sonido profundo y ronco. El fondo de su estómago se contrajo, y tragó saliva, presionándose más contra la estantería cuando él se paró frente a ella.

Sus brazos la rodearon, acorralándola contra la estantería. Él se rió, pero el sonido no tenía alegría.

—Mi querida esposa. La única mujer que quiero follar eres tú.

Daphne se quedó boquiabierta, sin haber esperado tal respuesta. ¿Realmente quería decir lo que decía? ¿No había pasado nada en absoluto y Monsieur Caddel la estaba poniendo nerviosa por nada?

El matrimonio, forzado como era, podría haber comenzado en circunstancias tensas, pero ella no quería que eso continuara. Quería una vida con el hombre que tenía delante. Estaban casados y tenían que intentarlo.

—¿Así que no hiciste nada con nadie más? —preguntó, luchando por ocultar el hecho de que la respuesta a su pregunta podría cambiarlo todo para ambos.

Si él fuera infiel, significaría el fin de cualquier tipo de matrimonio tranquilo o uno que se fortaleciera con respeto. Todo eso se eliminaría con un golpe infame de su infidelidad.

—Lo intentaron —admitió—. Les di dinero y las envié por su camino.

Sin previo aviso, la levantó y la sentó en el estante de la biblioteca, colocándose entre sus piernas. Subió su vestido de paseo por encima de sus rodillas, sus grandes manos acariciando sus muslos.

El calor se acumuló en su centro y, sin que se lo pidieran, abrió las piernas para él. Encontró su mirada y lo alcanzó.

Se unieron en una conflagración de deseo. Sus bocas se fusionaron, lucharon y se rindieron la una a la otra. Sus lenguas se retorcieron y se provocaron.

Daphne gimió, alcanzando sus calzones y abriéndolos de un tirón. En cuestión de segundos, él empujó dentro de ella, tomándola, penetrándola mientras su espalda presionaba contra una montaña de libros.

La trabajó, la tomó y poseyó cada parte de su cuerpo. Daphne luchó por no rendirse, por no darle poder absoluto sobre sus sentidos, pero fue inútil. Él solo tenía que mirarla, desearla de esta manera y ella iría a él, se rendiría ante él.

Le daría todo lo que él quisiera cuando él se negaba a hacer lo mismo por ella.

Corey no sabía qué le había pasado, pero necesitaba tener a Daphne. Necesitaba que su esposa se deshiciera en sus brazos simplemente para probar que estaba bien en casa y con él de nuevo.

Y no con el hombre que sospechaba que era un espía francés.

Ella le encajaba como un guante, tomaba todo lo que él le daba y se deleitaba con su tacto.

Nunca en su vida una persona había ocupado más espacio en su mente que la mujer en sus brazos. Necesitaba protegerla, mantenerla con él, a salvo de aquellos que pudieran hacerle daño.

—Acaba para mí —exigió, embistiendo con fuerza, tomándola con embestidas implacables. Sus testículos se tensaron y el placentero dolor que acompañaba al alivio tentó sus sentidos.

Estaba cerca, pero ella estaba más cerca, y quería verla deshacerse en sus brazos. Desmoronarse y darle lo que él quería.

Ella se retorció y arqueó la espalda. Sus manos exploraron su cuerpo, sus senos, sus caderas, sus piernas. Presionó sus labios contra la carne de su cuello y besó la suave piel bajo su oreja mientras sus manos la seducían con nuevos placeres.

Daphne mordisqueó sus labios antes de tomar su boca en un beso abrasador. Ella sabía tan dulce como el pecado, como miel y canela. Lo embriagaba como ninguna otra, y su cabeza daba vueltas con cada beso. Profundos y masculinos gruñidos de placer, los pequeños suspiros de la mujer, el húmedo golpeteo de la piel y el crujir de las tablas del suelo resonaban en la habitación, se arremolinaban y mezclaban en el sonido más placentero que jamás había escuchado.

Los primeros temblores de su orgasmo se contrajeron alrededor de su miembro y lo arrastraron a romperse cuando ella lo hizo. Derramó su semilla profundamente en su cuerpo. Puede que no pudiera darle su corazón, sus secretos, pero podía darle un futuro que era parte de lo que ella quería.

—¡Corey! —gritó ella, sus uñas marcando su espalda mientras se movía contra él, ondulando y tomando todo lo que podía de él. La satisfacción recorrió su columna. Luchó por controlar su respiración, recomponerse y volver a la tierra. No podía tener suficiente de Daphne. Por qué, incluso ahora, la vista de su cabello despeinado, sus mejillas sonrosadas por el esfuerzo y sus

labios hinchados por sus besos lo hacían desearla de nuevo.

Cuidado, Renford, o te enamorarás de tu propia esposa. Una mujer que nunca quisiste.

¿Sería tan malo si lo hiciera? No podía cambiar sus vidas ahora. Estaba escrito en piedra, pero eso no significaba que tuviera que ser miserable o aburrido.

Podía hacerla feliz y satisfecha en la mayoría de los aspectos. Ella solo necesitaba acostumbrarse a permanecer en su habitación en la oscuridad de la noche.

Donde estaba a salvo.

A salvo de él.

Encontró su mirada mientras ella lentamente recuperaba la compostura. Sus piernas cayeron de sus caderas y se deslizó de la estantería. —Ahora, esa es una forma mucho mejor de empezar el día. ¿No crees? —le preguntó, con una sonrisa juguetona en los labios.

Él no pudo negarse otro sabor de ella y rápidamente rozó sus labios contra los suyos.

—Mmm, estoy de acuerdo, Duquesa. ¿Oscureceré tu puerta cada mañana si lo deseas? —preguntó, esperando pero sin esperar recibir tales ventajas de estar casado.

—Quizás —dijo ella, empujando su pecho y pasando junto a él—. Si no me disgustas dejando que damas de la noche se sienten en tu regazo otra vez. Eres mi esposo, y solo yo tengo derecho a estar ahí.

La idea tenía mérito, y su miembro se estremeció. Podía imaginarla cabalgándolo mientras él estaba sentado, simplemente a merced del maravilloso y placentero viaje. —Puedo estar de acuerdo con eso —dijo, sin querer los servicios de una amante en ningún caso. No cuando su esposa estaba más que dispuesta y era capaz de satisfacer todos sus caprichos.

CAPÍTULO
VEINTIUNO

La tarde siguiente, Daphne estaba sentada en el salón, revisando una multitud de invitaciones que habían llegado en el correo de la mañana, tratando de decidir a qué bailes y cenas asistir la semana siguiente.

No había visto a Renford después de la cena de la noche anterior. Se había distanciado nuevamente y se había retirado a su biblioteca, alegando papeleo como excusa para no asistir al baile de los Fairchild.

No es que Daphne hubiera tenido ganas de ir de todos modos. Su cuerpo aún vibraba por su espontáneo acto amoroso en la biblioteca, y no deseaba particularmente enfrentarse a Monsieur Caddel y explicar su apresurada partida.

Estaba sentada en el sofá, y frente a ella había una pequeña mesa. Sobre ella, ordenadas por fecha, estaban las invitaciones que habían recibido. Había más de una para ciertas noches, y sería difícil asistir a todas, pero tampoco deseaba ofender a nadie, especialmente siendo tan nueva en su papel de duquesa.

—Ah, aquí estás —dijo Renford, entrando a zancadas en la habitación y sentándose junto a ella. Echó un vistazo a las invitaciones y las señaló con un gesto de la mano—. No hace falta que te molestes más con esas. Nos vamos a Kent mañana. Ya he informado a tu doncella, y tus baúles se están empacando mientras hablamos.

Daphne se volvió para mirarlo, sin saber si debía sentirse complacida o inquieta por el giro de los acontecimientos. Suponía que nunca había aspirado a asistir a la temporada londinense, y había viajado poco en sus veintinueve años.

—¿Tu finca en Kent, Grand Oaks? ¿Cuánto tiempo nos quedaremos? —preguntó, pensando en todas las responsabilidades que enfrentaría allí. Tendría que conocer al personal y visitar el pueblo local. Tal vez hubiera una pequeña escuela parroquial donde pudiera ofrecerse como voluntaria. Y si no, siempre existía la posibilidad de iniciar una para ayudar a los niños.

—Hasta la temporada del próximo año. A menos que te aburras de Kent, entonces podemos viajar a la ciudad. O a otros lugares, si lo deseas. Solo tienes que pedirlo.

¿Viajar? ¿A otros lugares? —¿Te refieres al extranjero, Excelencia?

Él frunció los labios, inclinando la cabeza hacia un lado pensativo. —A cualquier parte

menos Francia. Ya he tenido suficiente de ese país.

Daphne frunció el ceño, preguntándose por qué sería así. —Pero has estado en Kent todos estos años. ¿Por qué no desearías visitar Francia?

Él se aclaró la garganta, ganando tiempo. —Solo quise decir, por supuesto, que simplemente no deseo ver más franceses de los necesarios en este momento.

Ella lo observó, sin estar segura de si creía lo que decía, pero dispuesta a dejar de lado su curiosidad. —¿Nos llevará mucho tiempo llegar a la finca?

—Cambiaremos de caballos en varios lugares a lo largo del camino, pero descansaremos una noche en Tunbridge Wells y terminaremos nuestro viaje al día siguiente. Deberíamos llegar a Grand Oaks para el almuerzo, creo.

—Estoy deseando volver al campo. De hecho, si vamos a estar allí durante algunos meses, tal vez podría encontrar alguna ocupación además de esposa y duquesa para mantenerme entretenida —sugirió.

Él se recostó en el sofá y cruzó las piernas. Se veía tan informal pero tan refinado que le hacía doler el pecho. Dudaba que ella alguna vez se viera así. Ciertamente, antes de convertirse en duquesa, no lo hacía. Si usara sus atuendos de campo en Londres, estaba segura de que nadie volvería a hablarle.

—¿Qué te gustaría hacer? —preguntó él.

Daphne se acomodó en la silla y lo miró. —Quiero ayudar a los niños de la escuela como lo hacía en Grafton, el pueblo donde vivía.

—Sé en qué pueblo vivías, Daphne —dijo él, con tono de reproche.

Ella se encogió de hombros, sin estar segura la mayoría de las veces de qué escuchaba él y qué no. —Me gustaría hacer lo mismo en Kent. Enseñar letras y números me daba un propósito, y sentía que estaba contribuyendo en algo, ayudando a los niños a superarse. Podríamos hacerlo desde la iglesia, como lo hacía en Grafton. ¿Te importaría si buscara tal ocupación? —preguntó, esperando que no se lo negara.

—Creo que es una idea maravillosa, y sé que no hay una ya establecida. Que los niños tengan lecciones y estén fuera de las faldas de sus madres por un día, creo que te convertirá en una duquesa muy popular.

Daphne se rio, deseando que siempre pudieran hablar así y con tanta facilidad entre ellos. Él era tan cambiante que nunca estaba segura de qué esperar de él de un día para otro. ¿Estaba feliz o receloso? ¿Seductor o suspicaz?

—Gracias por tu comprensión, Excelencia. Ahora estoy aún más emocionada por ver dónde creciste.

—Y yo estoy deseando tenerte bajo el techo de Grand Oaks. Solo para mí, sin las distracciones de la temporada que te alejen.

Daphne suspiró para sus adentros. ¿Por qué no podía ser tan dulce y tierno todo el tiempo? Pero, tal vez cuando estuvieran en casa, vería que podía confiar en ella, depender de ella más que

de nadie, y sus reglas del dormitorio que le negaban la entrada serían anuladas.

Solo podía esperar que ese fuera el caso.

Él continuó mirándola, y algo en sus ojos la hizo olvidar de lo que estaban hablando y cambiar a algo mucho más agradable.

—Parece que estás pensando en cosas, Excelencia. ¿Te importaría decirme en qué? —preguntó audazmente.

Él miró por encima de su hombro hacia la puerta y vio a un lacayo parado allí. —Cierra la puerta, gracias —ordenó. Un momento después, estaban encerrados en el salón.

Solos.

—No estoy pensando nada noble, Excelencia —respondió, empujándola hacia atrás en el sofá y colocándose entre sus piernas—. Y ahora verás a qué me refiero con eso.

A Corey se le hacía la boca agua al ver a su esposa. Estaba absolutamente encantadora sentada en el salón, revisando invitaciones, mordiéndose el labio inferior mientras pensaba a qué eventos asistir.

Durante varios momentos se había quedado en el umbral, observándola, simplemente disfrutando de la vista de Daphne.

Ella no era consciente de lo hermosa que era. Cuán encantadora y amable, incluso si a veces discutía con él.

—¿Qué estás haciendo? —apartó las manos de él de su vestido, que estaba ocupado levantando hacia su cintura.

—Necesito probarte —dijo él, esperando que ella aceptara o rechazara su petición.

Sus ojos se entrecerraron, pero en un momento, se relajó y se recostó contra el sofá. Él no pudo contener la sonrisa que elevó sus labios mientras se acomodaba.

—Solo disfruta, Duquesa —dijo, separando su carne húmeda antes de besarla en sus lugares más íntimos.

Ella empujó contra sus hombros, y él cedió, permitiéndole ganar un poco de control. —No puedo. Esto es demasiado escandaloso, incluso para ti. —Hizo una pausa, mordiéndose el labio una vez más—. ¿Seguro que esto no es posible o deseado por ti?

Él se rio entre dientes. —Oh, quiero hacerlo. Te equivocas en eso, querida. Déjame darte placer. No te decepcionarás. Lo prometo —aseguró.

Ella se relajó de nuevo, y él fue más despacio esta vez, deslizando su lengua por su carne, inhalando su aroma, succionándola con moderación. No le tomó mucho tiempo caer en un ritmo, relajarse ante sus atenciones antes de que estuviera retorciéndose en el sofá, sin importarle quién pudiera oír.

Sus dulces gemidos y suspiros de deleite llenaron la habitación, y él provocó su carne con una cadencia implacable. Introdujo uno, luego dos dedos en ella, y se deshizo debajo de él. Cabalgó sus dedos como si fuera su miembro en su lugar. Él la succionó, la saboreó mientras ella disfrutaba del placer que le otorgaba.

—Te necesito, Corey. Por favor —le suplicó.

No necesitó más instrucciones. Desgarró sus pantalones y se colocó sobre ella, uniéndose a ella con una necesidad frenética. La penetró, embistió en ella, dio tanto como ella, y se corrió. Duro y rápido en su dispuesto coño.

Permanecieron entrelazados, sin aliento durante varios minutos antes de que, con pesar, él se sentara y arreglara su ropa. Miró a Daphne, quien no se movió tan rápido como él, prefiriendo dormitar un poco en el sofá.

—Te ves completamente arruinada y satisfecha, y debo decir que es una vista muy bonita —dijo él.

Ella sonrió y se sentó lentamente, deslizando su vestido sobre sus piernas como si no acabaran de follar como dos bestias incontrolables. —Espero que vengas a buscarme en días hermosos como este cuando estemos en Kent. ¿Me imagino que tengo un salón en Grand Oaks? —preguntó en tono de broma.

—Hay dos salones, un salón de baile, una biblioteca, un comedor, un invernadero, una sala de música, una galería, múltiples dormitorios y cuartos de niños. Tantos lugares donde podemos desaparecer para disfrutar de la compañía del otro como acabamos de hacer. —Ya la deseaba de nuevo, y no podía comprenderlo.

¿Qué hacía a Daphne tan diferente de todas las demás mujeres con las que había estado? Sabía que desde el momento en que la había visto en el baile de Dame Plaisir, ella lo atraía más que la mayoría, pero ¿por qué?

Tal vez era simplemente porque ahora era su esposa, lo que cambiaba las cosas entre ellos. O necesitaba sacarla de Londres y ponerla a salvo en Kent, donde nadie entraba a la propiedad sin que él lo supiera.

Tal vez, escándalo o no, te habrías casado con ella de todos modos... Tal vez, duque perverso, la amas...

El pensamiento lo hizo detenerse, y tragó el pánico que se elevó en su garganta. ¿Lo habría hecho? ¿La amaba? Miró a Daphne, revisando de nuevo sus montones de invitaciones, y no pudo imaginarla casándose con nadie más.

Sus manos se cerraron en puños sobre su regazo, y tomó un respiro calmante, la idea de que ella compartiera su cama, de que entregara su corazón a alguien que no fuera él, hacía que su estómago se revolviera.

CAPÍTULO
VEINTIDÓS

SEGÚN LO PLANEADO, a la mañana siguiente, partieron temprano hacia Kent en el carruaje ducal. Daphne solo había tenido tiempo de enviar varias cartas a sus amigos antes de partir, habiendo decidido quedarse en casa la noche anterior para asegurarse de que todo lo que necesitaría en el campo estuviera empacado.

La casa de Londres quedó cerrada, y no pasó mucho tiempo antes de que se dirigieran al carruaje que les esperaba afuera. En el interior, los sirvientes cubrieron los muebles con sábanas antipolvo en preparación para su partida.

La idea de viajar a Kent para ver la casa de Renford, y ahora la suya, hizo que la expectación la recorriera, y ni siquiera le importaba el largo viaje en carruaje, tan emocionada estaba por ver su nuevo hogar.

El hecho de que el duque le hubiera dado permiso para abrir una escuela para los niños locales significaba que tendría mucho que hacer cuando el duque estuviera ocupado con los asuntos de la finca.

Renford la ayudó a subir al carruaje, y ella acomodó sus faldas en el asiento, encontrándose con sus ojos y sonriendo cuando él se sentó frente a ella.

Era un hombre alto, y estiró sus largas extremidades, recostándose contra los cojines y recordándole cómo se veía ayer cuando la visitó en el salón.

El recuerdo de lo que habían hecho hizo que el calor palpitara entre sus piernas, y no pudo evitar preguntarse si tales cosas eran posibles en los carruajes. Después de todo, estaban sentados, y aparte del hecho de que se estaban moviendo, no había razón por la que no pudieran disfrutar de tales placeres.

Daphne luchó por desechar ese pensamiento rebelde. Sonaba como una mujer que se había obsesionado con su marido, lo cual podría ser un poco cierto. La noche anterior, cuando estaba segura de que el personal estaba acostado, se había escabullido de su habitación, deseando estar con Renford, solo para encontrar que su puerta estaba cerrada.

Había vuelto a su cama y poco después había escuchado que comenzaba su pesadilla y, esta vez, no intentó ayudarlo. No tenía sentido. Él parecía decidido a mantenerla a distancia, pero seguramente había una manera en que ella pudiera apoyarlo. Si tan solo él se lo permitiera.

Él bostezó, y ella sonrió, mirando por la ventana. Solo podía imaginar su sueño interrumpido después de los terrores de anoche.

—¿Cuánto falta para llegar a la posada? —preguntó.

—Unas cinco horas más o menos. Llegaremos poco después del almuerzo y descansaremos por la tarde. El viaje a Grand Oaks es más largo, y no creo que sea prudente viajar de noche.

—¿Hay salteadores de caminos en Kent? —preguntó, preocupada por la idea. Nunca había visto uno antes, nunca había tenido esa mala suerte, y tampoco quería tenerla.

—Varios han hecho notar su presencia, pero durante el día, normalmente todavía están sufriendo las consecuencias de sus borracheras nocturnas como para marcarnos como una conquista. Aun así, tenemos protección, tanto arriba en el pescante con el cochero como aquí dentro. Estamos bastante seguros.

No es que Daphne lo dudara. Sabía que, sin importar lo que Renford pensara sobre el tema, no haría nada para lastimarla y que la mantendría a salvo.

Viajaron durante algunas horas, y Daphne se despertó sobresaltada cuando el carruaje cayó en un bache particularmente profundo. Se acomodó en el asiento y se alegró de ver que Renford también había sucumbido al sueño y no la había visto casi caer al suelo.

Echó un vistazo por la ventana, la vista era mucho más bonita de lo que esperaba. Colinas verdes ondulantes, bosquecillos de árboles, un pequeño pueblo a lo lejos. Se preguntó quién vivía allí y cómo se desarrollaban sus vidas.

Renford se estremeció, su bota golpeando la puerta del carruaje. Daphne saltó y lo observó durante varios momentos para ver si se calmaba. Su rostro se contorsionó en una expresión de pura rabia asesina y determinación.

La inquietud se instaló en su estómago, y pensó en lo que podía hacer. Sus advertencias le hacían dudar de su capacidad para alcanzarlo, para ayudarlo cuando soñaba así, pero tenía que intentarlo.

—Corey, estoy aquí. Estás soñando —No estaba segura si debía tocarlo. La última vez que lo había hecho, había terminado con un cuchillo contra su cuello. Él pateó y golpeó la puerta de nuevo, y ella supo que tenía que hacer algo.

Puso su mano sobre su pierna, pero no se aventuró demasiado cerca. —Corey, despierta. Estás en un carruaje camino a Grand Oaks. ¿Recuerdas? —dijo.

Él se despertó de golpe, sus ojos confundidos y abiertos por un momento antes de tomar una respiración profunda y parecer recordar dónde estaba. Se frotó la cara con la mano, sentándose, y ella luchó por mantener la preocupación fuera de su tono. ¿Qué le había sucedido que soñaba tan terriblemente todo el tiempo? ¿Qué era lo que no le estaba diciendo?

¿Había tenido un evento traumático en su infancia? ¿O era simplemente una de esas personas desafortunadas que soñaban con cosas escalofriantes?

—¿No me dirás por qué tienes tantos problemas para dormir tranquilamente? —preguntó—. Te prometo que no te juzgaré si esa es tu preocupación. Simplemente deseo entender.

Él miró por la ventana y señaló una pequeña cabaña que pasaban. —Ah, ya llegamos —dijo, sin responder en absoluto a su pregunta.

Daphne miró por la ventana y vio el comienzo del pequeño pueblo. —¿Es este Tunbridge Wells? —preguntó—. Nunca había estado tan al sur antes —El pequeño pueblo parecía bastante ordenado, sin mencionar que las casas parecían bien cuidadas, mejores que algunas en Grafton.

—Es un pueblo concurrido. Gran parte del tráfico de Hastings pasa por aquí, así que siempre hay comercio y trabajo. Ayuda a la gente que vive aquí a ganarse bien la vida.

—Me pregunto si tendrán una escuela —dijo ella, queriendo aligerar el ambiente.

Renford se rio y se encogió de hombros. —Eso espero. Creo que solo mejoraría a todos los involucrados si la tuvieran.

El carruaje giró hacia un patio frente a la posada Peacock Feather. Un encantador establecimiento de estilo Tudor con un patio que rodeaba el edificio mismo.

Fueron recibidos por un mozo de cuadra, que ayudó con la puerta y los escalones antes de dirigirlos a la entrada.

Daphne nunca se había alojado en una posada antes, ciertamente no con un hombre. Era novedoso y bastante extraño estar tan lejos de alguien que conocía, con un hombre con quien se había casado hacía apenas una semana, y ahora en camino a su futuro hogar.

El posadero, un hombre fornido y alto que se erguía por encima de ella y de Renford, los recibió con una cálida sonrisa que parecía contrastar con su apariencia endurecida. Supuso que los hombres que trabajaban en tales condiciones necesitaban ser capaces de detener peleas y discusiones cuando estas estallaban.

Daphne echó un vistazo a la taberna y al comedor un poco más allá y notó que numerosas personas comían y charlaban, y el aroma de la comida resultaba particularmente tentador.

Su estómago eligió ese momento para rugir, y Renford la miró, sonriendo.

—Comeremos antes de ir a nuestras habitaciones. Tráiganos su mejor comida y dos copas de su mejor vino —solicitó.

—Por supuesto, Su Gracia. He mantenido su mesa libre como de costumbre cuando viaja por aquí. Yo mismo les llevaré la comida —dijo, con el orgullo irradiando de las facciones del hombre mayor.

—Gracias —le dijo Renford, tomando la mano de Daphne y guiándola al comedor.

Al doblar la esquina, que les daba una mejor vista del espacio, Daphne no podía creer que apenas hubiera una mesa libre para que alguien la usara. Su estómago rugió de nuevo, ansioso por la comida que seguramente sería deliciosa. Un lugar tan popular seguramente valdría la pena esperar.

Se dirigieron hacia una mesa a un lado de la sala que daba al patio de carruajes. Renford la ayudó a sentarse antes de tomar asiento él mismo.

—¿Prefieres una vista del patio de carruajes a la del pueblo cuando comes? —preguntó ella, sabiendo que preferiría lo último.

—Me gusta ver quién entra y sale en todo momento. Un viejo hábito difícil de romper —dijo él, observando el patio.

Un hábito extraño, apostaría ella. Fiel a su palabra, el posadero les trajo varios platos para comer. Queso y galletas. Dos sopas que olían a caldo de verduras, y un pastel con salsa a un lado.

Daphne sonrió, encantada con la comida. —Oh, Dios mío, esto se ve maravilloso, gracias —le dijo al posadero.

—Traeré sus bebidas de inmediato —dijo él, más que feliz de servirles.

—Esto se ve delicioso. —Tomó una cuchara y probó la sopa. El sabor era insuperable y, se atrevería a decir, mejor que la habilidad de su cocinero en Londres.

—Lo sé —dijo él, haciendo lo mismo con sus porciones—. Casi siempre me detengo aquí de camino a casa. El alojamiento es un poco deficiente, lo que verás pronto. Ciertamente no es a lo que está acostumbrada una duquesa, pero la comida siempre es fresca y nunca me he ido sintiéndome mal.

—Siempre un buen resultado —dijo ella, riendo.

Comieron en silencio, los murmullos de otras personas mientras disfrutaban de su comida y hablaban en voz baja era todo lo que penetraba el silencio.

—¿Qué demonios está haciendo él aquí? —exclamó Renford. El disgusto en su tono llamó la atención de varios otros comensales—. Ahora sé que no trama nada bueno.

—¿Quién está aquí? —preguntó Daphne, mirando hacia el patio e incapaz de comprender quién estaba hablando con un conductor de carruaje, completamente ajeno a quién lo observaba.

Monsieur Caddel.

CAPÍTULO
VEINTITRÉS

DAPHNE NO SABÍA por qué Monsieur Caddel estaba en el patio de la posada, ni podía entender por qué eso enfurecía tanto a Renford. —¿Crees que sabía que estaríamos aquí? —preguntó Renford, aunque de alguna manera Daphne no pensaba que le estuviera preguntando a ella, sino más bien pensando en voz alta.

Observó cómo Monsieur Caddel continuaba hablando y gesticulando frenéticamente con el mozo de cuadra que le asistía, y Daphne no pudo evitar pensar que el francés estaba molesto por algo.

—Parece irritado —observó, encontrándose con la mirada de Renford.

La boca de Renford se torció en una fina línea de desagrado antes de levantarse y dirigirse a la sala común. Le oyó pedir que les llevaran la comida a su habitación y algo más en voz baja que no pudo entender.

—Ven —dijo, volviendo a la mesa y mirando rápidamente por la ventana.

Monsieur Caddel ya no se veía por ninguna parte.

—¿Vamos a nuestras habitaciones? —preguntó ella, siguiendo a Renford, sin atreverse a hacer otra cosa. Él prácticamente vibraba de irritación y ansiedad por irse.

Una lástima, pues estaba disfrutando de su comida juntos en el encantador comedor de la posada.

—Sí, no quiero que Monsieur Caddel nos interrumpa de nuevo.

Daphne no estaba segura de lo que quería decir con ese comentario, pero no creía que fuera el momento de preguntarle al respecto. Subieron dos tramos de escaleras y luego recorrieron un estrecho pasillo. Sus pasos apresurados sobre los pulidos suelos de madera eran lo único que rompía el silencio.

El posadero se detuvo ante una puerta y, tras abrirla con llave, la abrió de par en par. —Aquí tienen, Sus Excelencias. Su habitación preferida.

El duque entró y miró alrededor, llegando incluso a revisar detrás del biombo y a un lado de la cama. ¿Estaba buscando a alguien en su habitación? Daphne entró en el espacio y se puso las manos en las caderas. ¿Qué demonios estaba pasando que ella no sabía? Este comportamiento era extraño e innecesario.

—Gracias —dijo Renford al posadero—. Y recuerde, seguimos nuestro camino. No nos quedamos aquí, como acordamos. El carruaje deberá guardarse donde los huéspedes no puedan verlo y, por favor, informe al personal de mi petición.

—Por supuesto, Excelencia. Haré todo lo que me pide. No serán molestados.

El posadero cerró la puerta y Renford pasó junto a Daphne y la cerró con llave. Ella se volvió hacia él, deseando saber por qué estaba tan alterado.

—¿Qué está pasando, Renford? ¿Por qué tuvimos que dejar el comedor simplemente porque Monsieur Caddel estaba en el patio de la posada? No puedes pensar que tengo el menor interés en el caballero más allá de ser su amiga.

Él se acercó a la ventana y miró hacia abajo, frunciendo el ceño. Daphne hizo lo mismo y notó que Monsieur Caddel había terminado de hablar con el mozo de cuadra y ahora estaba hablando con el posadero, que parecía estoico e imperturbable con los brazos cruzados sobre su voluminoso pecho. Si el francés quería sacarle algo al posadero, no parecía tener éxito.

—Hay cosas sobre mí que no sabes. Cosas que podrían ponerte en peligro, y es muy probable que la amistad de Monsieur Caddel contigo tenga un motivo oculto.

—¿Y? —insistió ella, negándose a aceptar una respuesta que no era respuesta en absoluto. Él necesitaba decirle la verdad, y necesitaba decírsela ahora—. Soy tu esposa, y aunque sé que no nos conocemos bien, debes saber que nunca rompería mi juramento hacia ti de ninguna manera. Nunca revelaría nada que no debiera a nadie. Pero si no me dices de qué puedo y no puedo hablar, ¿cómo sabré si estoy haciendo algo malo?

Renford se alejó de la ventana y se dirigió al sofá frente a la chimenea apagada, dejándose caer en él como si el peso de los problemas del mundo estuviera sobre sus hombros. —Existe la posibilidad de que Monsieur Caddel sea un espía francés y esté aquí en Inglaterra para hacer daño. Daño a mí mismo, debo añadir.

La boca de Daphne se abrió de par en par, y luchó por no exclamar que no podía ser cierto. La guerra había terminado. ¿Por qué habría necesidad de espías? Pero no lo hizo. La consternación en el rostro de Renford la hizo dudar.

—¿Cómo sabes esto? —preguntó, sintiendo un nudo en el estómago. Algo estaba ocurriendo con Renford, y aunque no sabía qué era, no sería nada bueno.

—No puedo decírtelo —afirmó—. Solo créeme cuando te digo que no quiero verte caminando o subiendo a más carruajes con Monsieur Caddel a partir de hoy.

Daphne se unió a él junto a la chimenea y se sentó frente a él. —¿Cómo supiste que estaba con Monsieur Caddel? Yo no revelé esa información.

—Te seguí después de nuestra discusión en el desayuno y te vi. Intenté detenerte, pero no me oíste.

La vergüenza la invadió, y deseó poder volver a aquel día y no permitir que Monsieur Caddel la persuadiera de acompañarlo a Hatchards. —No estuve mucho tiempo en el carruaje. Pedí que me dejaran bajar para volver contigo. Íbamos a la librería. No pasó nada más, lo prometo —

sintió que necesitaba decir.

Él entrecerró los ojos y la observó en silencio durante varios momentos. Cuando la miraba como lo hacía ahora, no podía evitar sentir que estaba tratando de leerle la mente, pensar en todas las posibilidades por las que no debería confiar en ella.

—Todo lo que puedo decir, Daphne, es que hay cosas en mi pasado que podrían ponerte en peligro. Por favor, si vas a ir al pueblo, a empezar a trabajar en la iglesia del pueblo para tu escuela o a dar un paseo, házmelo saber. Te acompañaré o, al menos, me aseguraré de que alguien esté contigo en todo momento.

—No lo entiendo, Renford. ¿Cómo es que sabes que hay un espía francés, quienquiera que sea, aquí? ¿Esa información no debería ser privada solo para aquellos que sirven al ejército británico?

—Como dije, por favor no me pidas más. No puedo decírtelo. Lo siento.

Corey quería contárselo. Deseaba, si acaso, aliviar la carga, aunque fuera mínimamente, compartiéndola con su esposa. No dudaba que Daphne pudiera soportar la información e incluso manejarla mejor que él.

Las personas que había matado lo atormentaban por las noches, un hombre más que ningún otro.

Era la guerra, Renford. Una situación de vida o muerte. O quitas una vida o te la quitan a ti.

Todo cierto, por supuesto, pero no ayudaba a su conciencia. No había nacido para matar. Demonios, ni siquiera había querido ser espía, pero de alguna manera eso se había materializado de todos modos, y ahora tendría que vivir con esas consecuencias.

Pero el espía francés en Inglaterra, bueno, esa era una complicación que no había previsto. Ya tenía tantas que enfrentar durante la noche cuando lo atacaban en su momento más vulnerable.

Pero si Monsieur Caddel era el espía francés, y ahora estaba aquí en Kent, siguiéndolos hasta Grand Oaks, entonces sabía que tenía que ser cierto. No solo Monsieur Caddel sabía quién era él, sino también lo que había hecho durante la guerra.

Y quería vengarse de él por matar a William Laurier.

—Dime qué puedo hacer para que te sientas mejor —le preguntó Daphne, moviéndose de su silla y atrevidamente sentándose en su regazo. Rodeó su cuello con los brazos y lo abrazó—. Sabes que estamos en la misma habitación, ¿verdad? Que dormiremos juntos esta noche —dijo.

—Dormiré en la silla. Tú puedes tener la cama —afirmó él.

Se escuchó un golpe en la puerta, y él la levantó en sus brazos, depositándola al otro lado de la habitación, colocándose entre ella y la puerta.

—Adelante —ladró.

Una joven criada entró con la bandeja de comida, junto con bebidas frescas. —Su cena, Sus Gracias —dijo, haciendo una reverencia antes de irse tan rápido como había llegado.

Daphne pasó junto a él y se sentó en la pequeña mesa redonda, sirviendo sus comidas por

segunda vez. —No quiero que duermas en la silla. ¿No puedes intentar dormir en la misma cama que yo? Aún no lo hemos hecho como marido y mujer.

Él se sentó frente a ella y deseó que las cosas pudieran ser diferentes, pero ahora que el espía francés los seguía, sus pesadillas se habían vuelto más oscuras y violentas, y simplemente no podía confiar en sí mismo. Nunca se perdonaría si le hiciera daño.

—No te lo niego por crueldad, Daphne. —Extendió la mano y deslizó un rizo rebelde que rebotaba contra su mejilla detrás de su oreja—. Dormiría contigo todas las noches si pudiera. Pero ya te he agredido una vez. Te puse un cuchillo en la garganta. No volveré a despertar con tu terror nunca más.

—¿No es ese el riesgo que yo debería tomar y elegir por mí misma? No puedes protegerme de todo. Ni siquiera de ti mismo. Quiero ayudarte. Por favor, déjanos intentarlo. Te quiero en mi cama.

Renford nunca la había escuchado expresar tal deseo, y no podía negar que cuanto más tiempo pasaba con su esposa, más embriagadora se volvía. No hacía más que pensar en ella, dónde estaba, qué hacía y con quién.

Al menos ya no tendría que preocuparse de que ella estuviera con ese infame francés nunca más.

Se reclinó en la silla, despedazando un trozo de pan antes de meterse un bocado en la boca. —Muy bien, una noche. Intentaremos una noche en la misma cama, pero quiero que tomes precauciones en caso de que sueñe y no sepa la diferencia entre la realidad y la ficción.

—¿Como qué? —preguntó ella.

Él se levantó y fue a uno de sus baúles de viaje. Rebuscó entre su ropa antes de encontrar lo que quería. —Como este pequeño mazo de madera. Tenlo bajo tu almohada o en algún lugar que yo no sepa y si intento hacerte daño, dame un buen golpe con él.

—¿Quieres que te golpee en la cabeza? —preguntó ella, con los ojos abiertos de asombro—. ¡No puedo hacer eso!

—Sí, puedes.

CAPÍTULO
VEINTICUATRO

DAPHNE LUCHÓ por ocultar el triunfo que corría por sus venas ante la concesión de Renford. Que él cediera y le permitiera dormir a su lado le daba cierta esperanza para su futuro. Si pudiera demostrarle que sus pesadillas podían ser compartidas, que ella estaba allí para ayudarlo y que no tenía miedo de intentar asistirlo para superar este trauma invisible, tal vez su unión prosperaría.

Si continuaban viviendo vidas separadas, juntándose solo cuando sus deseos y necesidades se volvían demasiado grandes, no sería suficiente para lograr un matrimonio feliz. Y ella quería que su marido la amara. Los matrimonios de sus amigas, todos ellos, eran por amor, y ella no quería nada menos con Renford.

Daphne fue a su baúl, sacó un camisón limpio para dormir y se lavó lo mejor que pudo con la jarra y el cuenco que el posadero les había dejado a ambos.

—Puedo pedir que te preparen un baño si lo deseas —dijo Renford desde la cama. Estaba recostado sobre las sábanas, con el brazo perezosamente detrás de la cabeza mientras la observaba realizar su rutina nocturna.

—Un baño sería maravilloso. Me siento un poco polvorienta por nuestros viajes.

—Tocaré la campanilla para llamar a un sirviente.

—¿Hay una campanilla aquí para esas cosas? —preguntó ella, mirando alrededor de la habitación y divisando el cordón de la campanilla junto a la chimenea que no había notado antes.

—Esta es, en esencia, la habitación ducal que siempre uso. El señor Grant, el posadero, es un buen hombre y se adapta a la mayoría de mis peticiones. Un cordón de campanilla es una de ellas. Por supuesto, cuando he organizado fiestas en casa en el pasado, siempre sugiero a los amigos que viajan desde la ciudad que usen su posada antes que cualquier otra.

—Una unión ciertamente provechosa para él, entonces.

En menos de un minuto, un sirviente vino a preguntar cuál era su petición antes de ir a cumplirla. Daphne pensó en bañarse frente al duque. Después de todo, estaban casados, y no era como si no lo hubiera hecho antes.

—Tú también deberías bañarte —sugirió—. Estoy segura de que la bañera será lo suficientemente grande para ambos. No creo que traigan una pequeña bañera de cadera para un duque.

Él se rio, alcanzando su corbatín que yacía desatado alrededor de su cuello. Se lo quitó y lo arrojó al pie de la cama, sus ojos oscureciéndose con un hambre que hizo que el calor se acumulara entre las piernas de ella.

—¿Estás segura de que te gustaría eso, duquesa? —preguntó.

Antes de que Daphne pudiera responder, se escuchó otro golpe en la puerta. El duque se levantó rápidamente, sin darle la oportunidad de hacerlo. Dos sirvientes masculinos estaban en el umbral, sosteniendo la bañera, que Daphne se alegró de ver que efectivamente cabría para ambos.

—Así está bien, junto al fuego —ordenó el duque.

No es que se hubiera encendido un fuego, la noche era lo suficientemente cálida como para que pudieran abrir una o dos ventanas si lo deseaban sin correr el riesgo de resfriarse.

No le tomó mucho tiempo al personal llenar la bañera y proporcionar dos toallas frescas y un jabón con aroma a lavanda antes de dejarlos solos.

Daphne decidió ser audaz, queriendo demostrarle a su marido y un poco a sí misma que no tenía miedo. De ninguna manera.

Alcanzó los lazos de su vestido, agradecida de que su doncella la hubiera vestido con un traje de viaje fácil de quitar y que pudiera quitarse sola.

Renford cerró la puerta y corrió el cerrojo. Se dio la vuelta y se apoyó contra ella, observándola en silencio, pero ella no cedió.

Lo observó de vuelta, queriendo que él viera que ella lo disfrutaba tanto como él la disfrutaba a ella y que estaba allí, dispuesta a hacer lo que fuera necesario para que este matrimonio funcionara.

Su vestido se deslizó de sus hombros, formando un charco a sus pies. Sus ballenas fueron lo siguiente, y antes de que pudiera perder el valor, levantó el dobladillo de su camisón y se lo quitó por la cabeza, arrojándolo a un lado.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Renford, y una abrumadora sensación de poder la invadió. Él la deseaba. Era tan obvio como su desnudez, sin mencionar que su miembro se erguía, presionando contra sus calzones.

Se quitó las zapatillas de un puntapié. Se inclinó, deslizando las medias de seda de sus pies, y se dirigió hacia la bañera de agua limpia y humeante.

Sin esperarlo, se hundió en el agua, suspirando de placer al sentirse limpia y cálida después de un largo día de viaje.

Renford se acercó al lado de la bañera, observándola en silencio, y ella esperó varios latidos de su acelerado corazón para encontrarse con sus ojos.

—¿No te unes a mí? —preguntó.

Él se arrodilló al lado de la bañera, alcanzando el jabón de lavanda en su lugar. —Déjame lavarte primero, Su Gracia. Creo que necesitas mis atenciones —murmuró, sumergiendo sus manos en el agua.

Daphne colocó sus manos en el borde de la bañera, reclinándose, dejándolo hacer lo que quisiera.

—Si le place, Su Gracia —respondió, conteniendo su sonrisa.

—Me place enormemente.

El miembro de Corey dolía en sus calzones, pero la visión de Daphne en la bañera, la idea de tocarla, lavarla, aprender más de su delicioso cuerpo, era demasiado tentador para rechazarlo.

Enjabonó el jabón, trabajándolo entre sus dedos. Tomó sus dedos del pie, lavando sus pies con minuciosidad y cuidado. Ella se rio, retirando sus pies de su agarre varias veces, pero él no cedió.

—Me hace cosquillas —rio ella, dando un respingo mientras él frotaba el jabón en su piel.

—Quédate quieta, duquesa, o nunca conseguiré limpiarte —le recorrió las piernas con la esponja, lavando cerca de su monte de Venus, pero sin llegar a tocar su sexo.

Ella lo observaba, sus ojos cada vez más pesados por el deseo, y él sabía que si la tocara allí, estaría húmeda, tan lista como él estaba duro y rígido.

Le lavó el estómago, la parte inferior de los senos y los brazos, y durante todo ese tiempo, pudo sentir cómo crecía su frustración. Los pequeños suspiros, los leves jadeos cuando ella pensaba que estaba a punto de darle lo que quería, lo empujaban a provocarla más, a trabajar tanto su piel como su necesidad hasta la fiebre.

—Renford —dijo ella cuando él prestó especial atención a su mano durante varios minutos —. Entra en la bañera, esposo —le ordenó.

Sus labios temblaron, y aunque nunca se lo diría, que ella le diera órdenes lo excitaba aún más.

Se desnudó rápidamente, entrando en la bañera sin necesidad de que se lo ordenara dos veces. El agua se desbordó por los lados, y ella rio, un sonido despreocupado y natural.

La atrajo hacia sus brazos, sus cuerpos resbaladizos por todo el jabón que había usado para lavarla.

Ella se sentó a horcajadas sobre su cintura, rodeándole el cuello con los brazos y moviéndose en su regazo, poniéndose cómoda.

—Así está mucho mejor.

Corey no podía estar más de acuerdo, y antes de que pudiera responder, ella alargó la mano entre ellos, colocándolo en su entrada y bajando sobre su miembro.

Él gimió cuando su estrecho sexo envolvió su falo. La habitación giró cuando ella se levantó, moviéndose sin ninguna guía ni instrucción.

Se recostó y disfrutó de la recién descubierta libertad y audacia de su esposa. Era maravillosa. Sus senos se balanceaban y oscilaban mientras lo cabalgaba. Sus testículos se tensaron, y le agarró las caderas, atrayéndola más profunda y fuertemente en sus movimientos.

—Oh, sí, Corey —gimió ella, clavándole las uñas en la nuca—. Se siente tan bien.

Ella también se sentía fenomenal. Tan condenadamente perfecta en sus brazos. La idea de no

tenerla, de tener alguna amante sin rostro por la que nunca sentiría nada más que lujuria, palidecía en comparación con su esposa.

¿Cómo pudo haber pensado que una amante alguna vez lo habría satisfecho? Todo y todos palidecían en comparación con la vivaz y dulce mujer que había tenido la suerte de corromper en sus brazos. Haría cualquier cosa para mantenerla a salvo, para hacerla tan feliz como pudiera.

Esta noche intentaría mantenerse despierto y protegerla, pero no antes de haberle hecho el amor a conciencia.

¿Amor?

La palabra reverberó en su mente e hizo que su mundo se tambaleara. Se preocupaba por ella. Mucho más de lo que jamás pensó que lo haría. Pero aquí estaba, un duque que había estado decidido a mantenerse distante del sexo opuesto. A no casarse y permitir que su título ducal pasara a un pariente desconocido muy lejano en la línea de sucesión.

En cambio, tenía una esposa, amorosa y cariñosa en sus atenciones hacia él. Mucho más de lo que merecía. Era demasiado buena para él, incluso con sus orígenes comunes. Aun así, ella lo superaba en todos los aspectos.

Él había mentido y matado, quizás para proteger a su país y a sus compatriotas, pero eso no cambiaba su pasado. Nada podía hacerlo, pero ella podía cambiar su futuro.

Si él se lo permitía.

—¡Corey!

Embistió dentro de ella cuando sus primeras contracciones llegaron, atrayendo a su cuerpo a unirse a ella en el placer. Se dejó llevar, gastándose con un grito de alivio, y disfrutó del viaje al que ella los llevó a ambos.

Era perfecta.

—¿A la cama, esposo? —preguntó ella, desplomándose contra su pecho exhausta.

No necesitó más incentivos. Se puso de pie, levantándola de la bañera con facilidad. Agarró dos toallas que estaban cerca y los secó a ambos antes de echársela al hombro y llevarla a la cama, dejándola caer sin ceremonias sobre el colchón.

Ella rebotó, sus ojos brillantes de alegría y expectación.

—La cama vendrá, duquesa. Pero ahora mismo, voy a asegurarme de que disfrutes más de nosotros.

Ella le tendió los brazos, atrayéndolo hacia abajo, y él cedió de buen grado. Se entregó a su esposa, a su amor y su bondad.

La besó larga y profundamente, le rodeó la cintura con las piernas y empujó dentro de ella.

Y se hizo uno con su duquesa.

CAPÍTULO
VEINTICINCO

UN SUSURRO, seguido de palabras masculinas en voz baja, despertó a Daphne de golpe. Abrió los ojos, esforzándose por ver en la habitación y distinguir qué la había despertado. Un metal frío le levantó la barbilla de la almohada mientras una sombra oscura se formaba junto a la cama.

No estaban solos.

—Levántese, duquesa. Tenemos cuentas pendientes —susurró la voz de Monsieur Caddel.

Daphne hizo lo que le pedía, esperando y a la vez temiendo que Corey se despertara y la salvara. ¿Cuentas pendientes? ¿Qué quería decir con eso?

Dejó la cama y oyó a Corey removerse y volverse de lado, y supo que él no se había percatado de que ella se había ido. ¿Debería gritar? ¿La mataría ahora en lugar de después? La indecisión la dejó muda, y cruzó los brazos sobre el pecho, esperando su siguiente orden.

Él hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta, y ella notó que estaba entreabierta. ¿Cómo había entrado? Ella misma había visto a Renford cerrarla con llave. Daphne caminó delante de él, dirigiéndose hacia las escaleras. Sin duda quería marcharse, alejarla de Renford tanto como pudiera.

Bajó los últimos escalones de la posada y retrocedió de un salto, jadeando al ver al mozo de cuadra, con la garganta cortada y sangrando en el suelo de la sala.

Su cuerpo tembló, y luchó contra el impulso de ir hacia el muchacho para tratar de ayudarlo. Ante su vacilación, Monsieur Caddel la empujó más allá del joven y la sacó al patio de carruajes. —Suba —le ordenó, clavándole el frío cañón de la pistola en la espalda.

—¿Adónde me lleva? —preguntó ella. ¿Por qué estaba pasando esto? ¿En qué estaba metido Renford que hacía que Monsieur Caddel se la llevara en medio de la noche? Tropezó con su camisón y cayó dentro del carruaje. Mientras se apresuraba a sentarse, oyó a Monsieur Caddel ordenar al cochero que se dirigiera al norte antes de subir con ella.

—Ah, aquí estamos de nuevo. Solos en un carruaje —dijo como si nada anormal estuviera sucediendo entre ellos.

Daphne frunció el ceño y observó cómo el carruaje se alejaba de la posada en la oscuridad de la noche. —¿Se toma esto a la ligera? —preguntó, incapaz de comprender su diversión—. Esto está lejos de ser alegre, Monsieur Caddel. Es una locura.

Él se burló, encogiéndose de hombros. —No hay nada divertido en lo que tengo que hacerle, duquesa. Pero hacerle daño a usted lastimará a Renford, y eso es todo lo que me importa.

—Pero ¿por qué querría herir a Renford? Él no le ha hecho nada —dijo ella. Faltaba algo en este rompecabezas, y si no averiguaba pronto qué era lo que todos le ocultaban, gritaría.

—¡Él me ha quitado todo! —rugió Monsieur Caddel.

Daphne gritó, sin haber esperado que se enfureciera tan rápidamente. Se acurrucó más en los cojines y esperó que Corey se hubiera despertado y ya la estuviera buscando.

Dios mío, que la salvara de este loco.

—¿Adónde me lleva? —preguntó.

—De vuelta a Londres. Dejaré una impactante sorpresa mortal para Renford cuando regrese. Su casa está cerrada. El personal, mientras hablamos, está de camino a Kent. Usted estará bien hinchada para cuando Renford llegue a salvar a su amada duquesa.

Daphne sintió que se le abría la boca y se le revolvía el estómago ante sus palabras. ¿Hinchada? —¿Quién es usted? —preguntó. Al menos podía decirle eso, especialmente porque parecía decidido a quitarle la vida.

—El marqués Henri Laurier de Boulogne. Pero es un título que debería haber ido a mi hermano mayor, y habría sido así si su marido no le hubiera metido una bala en el cráneo.

—¿Perdón? —preguntó, aferrándose al asiento mientras tomaban una curva demasiado rápido. —¡Nos están siguiendo! —gritó el cochero.

Los ojos de Caddel se abrieron de par en par, y miró por la ventana, soltando numerosas maldiciones en francés e inglés.

—Sigue adelante. Mantén el ritmo —ordenó Monsieur Caddel antes de sonreír a Daphne.

—Su marido, el estimado duque de Renford, es un asesino. Un sicario contratado por el ejército británico. Un espía de poca monta que no es digno de lamerme las botas. Mi hermano fue solo uno de los muchos a quienes su marido masacró. —Monsieur Caddel la miró a los ojos y sonrió con suficiencia—. ¿Cómo duerme el duque por las noches? ¿Bien, Su Gracia? —preguntó.

Daphne tragó saliva, incapaz de comprender lo que Monsieur Caddel estaba diciendo. ¿Era cierto? Suponía que sí, pero si trabajaba para el ejército británico, entonces estaba bajo órdenes. ¿Cómo se podía culpar a Renford por eso?

¿Era por eso que no dormía bien por las noches? ¿Por culpa?

Cerró los ojos un momento, deseando poder consolarlo, decirle que conocía su secreto y por qué estaba atormentado.

Su pobre amor.

¿Amor?

Observó a Monsieur Caddel acomodarse en el asiento como si estuvieran a punto de jugar un excelente juego. El hombre estaba loco, se había infiltrado para ser su amigo, y todo el tiempo para llevar a cabo este plan de venganza.

—¿Cree que su hermano aprobaría esto? —preguntó ella—. Era un oficial francés, supongo, que trabajaba bajo el código de conducta de su ejército. Matar o ser asesinado o algo así. La guerra nunca es justa para ninguno de los bandos. Pero esto, lo que usted está haciendo es un asesinato por venganza. Una muerte que desea meramente para calmar sus crueles deseos y necesidades. No hay honor en eso.

—Cierre la boca, duquesa, antes de que le meta una bala entre sus bonitos dientes blancos.

Daphne hizo lo que le pedía. Algo en sus ojos fríos y sin vida que brillaban hacia ella en el carruaje en sombras le dijo que haría lo que amenazaba.

El carruaje continuó avanzando por el camino, apenas reduciendo la velocidad en las curvas y los baches, y varias veces casi perdió el asiento. Y entonces lo oyó.

Renford.

Sus ojos se encontraron con los de Monsieur Caddel, y supo que él ya estaba al tanto de que el duque los perseguía.

—Ah, ha venido a jugar —dijo, haciendo una pausa—. Le daré crédito. El hombre no tardó mucho en darse cuenta de que ya no estabas a su lado.

Aunque no debería, las palabras de Monsieur Caddel la reconfortaron. Corey venía a buscarla. No permitiría que este loco le hiciera daño de ninguna manera, ni ella permitiría que le arrebatara al único hombre que había capturado su corazón.

Su marido.

—Aunque, cuando una mujer hermosa y suculenta como tú duerme junto a un hombre, serían pocos los que no querrían probar tus encantos.

La mirada de Monsieur Caddel se volvió lasciva, y un escalofrío le recorrió la espalda. Él se movió para sentarse a su lado, y ella se escabulló al asiento opuesto. Pero antes de que pudiera detenerlo, la agarró por la cintura, saltando contra su espalda y empujándola boca abajo sobre los almohadones.

Daphne gritó, sintiendo el aire fresco de la noche besar la parte posterior de sus piernas mientras él le subía el vestido. Intentó rodar, deslizarse al suelo, pero él era demasiado fuerte, demasiado decidido a mantenerla quieta.

—Detente, Henri. Por favor, detente —suplicó.

El conductor gritó instrucciones y el carruaje comenzó a disminuir la velocidad.

—¡Sigue adelante, idiota! —vociferó Monsieur Caddel, mientras se oía el sonido del vestido rasgándose mientras luchaba por levantarlo por encima de sus nalgas.

El pánico se apoderó de ella, y por un momento, pensó que podría vomitar. Por el rabillo del ojo, divisó el trabuco que yacía en el asiento, y sin dudarlo, lo cogió, pero antes de que pudiera apuntar a Monsieur Caddel, el arma se disparó, proyectándose hacia adelante en el carruaje.

En el momento en que sonó el disparo, el carruaje se tambaleó. Daphne gritó y se aferró al asiento lo mejor que pudo antes de que la sensación de flotar la invadiera. No recordó nada más después de eso, nada más que oscuridad, simplemente la dichosa seguridad de las tinieblas.

Corey observó con horror cómo el conductor del carruaje caía sobre el camino. Su caballo saltó sobre el cuerpo gimiente del hombre y continuó, espoleando su montura con más fuerza para alcanzar el carruaje. Pero ya era demasiado tarde. Los caballos, sin conductor que los guiara, doblaron una esquina a toda velocidad. El carruaje se inclinó y luego volcó varias veces, rodando entre los árboles, hasta detenerse contra una gran roca.

Frenó bruscamente su caballo y desmontó, corriendo hacia el carruaje sin prestar atención a nada más. El pánico lo asaltó. ¿Estaba Daphne muerta? ¿Había perdido a la única mujer por la que había llegado a preocuparse? El pensamiento casi le hizo flaquear las rodillas. Pasó corriendo junto a Monsieur Caddel, que había sido arrojado del vehículo y yacía cerca de una de las ruedas que aún giraba por el impacto.

—¡Daphne! —gritó, trepando al vehículo y forzando la puerta para abrirla. La vio entonces, tendida contra la puerta opuesta, su frente sangrando por un gran corte, sus ojos cerrados.

Se acercó a ella y rezó para que estuviera viva. La alcanzó y tocó su mejilla. Ella no se movió, no hizo ningún sonido, y su estómago se revolvió ante la idea de que hubiera muerto. Que su pasado la hubiera despojado de su futuro.

—Daphne —dijo de nuevo, inclinándose y escuchando su respiración. Durante varios momentos no oyó nada, y entonces ella murmuró la palabra más suave, pero la mejor que había escuchado en su vida. Su nombre.

—¿Corey? —preguntó ella, abriendo los ojos lentamente.

—Daphne —suspiró, deseando estrecharla entre sus brazos pero pensándolo mejor—. ¿Puedes moverte? ¿Crees que puedes salir? Debemos irnos —dijo, esperando que ella estuviera de acuerdo.

Ella se aferró a él, incorporándose, y el alivio inundó sus huesos, haciendo que sus piernas se sintieran débiles.

—Creo que puedo salir. —Hizo una mueca de dolor al ponerse de pie, tocándose la frente. Al retirar la mano, notó que estaba cubierta de sangre roja brillante, y su rostro palideció—. Estoy sangrando —chilló, mirándole a los ojos.

—Lo sé, amor. Pero te llevaré de vuelta a Tunbridge Wells pronto, y todo estará bien. Estarás a salvo. —Tenía que estarlo. No había otra opción para él ahora. En realidad, no había habido otra opción para él desde la noche que la conoció en el baile de Dame Plaisir.

Su virtuosa belleza había venido a salvarlo.

CAPÍTULO
VEINTISÉIS

COREY SALTÓ del carruaje y se volvió para ayudar a Daphne a bajar. Ella se dejó caer en sus brazos de buen grado, y él la sostuvo un momento, estrechándola y agradeciendo a Dios que hubiera sobrevivido.

Podría haberla perdido. La idea era tan repugnante como que el señor Caddel la usara para llegar a él. El bastardo debería haber actuado como un hombre y enfrentarse a él directamente. No usar a su esposa.

—No creas que te vas a librar tan fácilmente —dijo una voz ronca desde atrás.

Corey se dio la vuelta y escudriñó el camino y los árboles circundantes. Donde había pasado por encima del francés, este ya no estaba tendido. Y entonces lo divisó, apoyado en la base de un olmo, con un brazo claramente roto por el peculiar ángulo en que se encontraba, y el otro temblando mientras apuntaba el trabuco hacia ellos.

—Su verdadero nombre es Henri. El hermano de William Laurier, Corey. Dijo que mataste a su hermano en Francia.

Corey se estremeció, recordando bien al bastardo y alegrándose de haberlo matado. El hombre era cruel y hacía cosas indescriptibles tanto a franceses como a ingleses durante la guerra, sin distinción de sexo. No tenía preferencias. No merecía vivir. Que su hermano buscara venganza no era una amenaza con la que hubiera contado. Ningún soldado cuerdo actuaría de esta manera.

—¿Vas a dispararnos? —declaró Corey, preguntándose si podría hacer entrar en razón al señor Caddel, Henri, o quienquiera que fuese el hombre—. Nuestros países estaban en guerra. Yo cumplía órdenes al igual que tu hermano. Si él hubiera ganado ese día, yo habría muerto. Simplemente tuve la suerte de disparar primero.

—Le disparaste en la nuca. Ni siquiera tuvo la oportunidad de luchar contra ti, maldito cobarde.

—Tu hermano era un asesino, y uno bueno. Si no lo hubiera pillado desprevenido como lo hice, me habría matado sin vacilar. Tu hermano era mejor que yo en lo que hacía. Cualquier soldado en mi posición habría hecho lo mismo. —Al menos, eso era lo que Corey se decía a sí mismo, pero él también tenía dudas. Escuchar a Henri, reprochándole la forma en que había

acabado con Laurier aquella noche en París, le atormentaba. Disparar a alguien por la espalda no era noble.

El tímido contacto de Daphne, buscando su mano, le calmó. —Hiciste lo correcto, Corey. Me alegro de que lo hicieras, porque si no, nunca te habría conocido.

Se volvió, sabiendo que si estos eran sus últimos momentos juntos, quería mirarla a ella y no al francés perturbado apoyado en el árbol.

—¿Sabes lo que hice? ¿Quién era yo? —preguntó.

Ella asintió. —Lo sé, y creo que es noble. Luchaste por Inglaterra. Luchaste para mantener a salvo a personas como yo. Te pusiste en situaciones de las que la mayoría huiríamos gritando. Creo que eres un héroe. —Se inclinó y lo besó, y él la abrazó con fuerza. No era un héroe, ni mucho menos, pero su comprensión contribuía tanto a creer en ellos y en su futuro. Si es que iban a tener uno después de esta noche.

Sonó un disparo, la detonación rasgando la tranquila noche. Daphne trastabilló hacia atrás, cayendo al suelo antes de que Renford supiera lo que había pasado. Se agarró el brazo y gritó, y la comprensión le golpeó.

Corey corrió hacia ella, viendo que su piel perfecta e inmaculada que había admirado hace solo unas semanas, ahora estaba cortada por una bala, sangrando por el brazo y la mano. Inspeccionó la herida rápidamente, agradeciendo a quien escuchara que solo fuera un roce y no pusiera en peligro su vida.

—Me ha disparado. —Sus ojos se abrieron de par en par, y él pudo ver que no entendía lo que había pasado ni por qué. Una rabia como nunca había conocido se apoderó de él, y dejó a Daphne, sabiendo que no podía permitir que Henri disparara un segundo tiro.

El granuja forcejeaba para recargar el trabuco, pero no lo conseguiría. Corey lo levantó del suelo, el arma cayendo a sus pies, y lo miró fijamente durante varios segundos. —A diferencia de tu hermano, Henri, voy a mirarte a los ojos mientras exhalas tu último aliento —dijo, rompiéndole el cuello antes de que pudiera protestar.

No había querido hacer eso delante de Daphne, pero el hombre estaba loco, obsesionado con la venganza, y ella nunca estaría a salvo, ni los hijos que pudieran tener, ni él mismo, si no hubiera hecho lo que debía.

Corey se marchó y volvió con Daphne, rasgando una parte de su camisa y atándola alrededor de su brazo.

—Duele —lloró ella, con lágrimas corriendo por su rostro. La visión le hizo un nudo en la garganta, y la tomó en sus brazos, llevándola hasta su caballo.

—No estamos lejos de Tunbridge Wells. Pronto te atenderá un médico y te darán una tintura. Te sentirás mejor enseguida, cariño —la tranquilizó.

Ella le dedicó una sonrisa aturdida, y él se preguntó si estaba a punto de desmayarse. —Me has llamado cariño —mencionó, sus ojos brillando ante la observación.

Él se rió. ¿Cómo era posible que esto fuera lo que ella notara justo en este momento?

Después de todo, le habían disparado. ¿No debería estar más preocupada por su herida que por los términos cariñosos que él usaba?

—Eres mi querida esposa. Mi amor —probó, sin haber dicho nunca esa palabra a nadie en su vida.

Ella sorbió, intentando alcanzarlo lo mejor que pudo. —Yo también te amo, Corey. Tanto que incluso cuando me enfureces y quiero estrangularte, también quiero abrazarte, amarte como te mereces.

—No te merezco. Durante años creí que no merecía tal afecto, no después de todo lo que había hecho durante la guerra. He quitado tantas vidas, Daphne. ¿Cuántos de ellos tenían seres queridos? ¿Novias, como tú? ¿Madres y padres que lloraron su pérdida? —Negó con la cabeza, aún inseguro—. Tengo pesadillas con todos ellos. En mis sueños, revivo esos momentos de la guerra y no puedo librarme de ellos. Aquella noche, cuando te puse el cuchillo en el cuello, no eras tú quien estaba debajo de mí, sino otro que hace mucho que ha dejado este mundo. No confío en mí mismo —admitió, sin haber contado nunca a nadie sus problemas.

—Fuiste soldado, espía y cumplías órdenes, Corey. No eres responsable de hacer lo que te ordenaron. Y mereces ser feliz, y tengo la intención de hacerte feliz por el resto de nuestras vidas —Daphne lo abrazó, y él se aferró a ella, esperando que fuera cierto, que no se sentiría tan culpable como lo estaba ahora por el resto de sus días—. Estaré a tu lado, y juntos venceremos a estos fantasmas y finalmente los haremos descansar en paz.

—Te amo tanto —confesó él—. Intenté no hacerlo. Traté de mantenerte alejada, de apartarte cada vez que te acercabas demasiado a mi corazón, pero fue inútil. Te instalaste allí de todos modos, y ahora no puedo imaginar una vida sin ti. No puedo prometer que lo que he hecho en el pasado no vuelva a perseguirnos. No puedo prometer que mis pesadillas no me atormentarán si compartimos la cama. Pero te necesito. Ya no quiero alejarte más. Te amo, Daph —dijo.

Las lágrimas corrían por el rostro de su esposa, y él las secó, besándola. Ella le devolvió el beso a través de las lágrimas, una promesa, una declaración. Un nuevo comienzo para ellos.

De este día en adelante.

EPÍLOGO

Grand Oaks, varias semanas después

DAPHNE ESCUCHABA el latido constante del corazón de Corey bajo su mejilla, y por un momento, permaneció recostada contra su pecho, maravillándose de lo lejos que habían llegado.

Habían pasado varias semanas desde aquella terrible noche en Tunbridge Wells. Una noche en la que podría haber perdido la vida o la de su querido esposo, de quien se enamoraba más y más cada día.

Deslizó su mano por el pecho de él, rodeando su pezón con el dedo y contando los segundos hasta que su caricia lo despertara.

—Mmm, esposa, ¿qué estás haciendo? —preguntó él, girándola sobre su espalda y acomodándose entre sus piernas. Su miembro, duro y listo, la provocaba, deslizándose contra ella de la manera más deliciosa.

Ella se rio, enredando sus tobillos alrededor de su espalda y enganchándolos sobre su trasero. Un trasero muy hermoso, por cierto, que ahora podía admirar tanto como quisiera, ya que compartían la suite ducal en Grand Oaks y su esposo había adoptado la costumbre de dormir desnudo todas las noches.

—Otra noche, mi amor —declaró él, con orgullo y un toque de alivio en su tono.

Ella pasó sus dedos por su cabello despeinado, deseando ver su apuesto rostro.

—Sí, otra más sin pesadillas. Han pasado seis semanas desde que tuviste un mal sueño. Esperemos que cesen para siempre.

Su miembro presionaba contra su monte de Venus, y ella se retorció debajo de él, su interior doliendo y húmedo. Se habían acostumbrado a despertar así, en los brazos del otro, y ella nunca quería que eso cambiara.

—No tentemos a la suerte, pero esperemos en silencio.

Ella asintió, levantándose un poco de la cama y colocándolo en su entrada. Los ojos de él se oscurecieron de deseo y, sin más preámbulos, se deslizó dentro de ella, tomándola y llenándola con su hombría.

Le encantaba que él se ajustara tan bien a ella y se sintiera tan bien. Calmaba el dolor, la

necesidad cada vez que se unían.

—Qué manera tan deliciosa de despertar por la mañana —dijo él, tomando sus labios en un beso abrasador. Sus cuerpos cobraron vida, buscaron y dieron todo lo que tenían. Daphne gimió y arqueó la espalda, buscándolo más profundo, más fuerte.

Él no la decepcionó. Embistió dentro de ella con embestidas enloquecedoras. La llenó e inflamó, empujándola hacia la cima del placer que había llegado a anhelar.

Nunca tendría suficiente de Corey.

—Eres todo para mí —le mordió el cuello, succionando su piel antes de susurrarle al oído palabras que ningún duque debería conocer, y mucho menos decirle a una mujer.

Ella se estremeció.

—Eres perverso, duque —bromeó.

Él la miró a los ojos, los suyos cargados de deseo.

—Ven —dijo, embistiendo dentro de ella—. Ven, mi adorada esposa.

Ella no necesitó más estímulo. Alcanzó el clímax de manera intensa y prolongada, las sensaciones placenteras recorriendo su sexo, extendiéndose a cada parte de su cuerpo hasta la punta de sus dedos.

—Corey —gimió, moviendo sus caderas y buscando todo lo que pudiera obtener de él.

—Daphne —jadeó él, derramando su cálida esencia en lo profundo. Ella lo observó, deleitándose en el placer, el éxtasis que se asentaba en sus facciones.

Cuánto lo amaba. —Te amo —dijo, acunando su rostro, regocijándose en la feliz vida que habían creado juntos. Las noches embriagadoras y los dulces días con muchos más por venir.

—Te adoro —dijo él—. Y yo también te amo.

Daphne lo atrajo hacia sí, besándolo profundamente.

Antes de que él la girara sobre su estómago y le mostrara cuán perverso podía ser realmente el Duque de Renford.

Dame Plaisir estaría orgullosa.

OTRAS OBRAS DE TAMARA GILL

La Sociedad 1777

Amoríos y Duques

Los York Rebeldes

Las Incontrolables Woodvilles

Liga de Caballeros Incasables

Besa al Marginado

Casarse con un pícaro

Lords de Londres

Casa Real de Atharia

Amor escocés a través del tiempo

Una Temporada Robada

Londres Escandaloso

Alta Mar y Grandes Apuestas

Hijas de los Dioses

LIBROS INDEPENDIENTES

Rendición Desafiante

Convenio Atrevido

Pecar con Escándalo

Forajidos

ACERCA DE LA AUTORA

Tamara es una autora australiana que creció en una antigua ciudad minera al sur de Australia, donde se orginó su amor por la historia. Tanto es así, que hizo que su querido esposo viajase al Reino Unido con ella para celebrar su luna de miel, momento donde le arrastró desde los monumentos históricos hacia los castillos y viceversa.

Es madre de tres, dos pequeños caballeros en crecimiento, y una futura lady (eso espera ella) y un trabajo de medio tiempo la mantienen ocupada en el mundo real, pero cada vez que encuentra un momento de paz, ama escribir novelas románticas en una plétora de géneros, incluyendo las regencias, el medievo y viajes en el tiempo.

